

AnneMarie Brear



*El conflicto
de Edén*

Copyright 2020 *El conflicto de Edén* por Anne Marie Brear

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS: Esta obra literaria no puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluida la reproducción electrónica o fotográfica, en su totalidad o en parte, sin permiso expreso por escrito.

Todos los personajes y eventos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es estrictamente una coincidencia.

Traducción Española: Bernardino Hernandez

Copyright del texto (c) 2020 AnneMarie Brear

Publicado por primera vez en 2012 como *Woodland Daughter* por AnneMarie Brear

Todos los derechos reservados.

ISBN

El conflicto de Edén

ANNEMARIE BREAR

Capítulo 1

North Yorkshire, Inglaterra.

Agosto, 1901

Edén reposaba sobre el pasto reconfortante, con los ojos cerrados contra el brillo del sol, mientras éste bañaba con sus rayos su rostro. Podía escuchar el zumbido de los insectos que caminaban junto a su cabeza; emitían un sonido laxo, perezoso, muy parecido a cómo ella se sentía en aquel momento. El calor veraniego impregnaba su cuerpo a través del delgado vestido de lino azul. Sus piernas y brazos pesaban mucho; su mente estaba tranquila.

Los ecos de las risas continuaron con la brisa caliente. Mientras sus hijas se remojaban en el río Aire, ahí junto a las rocas, donde se produjo una estrepitosa revuelta. Las chicas intentaban hacer partícipe a su padre de tal diversión, lo salpicaban de agua lo mejor que podían.

Edén, por su parte, se deslizaba suavemente por el pasto, aplastando la hierba circundante con cada movimiento que hacía, liberando el aroma de la vegetación. Suspiró con completa satisfacción y su rostro esbozó una sonrisa de gusto culposo. Días como éstos, ociosos, eran extraños pero muy bellos. Todo lo que existía en su mundo era bueno.

—¿Cómo despierto a una bella durmiente?

Cuando Edén despertó vio a su esposo, que estaba a unos pocos pasos de ella, con una expresión traviesa en su rostro. —¡No con las manos mojadas, te lo digo, Nathan Harris!

Éste dejó caer su cuerpo y apoyó su cabeza en el pecho de ella. —Esposa, eres una mujer cruel.

—Así es. —Ella cerró nuevamente los ojos y acarició su cabello castaño—. ¿Las chicas están muy mojadas?

—Sí y contentas. —Con una mano acariciaba su pecho, con la otra recorría su silueta a través de la falda—. De hecho, están tan ocupadas hablando que podemos divertirnos unos minutos...

—En verdad lo crees, ¿eh? —Riéndose, tomó la mano juguetona de su marido—. Prefiero quedarme aquí, en silencio y no hacer nada, para variar.

—Esta bien, tú relájate, yo *me* divertiré un poco.... —Su voz se convirtió en un susurro ronco al morder la piel suave debajo de la oreja izquierda de su mujer.

Edén abrazó el cuello de su esposo, introduciendo sus dedos en el cabello de éste. —Te adoro, esposo.

—Awww, mi niña.... —Nathan la besó y luego se enganchó sobre su codo, el amor que sentía por ella se reflejaba en sus pupilas grises.

Ella acarició su mejilla, áspera como cerdas. —En un par de años cumpliré treinta, ya no seré más una niña.

—Siempre serás mi niña, a la que amaré. —Él tapó el sol mientras bajaba la cabeza para darle otro beso tierno y suave, con sabor a la cerveza que había bebido durante la comida. Frotando su nariz con la de ella, recorrió con sus manos su cintura, ella, por su parte, la apretó con fuerza contra él. —Incluso, cuando tu cabello se tiñe de color gris y ya no tengas dientes, seguirás siendo mi niña —dijo Nathan.

Balbuceando de risa, ella lo abofeteó cariñosamente. —¡Descarado! ¿Te dices llamar un amante?

Nathan rodó sobre su espalda, llevándola con él. —¿Quieres que te demuestre qué tan buen

amante puedo ser? —Él procedió a desabrochar el botón superior de su vestido, pero en ese momento sus hijas, Josephine y Lillie, llegaron corriendo.

Sentada y acomodándose la falda, Edén le sonrió a sus queridas pequeñas, que cayeron en una maraña de enaguas y risitas húmedas. Sus niñas estaban bien alimentadas y sanas, no como otros niños del pueblo. Habían tenido la oportunidad de asistir a la escuela, en vez de trabajar en los molinos y las minas de la zona. Ella y Nathan habían acordado que sus hijas tuvieran acceso a la educación, como sus padres, para procurarles una mejor vida.

Al escuchar a Josephine contarle a Nathan los colores de una libélula que vio, Edén les dio manzanas rojas, arrancadas de los árboles frutales de su propiedad. Después de que las chicas se marcharon nuevamente, Edén recogió el pequeño picnic.

—¿En qué momento pasó tan rápido el tiempo, Edén?, ¿En qué momento crecieron? —Murmuró Nathan al verlas correr por la loma, riendo con inocente alegría.

Ella lo miró. —Apenas tienen siete y seis años, todavía no son mujeres.

—Lo sé, pero extraño cuando las arrullaba en mis brazos. Creía que podía protegerlas mejor en ese entonces.

—También puedes hacerlo ahora.

—No como quisiera. A veces quiero cerrar la puerta de la cabaña y no abrirla más.

Ella se sentó sobre sus talones y lo miró detenidamente. Era la primera vez que notaba la delgada capa color plata en su cabello, y que las líneas que recorrían de su nariz hasta su boca, eran más profundas. Era un hombre atractivo, un hombre tranquilo. Lo que suele llamarse un pensador profundo. Él meditó y sopesó sus pensamientos y acciones, que estaban en contraste con ella. Ella hacía todo con prisa, aún no terminaba de hablar de un tema cuando ya estaba deseosa de comenzar otro. Siempre estaba ocupada, es por eso que hoy en día es tan especial. Por primera vez en mucho tiempo, estaba descansando sin hacer nada, sólo comía y observaba a su familia. Ahora, el cambio de humor de Nathan atenuó su brillo de felicidad. Por mucho que ella lo amara, a veces era difícil convivir con un hombre tan serio.

Volteó hacia ella y sonrió con tristeza. —No me hagas caso. Ya sabes cómo soy. —Se puso de pie de un salto y dijo: —Iré a buscar a las chicas.

Edén se levantó, tomó su mano y lo detuvo. —Hemos pasado un día increíble juntos.

Él respondió: —Sí.

Ella se acercó y lo besó. —Ahora que ya no trabajo en el Salón, podemos tener más días como éste.

Él dejó escapar un suspiro hondo y dibujó una sonrisa con su dedo. —Soy más feliz sabiendo que ya no estarás más en ese lugar. Ya era hora de que Annabelle te dejara ir para estar más tiempo con tu familia. Realmente no te necesitaba o podría haberte reemplazado.

—No quería irme, disfrutaba trabajar con ella. Somos muy cercanas. Es como una hermana.

—Pero ahora que se casó, ya no te necesita más.

Edén, al escuchar eso, se alejó. —Eso es cruel. Me haces sentir culpable por ser cercana a los Bradbury.

—Lo siento, pero esa familia tiene demasiado poder sobre ti. —Él dirigió la mirada a otro lado—. Siempre ha sido así.

—Hemos estado juntos desde que éramos pequeñas. ¿Por qué mencionas esto de nuevo? Sabes cuánto quiero a Annabelle. Sabes de la relación que existe entre nuestras dos familias.

—Lo sé. He sido el único que lo ha padecido.

Edén lo miró fijamente, no creía lo que estaba escuchando. —Eso no es justo, Nathan. Tenemos una buena vida gracias a la amistad que tenemos con los Bradbury.

Él refunfuñó. —Puedes tener una amistad. —Simplemente trabajo para ellos.

—Piensan muy bien de ti.

—Mientras haga un buen trabajo que les signifique una ganancia económica. No es como si cenáramos con ellos o fuésemos a su casa a tomar el té.

—He cenado con ellos porque son mis amigos —replicó Edén; su ira se hacía más grande. Puede que no pertenezca al mismo estrato social, pero nunca me han hecho sentir...

—No quiero discutir contigo, hoy no. Además, es innecesario volver a este argumento ahora que ya estás en casa. —Después de besarla en la nariz, la dejó para que reconsiderara su comentario.

Frustrada por la discusión, recogió la manta sobre la que habían comido y la dobló, intentando no condenar sus sentimientos. Sin embargo, la residencia y las personas que trabajaban ahí, habían sido muy importantes en su vida, y lo habían sido mucho antes de conocer a Nathan. Durante diez años había sido compañera de Annabelle, la hija del Coronel James Bradbury, pero incluso antes de ser su empleada, fue su amiga de la infancia, así como de sus hermanos, Joel y Charlie. Siempre había pertenecido a ese grupo: caminaban por el bosque, jugueteaban en el río, iban de caza y hacían picnics. Ella se sentía parte de la familia, aunque a veces era difícil pasar de ser la sirvienta a ser una amiga. Annabelle y Charlie eran como sus hermanos. Su mente vaciló al pensar en Joel. Se había hecho a la idea de no pensar en él, y casi siempre lo lograba. Él había estado fuera por mucho tiempo y pertenecía a otro ámbito de su vida. Una etapa en la que había sido joven y despreocupada...

Sacudió su cabeza, evitando que los recuerdos llegaran a su mente, y deseando que Nathan no hubiera mencionado a los Bradbury. Su relación, poco común, se remonta a su bisabuelo, Morley, quien era el jefe de guardia de la finca, una posición que le pasó a su hijo. Toda la familia de Edén había trabajado para la finca desde que su bisabuelo era joven. Su madre había sido la doncella de la abuela y la madre de Annabelle, y su padre había sido su cochero. Pasó su infancia jugando en los terrenos de la finca, y siendo hija única, pudo disfrutar de una amistad muy especial con los niños del Salón. Parecía natural seguir los pasos de su madre y convertirse en sirvienta y compañera de las mujeres Bradbury.

Cuando su bisabuelo se jubiló, fue premiado, por su lealtad y buen servicio a la familia Bradbury, con una pensión, una casa de campo y tres acres en las tierras libres a las afueras de la finca, en lo que se conoce como Bottom Wood. Ellos, al convertirse en pequeños terratenientes, se habían ganado un lugar respetable en la aldea local.

De pronto, Edén levantó la vista cuando vio que sus hijas corrían hacia ella, con Nathan caminando detrás, para disculparse.

Lillie le dio un pequeño ramo de flores silvestres, Edén la besó en la parte superior de su pequeña cabeza. —Gracias querida. Ven, vamos, es hora de regresar a casa. Necesitas cambiarte la ropa húmeda, además tienes cosas por hacer.

¿Podemos dejarlo para después, mamá? Josephine hizo un puchero, arrastrando los pies mientras recogían la canasta y la manta. Su cabello oscuro colgaba en mechones despeinados por su espalda.

—Ya te he explicado antes. Los animales tienen que ser alimentados. ¿Te gustaría irte a dormir sin cenar? —Edén volteó malhumorada hacia su hija mayor, que estaba a punto de refutarla—. Haces muy poco, no como los otros niños. Se agradecida.

—No seas dura con ella, Edén —murmuró Nathan, quitándole la cesta—. Siento haberte arruinado el día.

—No lo hiciste, de verdad que no. —Ella suspiró y sonrió forzosamente, intentando feliz como

lo había sido una hora antes. Sabía que los fantasmas de su pasado habían regresado. Se habían esforzado mucho durante casi siete años para ignorarlos, pero su salida de la residencia de los Bradbury, la semana pasada, había despertado recuerdos y emociones que durante mucho tiempo habían estado enterrados.

Se alejaron del río gorgoteante y se adentraron a la sombra de los hayedos y robles sésiles, siguiendo un camino muy desgastado de regreso a la cabaña. Bottom Wood era una mezcla de plantaciones y antiguos bosques repartidos en varios acres. El clima fresco del interior se iluminó con los rayos del sol, pero a Edén le encantaba el bosque en cualquier estación del año. Había nacido en la cabaña, había crecido jugando en el bosque, ese era su hogar.

Nathan deslizó su mano sobre la de ella—. Ahora eres una mujer entregada al ocio, ¿qué planeas hacer con tus días?

—¡Huh! —Ella lo empujó con el codo—. Estoy segura de encontrar algo para mantenerme ocupada. Para empezar, la cabaña se tiene que limpiar y ordenar, entonces puedo planear hacer más huertos. El abuelo necesita descansar, ya no puede hacerse cargo de todo. Algunos días apenas y puede aguantar unos pocos minutos de pie, y sé que se angustia de pensar en que todo está desordenado.

Nathan asintió. —Creo que estará muy contento de tenerte en casa con él.

—Sí. Puedo estar pendiente de él y asegurarme de que no esté haciendo demasiado.

Mientras su mirada se enfocaba en los frondosos toldos de arriba. Por mucho que a Edén le encantara pasar tiempo con su amiga Annabelle, la idea de estar en casa le daba alivio. Podía cuidar a su abuelo enfermo, pasar más tiempo con sus hijas y trabajar en la cabaña, lo que disminuía la carga de trabajo de Nathan. Trabajó por mucho tiempo en la fábrica de algodón de los Bradbury, donde era gerente; debido a que siempre estaba en el Salón, no podía enfocarse en el trabajo de su cabaña.

Hicieron algunas cosas y la cabaña de madera, descuidada por el paso del tiempo, apareció entre la vegetación, un huerto y detrás de ésta un fondo de grandes árboles oscuros. Sentado frente a una silla de mimbre y fumando una pipa de arcilla, estaba su abuelo; frente a él estaba el viejo Barney, un mozo del Salón. Ambos sostenían ollas de cerveza casera. Tuvieron una charla profunda, sus rostros mostraban preocupación, hasta que las niñas se abalanzaron hacia ellos. Acto seguido, se sentaron y sonrieron de nuevo. Las pequeñas conversaron un momento antes de apresurarse a cambiarse.

Todavía tomados de la mano, Edén y Nathan se detuvieron y saludaron al visitante. —¿Cómo va todo, Barney? —Preguntaron ambos.

—Bien, muchacha, gracias. —Barney miró al abuelo de Edén, que sacudió ligeramente la cabeza.

Edén se endureció. —¿Hay algún problema?

Barney parpadeó muy rápido. —No...

—¿Ha ocurrido algo en el Salón?

—Bueno, el señor Charlie ha tenido problemas otra vez con su pecho. Ya sabes cómo se pone.

El corazón de Edén palpitó apresuradamente. Charlie siempre ha estado enfermo, desde que eran niños, y el año pasado fue diagnosticado con tuberculosis. Ella y Annabelle pasaron la mayor parte del tiempo con él, especialmente en el invierno, cuando tenía que estar recluido en casa debido al clima frío.

—Pobre hombre —dijo Nathan—. Acabo de verlo hace un par de días y lucía sano.

—Sí —asintió Barney—, bueno, él y el Señor quedaron atrapados bajo la lluvia esa noche y... y desde entonces han estado postrados en una cama.

—¿Ambos? —Edén parpadeó sorprendida—. ¿Están muy graves?

—El doctor ha estado ahí todos los días. En todo el tiempo que he estado en la finca nunca supe que el Señor también estuviera enfermo, y eso que he vivido aquí cerca de treinta años.

—¿Por qué no vino alguien para decírmelo? —Preguntó Edén, un tanto molesta.

—Todos han estado muy ocupados cuidándolos.

—Entonces, ¿qué tan mal están?

—Muy mal por lo que escucho. Al menos el Señor, que ha pasado más días en cama. Lo conoces tan bien como yo y sabes que no es de los que se quedan en casa sin motivo alguno.

—¿Por qué no me llamaron? Saben que puedo cuidar de Charlie cuando está enfermo. Incluso pude haberlos cuidado a ambos. ¿La señora Fleming ya contrató enfermeras?

Los ojos de Barney se abrieron ante su ataque. —Eh, no sé muy bien qué pasa adentro de la casa, muchacha.

—Debo visitarlos. —Edén dejó de apretar la mano de Nathan. ¿A caso creía que ahora que Annabelle se había casado, se olvidaría tan fácil de ellos? Ella soltó su mano y corrió hacia la puerta. La charla de las niñas se escuchaba desde el ático de la casa.

—Eso siempre ha sido algo muy tuyo, muchacha. —Barney se puso de pie, colocando su cerveza a sus pies—. Será mejor que vuelva, no es que esté ansioso.

Edén, a punto de llamar a las chicas para hacer sus tareas, hizo una pausa y miró sospechosamente a Barney. —¿Entonces qué es?

El abuelo se enderezó en su silla y se quitó la pipa de la boca. —Cuídate entonces, Barney. Vuelve a llamar la próxima semana si gustas.

La diversión de su abuelo se esfumó cuando Edén dio un paso adelante. —¿Qué más está pasando en el Salón, Barney?

—Nada, muchacha. —La cara golpeada por el clima del mozo palideció y él tiró de su gorra plana sobre su frente mientras acariciaba el hombro del abuelo. Tengo que irme, Horacio. Buenas tardes a todos.

Edén le impidió que saliera de la casa. Ella sabía que él estaba escondiendo algo. —¿Barney?

—¿Edén! —El abuelo y Nathan gritaron al mismo tiempo.

Ella no les hizo caso, seguía mirando a Barney. —¿Qué es?

Éste suspiró profundamente y se miró sus botas. —Él llegará esta tarde.

—¿Quién? —preguntó Edén. Ella susurró, pero ya sabía a quién se refería Barney. Solo había un hombre al que toda la finca odiaba.

—El señor Clifton.

Edén pudo percibir la ira de Nathan y cerró sus ojos. *Él* está de vuelta.

Roland Clifton, el primo de los Bradbury. El hombre que tanto odiaba con todo su ser. El hombre que había desordenado su mundo, que perseguía sus sueños y habitaba en las sombras.

—¿Edén! —Nathan se paró cerca de ella, mientras la tomaba por la cintura.

—Estoy bien, querido. —Lo miró fijamente y sacó fuerzas de él—. Él ha estado antes y nuestros caminos no se han cruzado. Tengo la certeza de que esta vez será igual.

El abuelo tosió y ella fue hacia él, pero el rostro pálido de Barney la hizo detenerse—. Él-él se quedará poco tiempo, ¿verdad?

—Me temo que no, muchacha. Por lo que escuché, se quedará hasta que el Señor vuelva a estar bien.

—El Coronel Bradbury es el hombre más saludable que he conocido, un pequeño resfriado no le impedirá salir de su cama, no sería razón suficiente para llamar a Clifton. —Sus ojos se entrecerraron en Barney, que se movía de un lado a otro, y luego a su abuelo—. ¿Qué más me estás

ocultando?

Horacio lentamente se puso de pie, sus huesos crujieron por el esfuerzo. —El Coronel ha sufrido algún tipo de ataque cardíaco, muchacha. No durará mucho en este mundo, al parecer.

Edén se sacudió, con ganas de gritar, negándose a creer lo que había escuchado, y con impulsos de correr al Salón. —¿Por qué no me dijiste en el momento en que te enteraste? ¿Por qué tuve que sacártelo?

El abuelo parecía envejecer aún más ante sus ojos. —Porque no quería arruinar tu picnic y porque Clifton se quedará en la casa y administrará la propiedad hasta que el señor Joel regrese de la guerra en África. Si lo sabías ahora o después, daba lo mismo.

Edén se apresuró a la cabaña, entró y arrojó la manta sobre el respaldo de una silla. Su mente no dejaba de dar vueltas con la noticia. Clifton se quedaría en el Salón, Joel regresaría pronto a casa, el Coronel estaba muy grave y Charlie había enfermado de nuevo. Por un momento pareció incapaz de moverse mientras pensaba en las cosas que debía hacer. Tenía que lavarse y cambiarse antes de ir al Salón, preparar la cena...

—No vas. —Nathan la siguió adentro, muy enojado.

Mirándolo de reajo, ella prendió el fuego para calentar agua. —Haré lo que me plazca, Nathan, y no harás nada para impedirlo.

Dio una patada a la puerta de la cabaña y volteó a Edén con fuerza para que lo mirara. —No lo haré, ¿me oyes? Si digo que no vas, ¡no vas!

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco. Era la primera vez que lo veía tan furioso en muchos años. Aún así, no haría lo que él decía, no después de todo este tiempo. —Podrás ser mi esposo, pero los que están en la Mansión también son mi familia.

—Está hecho ¡Annabelle se ha ido!

—¡Les debo mi lealtad y la tienen! Eso nunca cambiará.

—¡No les debes nada! —Su rostro, que solo hace unas horas estaba lleno de regocijo, ahora estaba endurecido, sus labios secos y sus ojos entrecerrados. No toleraré que siempre los prefieras. Estamos hartos de eso.

—¿De Verdad? —Ella retrocedió, y lo apartó con su hombro.

—Yo, las niñas y tu abuelo siempre hemos estado al final de tus preocupaciones y de tu tiempo con respecto a ellos.

—¡No es verdad!

—Sí, así es y ya estoy harto y cansado, Edén. Nosotros somos tu familia, no ellos. Así que esto tiene que parar ya. Ahora.

Ella levantó la barbilla. —¿Qué piensas hacer entonces? ¿Atarme?

—No me provoques.

Las chicas bajaron por la escalera del ático y cruzaron la habitación hasta la puerta. Después de mirar atemorizadas a sus padres, corrieron afuera para comenzar sus tareas.

Nathan se volvió hacia ella. —¿Ves? Tu obsesión con los Bradbury nos hace discutir y asustamos a las niñas.

—No tenemos que discutir por ellos.

—No, no mientras te dé la libertad de hacer lo que quieras —Nathan se burló.

—Nathan...

—No te entiendo. nunca ha sido así. —Él suspiró con un dejo de tristeza.

Ella dio un paso hacia él, para consolarlo, pero él la detuvo con una mirada fría.

—Nunca habrá imaginado que quisieras estar en la casa de los Bradbury sabiendo que ese bastardo de Clifton estará ahí.

Al oír esto, ella volvió su mirada al fuego. —Puedo visitar a los enfermos sin tener que encontrarme con Clifton.

—¿Tengo que suplicarte?

Ella tragó saliva, escuchando la súplica en su voz, odiándolo por hacerla sentir culpable y odiándose a sí misma por hacerlo de esa manera. —No puedo renunciar a ellos, Nathan. Lo siento.

El asintió. —Lo sé. Supongo que no soy lo suficientemente hombre como para que me quieras más que a ellos.

Edén sintió un frío que recorrió su espalda. —¡No! —Corrió hacia él y lo abrazó—. No digas eso. Te quiero. Significas mucho para mí. ¿Qué habría sido de mí sin ti?

Nathan se apartó suavemente. —Quizá necesitas preguntarte eso más seguido. —Salió de la cabaña, sin molestarse en cerrar la puerta.

Ella suspiró profundamente. El día había comenzado tan bien y había terminado tan mal. Su cabeza latía por la discusión con Nathan, quería arreglar las cosas entre ellos, pero lo único en lo que podía pensar era en que Charlie y el Coronel estaban enfermos. El bajo murmullo de la voz de su abuelo se abrió paso a través de la puerta abierta mientras hablaba con las chicas. Edén pensó en quedarse en casa pero, como siempre, su deseo por estar en la residencia de los Bradbury era demasiado fuerte.

Capítulo 2

Dusk dibujaba líneas finas en el campo cuando Edén abrió la puerta que conducía desde el parque de los ciervos a los majestuosos jardines de la residencia Bradbury. Tras asegurar el cerrojo, volteó y se detuvo un instante, conmovida por la belleza de la gran casa. Las ventanas pareadas, la entrada del zaguán con columnas, los bloques de piedra caliza pálida, el techo gris pizarra, todo encaja a la perfección, dando a la casa un toque de elegancia, muy *ad hoc* con la familia más importante de la zona.

Edén cruzó los jardines y se dirigió a una de las entradas laterales, situadas cerca de la escalera trasera, exclusiva de la servidumbre. Ésta la conduciría a la habitación de Charlie sin ser vista. Por suerte, las puertas de la casa no rechinaban, para que la ama de llaves, la señora Fleming, pudiera abalanzarse sobre cualquier cosa o persona que no cumpliera con sus exigentes estándares, por lo que Edén pudo entrar en la casa y subir las estrechas escaleras hasta el primer piso, sin que nadie notara su presencia. Antes de entrar en la habitación de Charlie, observó con detenimiento el pasillo vacío y silencioso. Se sentía algo extraña en ese lugar; a pesar de que sabía que las puertas de la residencia Bradbury estarían siempre abiertas para ella, no dejaba de sentir nostalgia por el pasado. ¿Por qué se sentía así?, no lo sabía, sin embargo esta añoranza inundaba sus pensamientos.

El único sonido que irrumpió el silencio de aquel pasillo, fue el de la manija de la puerta de la recámara de Charlie, que Edén tuvo que girar para poder entrar. Al interior, Edén trató de pasar desapercibida, pues sabía que Charlie no soportaría la melancolía de verla. Ella sonrió cuando lo vio recostado en su cama leyendo a la luz de una lámpara. En ese momento, él levantó la vista, sus ojos color avellana, que ella conocía a la perfección, se tornaron vidriosos, indiferentes, como si estuviera viendo a un sirviente. Pronto se agrandaron y se iluminaron de alegría cuando la reconoció.

—¡Edén!

—Ahora bien, querido, ¿qué es esto de que estás enfermo y postrado en una cama? —Ella sonrió y corrió hacia él, ansiosa por chocar su mejilla contra la de él, aunque, como siempre, él giró su cara. Le había dicho antes que no se acercara a él para no contraer la enfermedad que lo estaba matando, pero cada vez que le decía, ella se negaba. La sola idea de que él viviera el resto de sus días sin un abrazo, era horrible.

—Me alegra mucho verte aquí. —La cara de Charlie, aunque pálida y con los labios azulados, lucía tan hermosa y radiante como siempre, con la típica sonrisa que lo caracterizaba—. Te he extrañado.

—Y yo a ti. —Sentada en un extremo de la cama, sostuvo la mano derecha de su amigo entre las suyas y la apretó con suavidad. —Siento no haber venido antes. Apenas me enteré. Nadie me había dicho nada.

—Pensé que ya no te interesábamos. —Como un niño pequeño, hizo un puchero, pero al instante guió el ojo, lo que le restó credibilidad a su gesto.

¿Como si lo hiciera! Edén movió la cabeza. — Aunque le daré más tranquilidad a la señora Fleming la próxima vez que la vea. ¿Cómo se atrevió a ocultarme esto?

Charlie asintió y un mechón de su grueso cabello castaño cayó sobre sus ojos—. Pensé demasiado. Le pedí que fuera por ti. Incluso mi padre preguntó por ti. Me temo que la señora Fleming disfruta de mandar en la casa mientras papá está enfermo y Annabelle no está. —Apartó

el cabello de sus ojos y de nuevo se apreció el brillo que emitían—. Mi papá está muy enfermo. —Dijo Charlie—. Deberías visitarlo, quizá puedas ayudarlo a recuperarse Nunca le ha gustado darse por vencido.

—Cuenta con ello, no te preocupes, y será mejor que la señora Fleming no se interponga en mi camino.

—Sabía que podía contar contigo. Tu presencia en este lugar siempre es indispensable. —Él hizo una pausa. —No debería pedirte esas cosas. Ahora tienes una familia por la cual preocuparte.

—Sí, es verdad, pero yo tengo dos familias. —Replicó Edén.

—No podemos pedirle a Nathan que se separe de ti. Somos egoístas, todos nosotros. Siempre lo hemos sido.

—Deja de decir tonterías. Soy afortunada de que tanta gente me necesite.

Suspirando, Charlie se recostó sobre las almohadas. —Nunca había visto a mi papá tan enfermo. Supe que era algo grave cuando escuché que había enviado a buscar a Joel y Annabelle.

Edén se enderezó—. ¿Los dos? Pero Annabelle está viajando hacia el Mediterráneo, solo se angustiara cuando escuche las noticias, pues estará incomunicada lo que dure el viaje.

—Lo sé, pero mi padre estaba, y todavía está, muy preocupado. Sólo Dios sabe cuándo regresarán. Joel está luchando en algún lugar de África. Por supuesto, él querrá regresar de inmediato, pero ¿se lo permitirá el ejército? Tiene un trabajo que hacer y es probable que sus superiores no lo permitan.

Ella frotó el dorso de su mano. —No te enojés, no servirá de nada.

Los dos miraron hacia la puerta cuando se abrió de nuevo y entró Mellors, el *batman* del Coronel Bradbury. Revisó su paso al ver a Edén, pero sus ojos brillaron de alivio por un momento antes de que su control de hierro se reafirmara. —Señora Harris. Es bueno verla otra vez.

Y a ti, Mellors.

—¿Cómo va todo? —preguntó Charlie—. ¿Está mejor mi padre?

Mellors cerró la puerta y se aproximó a la cama, con la espalda tan recta como si todavía estuviera en el patio de armas militar. —Me temo que no, señor Charlie. Es algo desfavorable y no hay error en ello. —El tono de su voz era una señal de que este hombre íntegro nos estaba manejando la situación del todo bien.

Charlie se afinó su garganta. —La señora Harris desea ver al Coronel, ¿es posible o debería esperar otro día?

—Mañana sería mejor, creo. —El señor le pidió disculpas a Edén antes de dirigirse a Charlie nuevamente—. El médico y la nueva enfermera están con el en este preciso momento, por eso tuve un momento para venir a verte. —Mellors se enderezó aún más—. Le dije a la señora Fleming que no era necesario contratar a la enfermera, pero no me hizo caso. —Su nariz se torció y dos manchas de color enrojecieron sus mejillas—. Nadie puede cuidar al Coronel mejor que yo, ¿no he estado haciendo ese trabajo durante los últimos quince años, o más?

Los labios de Charlie dibujaron una sonrisa. —Tienes razón, por supuesto, pero tal vez el médico considera que una enfermera te dará un descanso de vez en cuando, ya que si te enfermas también, ¿quién cuidaría al Coronel?

Mellors levantó la barbilla ante la pregunta—. Por qué lo dice, no he estado mal en diez años y el día que no pueda cumplir con mi deber de cuidar al Coronel, será el día en que me entierran seis pies debajo. Ahora, si no me necesita, señor Charlie, volveré con su padre.

Charlie asintió y una vez que la puerta se cerró detrás del *batman*, se volvió para sonreír a Edén. —Pobre viejo amigo.

Edén frunció el ceño ante la puerta de madera, nuevamente el sentimiento de cambio la acosaba.

—Tal devoción no es buena, Charlie. Cuando tu padre finalmente muera, Mellors no sabrá qué hacer consigo mismo.

Suspirando, Charlie dejó su libro sobre la pequeña mesa de caoba que estaba junto a la cama. —Presiento que se acercan muchos cambios, Edén. —Él la miró y sujetó su mano—. Sabes que está aquí, ¿no? Llegó airoso, como si ya fuera el dueño de la finca.

Edén tragó saliva, deseando que él no hubiera mencionado ese nombre. —Clifton anhela que haya tres muertes para que eso suceda.

—Y las posibilidades son buenas, muy buenas.

Edén, al escuchar eso, se alejó. —No Charlie, no digas tonterías.

—Bueno, si Annabelle no tiene un hijo pronto, Clifton se quedará con todo. Él conoce a mi padre y, de una forma u otra, a mí no me queda mucho en este mundo, además hay una enorme posibilidad de que Joel muera en el campo de batalla. Entonces, solo los deja a él y a los hijos de Annabelle. Si ella no tiene uno aunque sea, bueno....

Edén, con un gesto de enojo, se puso de pie y jugueteó con las mantas. —Por supuesto que Annabelle tendrá hijos. Ella es joven y fuerte, y mira al señor Carleton, él está sano. Tiene cuatro hermanas y...

—Suficiente. —Charlie tomó nuevamente su mano y la besó—. No debí haber dicho nada al respecto. —Él sonrió. He echado de menos tu carácter, tus peleas y tu presencia.

Ella lo miró con extrañeza. —Mi carácter es...

—Encantador. —De repente, Charlie parecía estar cansado, agotado.

—Ve a dormir —susurró Edén—. Vendré de nuevo mañana.

—¿No pasarás esta noche aquí?

—No. Tengo que volver a casa.

—¿Será prudente? Está oscuro afuera. ¿Nathan te espera afuera? No quiero que te arriesgues.

—Descuida, estaré bien. —Ella besó su mejilla a manera de despedida—. Descansa, come la buena comida de Cook y duerme.

Él la detuvo. —¿Nathan estará esperando? Por la verdad ahora.

—No estoy segura. Las niñas...

—¿Le molestó que vinieras?

Evitando caer en la tentación de tirarse sobre la cama y contarle a Charlie sus problemas, Edén se contuvo, echó los hombros hacia atrás y caminó hacia la puerta—. Nathan estaba... está bien, como siempre. Ahora ve a dormir. —Antes de decir otra palabra, salió de la habitación y cerró la puerta con toda precaución, para no hacer ruido.

—Señora Harris.

Edén se sobresaltó con el grito, y volteó para ver a la señora Fleming, que se encontraba al final del pasillo con sus manos sobre su cadera. —Buenas tardes, señora Fleming.

—¡Esta no es una buena noche! —La señora Fleming caminó hacia Edén y se paró a unos metros de distancia, con el rostro regordete rojo y los ojos brillantes y llenos de ira. —¿Qué haces aquí?

—Creo que es obvio.

—El señor Charlie no te necesita, muchas gracias. —El ama de llaves pasó uno de sus gruesos dedos por el rostro de Edén—. Tu tiempo aquí terminó cuando la señorita Annabelle se convirtió en la señora Carleton.

—Todavía soy importante...

—¡No eres nadie, señora! —Las manos de la señora Fleming cerró de golpe sus manos.

—Al fin veo tu verdadera cara. —Edén rio con ironía—. Supongo que desde hace mucho

tiempo has ocultado tu disgusto.

—En efecto, el día más feliz de mi vida fue cuando la señorita Annabelle se casó y te fuiste de esta casa.

—Qué vida tan vacía debes tener como para que ese día haya sido el más feliz de tu vida. — Respondió Edén.

—Padecí bastante tu presencia en esta casa. Siendo la confidente de la señorita Annabelle, creyéndote superior a los demás, cuando siempre fuiste una simple sirvienta, como el resto.

Enfurecida, Edén se aproximó hacia la vieja y ardiente bruja. —Me tienen sin cuidado tu opinión o tus celos, pero respetarás la posición que tenía en esta casa, porque, a pesar de lo que pienses, yo era más que una simple sirvienta. Puede que mi tiempo con la señorita Annabelle haya terminado, pero hay otros miembros de esta familia que quieren que yo esté aquí, y nada de lo que puedas decir o hacer cambiará eso, y lo sabes bien.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —La señora Fleming jadeó—. Yo quiero que tú sepas...

—¡Sé más de lo que imagina sobre usted, *señora!* —Edén levantó una ceja—. Conozco todos sus secretos. ¿Debo informar al Coronel de tus maneras poco ortodoxas? ¿Del dinero de limpieza que sacas de las cuentas y te lo guardas en el bolsillo? ¿De las botellas de vino o ginebra que robas de la bodega para llevarlas a tu mesa? O quizá del dinero que ganas vendiendo las sobras de la comida a los pobres. ¿Debería contarlo todo?.

Los labios de la señora Fleming se estrecharon en una apretada línea azul—. Tú-tú...

—Buenas tardes, señora Fleming. —Asintiendo con la cabeza, Edén se apartó, dejó ir a la mujer y bajó las escaleras.

Una vez afuera, inhaló profundamente el aire nocturno y se pasó su mano temblorosa por los ojos. Odiaba las discusiones, pero la vieja yegua tonta lo había provocado. Durante años, Edén había soportado los malos tratos y palabrerías que la ama de llaves decía a sus espaldas. Sin embargo, nunca pensó que el desprecio de la señora Fleming fuera tan grande. Bueno, hay una solución para ello. Ella se mantendría alejada de la señora Fleming.

Caminando por los jardines, trató de apartarse de la oscuridad, pero el camino hacia la puerta conducía a través de un jardín de setos de tejos recortados y grandes coníferas. Por lo general, no se asustaba con los ruidos nocturnos o la oscuridad, pero aquella noche, después de un día tan extraño y sabiendo que Clifton estaba adentro de la casa, sintió un hormigueo con cada perturbación o sonido extraño.

Rezó para que Nathan la estuviera esperando en la puerta, como lo hacía normalmente, pero al llegar, él no estaba ahí. Con los hombros caídos, abrió la puerta y la cerró otra vez. La gran extensión de madera yacía al otro lado de un campo abierto, lleno de flores y plantas, y pastos largos. A pesar de estar iluminado por la luz de la luna, ninguna figura lo atravesó.

Edén dudó, preocupada y molesta porque Nathan no estaba aguardando por ella. Él no era rencoroso. Aguantando su coraje y con la cabeza en alto y orgullosa, decidió cruzar el campo que la llevaba hacia el oscuro bosque. Al llegar a los primeros árboles, una figura salió más allá de las sombras y ella se sobresaltó.

—¿Entonces sí regresaste? —La cara de Nathan no podía apreciarse muy bien con la luz apagada—. ¿Fuiste bienvenida? ¿Te dijeron que te extrañaban?

—Por supuesto. —Ella caminó, exhalando temblorosamente. Nunca le había dicho lo asustada que estaba por haber caminado sola en la noche. Pero entonces, sin hablar de ello, lo supo, por eso siempre esperaba por ella en la puerta, cuando trabajaba hasta tarde.

—¿Y si hubiera sido alguien más parado ahí, y no yo? —Nathan se paró junto a ella—. ¿Qué

habrías hecho?

Exhausta, por lo vivido aquel día, Edén se detuvo y se volvió hacia él. —¿Qué hubiera hecho? —ella respondió—. ¡Habría gritado, tonto! Y luego me habría enojado.

Nathan se levantó y cuando la luz de la luna penetró entre los árboles y bañó su rostro, sonrió. —Sí, maldita sea.

Ella quería hundirse en sus brazos pero se quedó quieta—. ¿Me perdonas?

Respiró hondo y sacó el aire lentamente. Él respondió: —Sí. —Sólo que quiero establecer límites esta vez, Edén—. No pasarás mucho tiempo en ese lugar como antes lo hacías. Te quiero en casa.

Ella lo tomó del brazo. —Están enfermos y me necesitan. —Cuando él dudó, ella puso su dedo en sus labios para silenciar cualquier palabra que pudiera salir de su boca—. Una vez que se recuperen, no volveré, lo prometo.

Él asintió y siguieron caminando un poco. —¿Lo viste?

Edén recargó su cabeza contra su hombro mientras paseaban. —No, y espero no hacerlo nunca. Sin embargo, llegará el momento y debo estar preparada para ello.

Capítulo 3

Un ruido proveniente de la cama, hizo que Edén quitara la vista del libro que estaba leyendo para mirar la pálida cara del Coronel. Sus ojos parpadearon, estaba quieto. Mellors dejó de pulir el uniforme de bronce del Coronel, que se encontraba en una pequeña mesa en la esquina de la habitación, y observó a éste mientras dormía.

La enfermera, Pettigrew, que había estado dormitando en su silla, se movió, resopló y luego se despertó precipitadamente. —No. —Parpadeó, enderezó su delantal almidonado y se inclinó sobre su paciente con el ceño fruncido.

—Se encuentra bien —susurró Edén, colocando su libro sobre la mesita de noche.

El ceño fruncido de Pettigrew se acentuó. —Su color no es tan bueno. —Se giró hacia Mellors —. Esta habitación se ha enfriado.

Mellors se levantó, con una expresión seria. —Te dije que necesitábamos más madera, pero dijiste que no debíamos hacer que la habitación fuera demasiado caliente porque le provocaría fiebre.

—¡Sí, pero no dije que fuera tan frío como las noches invernales! —Se quitó el delantal y se dirigió a la puerta. —Bajaré y prepararé una bandeja para el Coronel si se despierta, no puedo confiar en que nadie más lo haga, ¿verdad?

Mellors caminó hacia la puerta también. —¡Yo conseguiré un poco de madera y mantendré la habitación como le gusta al Coronel, ya que no se puede *confiar en* que nadie conozca sus necesidades tan bien como yo!

Salieron juntos de la habitación, en silencio se acomodaron la capa. Edén, por su parte, comprobó que la plática de aquellos individuos no hubiera despertado al Coronel. Mientras dormía, el Coronel lucía más joven, se parecía mucho a Joel. Joel. Edén suspiraba cada vez que pensaba en su amor de la infancia, en el hombre por el que había vivido, en el que a pesar de sus diferencias sociales la hacía sentir tan especial, tan suya...

Se alejó de la cama y fue hacia la gran ventana que daba a los jardines. Ahí abajo, un jardinero recortaba un seto. Edén lo veía trabajar, pero su cabeza sólo podía pensar en su infancia, en los días felices sin preocupaciones cuando todos estaban juntos. En cómo ella y Annabelle perseguían por todo el bosque a los otros niños, que las dejaban atrás para ir a pescar; o cuando todos habían ido de picnic al río y jugaban a las escondidas.

Abrazándose, contempló el horizonte hacia donde se encontraba el pequeño pueblo de Gargrave, en el norte, y luego miró hacia el noroeste y el viento barrió los páramos. Pesadas nubes grises estaban sobre la finca, como si estuvieran listas para borrar de la memoria el hermoso clima del pasado. La última vez que vio a Joel, fue en un día frío como ese.

Pensaba en lo rápido que había pasado el tiempo. Siete años. Siete años tras la última despedida, cuando él había decidido entrar al ejército. Él sabía que ella lo amaba, no como un hermano, no como ella amaba a Charlie, sino como una mujer amaba a un hombre. Sin embargo, ¿qué se puede hacer? Si desde el momento en que decidió convertirse en Oficial, era como si sus diferencias sociales fuesen más latentes. Joel era un Oficial, el heredero de las tierras de la finca y ella... ella era la compañera de su hermana, la hija de los sirvientes. No podían estar juntos, él tenía que relacionarse con alguien de su clase, con la hija de alguna familia rica.

De pronto, sus recuerdos se vieron interrumpidos por un ruido que provenía de la cama. Volteó y sonrió al Coronel que yacía mirándola. —¿Cómo se siente, señor?

—Como... —se lamió sus labios secos—, muy enfermo.

Ella sonrió y él le guiñó, con dificultad, un ojo—. Bueno, recuperaré fuerzas porque la enfermera y Mellors volverán en cualquier momento. —Edén colocó otra almohada detrás de su cabeza y luego le sirvió un vaso de agua y lo ayudó a tomarlo.

—Estoy cansado, Edén, demasiado cansado.

—Lo sé. —Ella acomodó las almohadas para procurarle comodidad.

—Nunca antes había estado cansado, no de esta manera.

—Se mejorará pronto.

—No lo haré. —Suspiró profundamente y la edad, una vez más, se dibujó en su rostro. —Estoy bastante molesto con mi cuerpo por haberme hecho esto. Aún queda mucho por hacer...

—¿Por hacer? —Edén le sonrió mientras ella se recostaba en la silla—. Pienso, señor, que ha vivido una vida muy plena.

Él movió su cabeza y levantó una mano para que ella la tomara. La mano grande, que una vez había sido tan fuerte, ahora era débil en comparación a la de ella, y le entristecía que un hombre como él, alguien que siempre parecía invencible, estuviera postrado en cama. Su lucha, su espíritu alegre, se habían esfumado, en su lugar estaba la melancolía de los moribundos.

—Nunca me he disculpado, Edén.

Ella lo miró extrañada. —¿Disculparse? ¿Por qué? No tiene que disculparse por nada.

—No sabes que yo sé... —El Coronel miró hacia la puerta.

Los finos vellos en la parte posterior de su cuello se erizaron, y los latidos acelerados de su corazón se volvieron lentos por el miedo. —¿Sabe qué? —susurró Edén.

—Tu secreto. El secreto que compartes con tu marido y, sin saberlo, conmigo. —Hizo una pausa, una sensación de dolor cruzó su rostro haciéndolo respirar y cerrar los ojos por un momento.

Él sabía. Edén retrocedió contra la silla y su rostro se puso blanco. —¿Cómo lo supo?

—Lo vi saliendo del bosque, acomodándose los pantalones, limpiándose la sangre de la cara de las marcas de arañazos. —El Coronel se estremeció. Él no me vio. Estaba montando, pero Júpiter había tirado un zapato así que tuve que bajarme para revisar su pierna. Después de que él desapareció de mi vista, me apresuré hacia el bosque en busca de cualquier sirviente o sirvienta que pudiera haber lastimado. Entonces te vi a lo lejos tropezando hacia la cabaña. Tu cabello colgaba de tu espalda... tu falda estaba sucia...

Hubo un silencio en la habitación. Edén estaba demasiado sorprendida para hablar, para pensar con claridad. El recuerdo de aquel horrible había resurgido. Pero, como siempre, lo evitó, lo enterró en lo más profundo de su mente, sin querer admitir lo que le había sucedido dentro de su hermoso bosque.

—Lo siento. Debí haber hecho algo... en especial después de haber sido la confidente de mi Annabelle.

Ella se puso de pie de un salto; sus manos acomodaban las sábanas. —No hay de qué lamentarse. No fue su culpa.

—Clifton es mi sobrino. Mi hermana Ada habría muerto de saber la verdadera naturaleza de su hijo, de sus actos malvados. No hubiera podido denunciarlo sin avergonzar a Ada, ella nunca ha sido fuerte. Sin embargo, he pospuesto la mayoría de sus visitas, para que sólo venga en momentos importantes. Cuando, cuando está aquí, siempre he tratado de mantenerlo ocupado para que no tenga tiempo de... —Su rostro se contorsionó de dolor y soltó un suspiro.

Edén se paró sobre él, frustrada por no poder hacer nada. Descanse ahora, señor. —Duerma. No debe esforzarse.

Sus pálidos ojos azules buscaron su rostro. —Quiero que mi chico regrese....

Sus manos se quedaron quietas sobre las mantas. —Joel estará en casa muy pronto.

—Ha pasado demasiado tiempo... —jadeó, agarrándose el pecho.

—Al menos tú lo viste hace dos años en Sudáfrica.

—Mi último viaje largo.

—Para el resto de nosotros ha pasado mucho más tiempo.

El Coronel cerró los ojos. —¿Me perdonas?

Agarrando las mantas con los puños, tragó saliva, y recuperó fuerzas. —Sí.

Levantó la vista cuando la puerta se abrió, era Mellors que traía una caja llena de troncos.

—¿Estaba despierto? —Preguntó. Mellors colocó la caja junto a la chimenea y agitó suavemente el fuego bajo. —Lo extrañaba despierto.

—Fue sólo por un minuto —Edén mintió y fue a pararse junto a él, extendiendo sus manos hacia las llamas.

—¡Tuve que detenerme en aquella elegante pieza de inutilidad! —Mellors se enfureció, mientras apilaba los troncos.

El estómago de Edén se revolvió—. El señor Clifton.

—Sí, *él* —susurró Mellors viendo hacia la cama—. Ha estado montando el caballo del Coronel, estaba empapado en sudor. Hombre tonto. Luego esperó a que recogiera los troncos antes de detenerme en medio del patio para preguntarme por la salud del Coronel. Podía ver la madera que traía. Apuesto a que quería que se apagara el fuego y que el frío matara a su tío—. ¿Por qué?, si alguna vez él pone sus manos en este sitio, yo me marcharé.

—No serás el único. —Edén se estremeció—. ¿Viste al señor Charlie?

—No, pero en la cocina comentan que hoy amaneció mucho mejor. —Mellors se levantó y limpió sus manos con un trozo de franela que guardaba en el bolsillo—. ¿Quieres visitarlo, verdad?

—No. —Se acercó al respaldo de la silla en la que había estado sentada, recogió su chal y se lo echó sobre los hombros—. Parece que lloverá, y no quiero mojarme. Si ves a Charlie más tarde, ¿puede decirle que mañana estaré con él?

—Claro que sí, muchacha.

—Hace un momento me asomé a su cuarto y estaba dormido plácidamente, pero le prometí a Nathan no me quedaría aquí.

—Haces bien, muchacha. Yo cuidaré de los dos. Ve a casa, descansa tranquilamente. Te avisaré si ocurre algo.

Ella le estrechó la mano. —Gracias. —Antes de salir de la recámara, vio por última vez al Coronel.

Se apresuró por el pasillo oscuro, sus pasos vacilaban junto a la puerta de Charlie. Ansiaba entrar en el cuarto, pero no se atrevió. Él vería su rostro y sabría que algo no estaba bien.

Enfrente, una puerta se abrió y Clifton salió de ella. Edén se congeló, mirándolo con repulsión y miedo.

—Pero qué tenemos aquí, a la hermosa y seductora Edén. —Musitó Clifton con un acento londinense. Desde la última que se vieron había ganado más peso alrededor de su cintura, las entradas de su cabello estaban más grandes, lo que hacía que su cabeza luciera como una cúpula. Su papada parecía haber aumentado el tamaño de su rostro, daba la impresión de no tener cuello, sólo una cabeza sobre gordos hombros redondeados. De joven había sido muy guapo, pero su agitada vida social hedonista y su naturaleza viciosa lo habían despojado de toda gentileza.

Edén no quería que él percibiera su miedo; con la mirada fría levantó la cabeza y exclamó. —

Señor Clifton. —Bajó su rostro tratando de evitarlo, pero éste la agarró toscamente por la parte superior del brazo.

—Nos volvemos a encontrar, señora Harris. —Sus pequeños ojos se estrecharon cuando una sonrisa malvada mostró sus dientes amarillentos—. Siempre es un placer.

Era poco más alto que ella, pero muy fuerte, una fuerza que ella había experimentado antes. Ella lo miró a la cara. Me estás lastimando el brazo.

En vez de soltarla, la acercó a su cuerpo, el interior de Edén se estremeció. —Nunca te lastimaría, querida —le susurró al oído—. Sabes que te estimo mucho. —Sin embargo, sus hechos contradecían esas palabras, cuando de manera súbita la arrojó lejos de él y luego se limpió la chaqueta, como si hubiera ensuciado su atuendo immaculado.

Edén se apartó y huyó lo más rápido que pudo. Sólo se detuvo cuando éste gritó su nombre. Lo miró por encima del hombro.

—¿Sabías que estaba aquí? —Clifton sonrió.

Parpadeando, se detuvo junto a la escalera de servicio. —¿A qué te refieres? —contestó ella.

—¿Eres estúpida? —Se tiró del lóbulo izquierdo de la oreja, con expresión tranquila—. Te pregunté si ya sabías que estaba aquí.

—Apenas me enteré ayer.

—¿Y aún así viniste?

—El Coronel y Charlie me necesitan.

—¿Esa fue la única razón? —Clifton frunció el ceño—. ¿No has venido porque querías verme?

Ella tragó saliva. —¿Por qué piensas que querría verte?

—¿Entonces no piensas en mí?

—No.

—¿Qué lástima! Yo, por el contrario, pienso bastante en ti.

Edén se tambaleó y pensó que se desmayaría.

Clifton se enderezó y sacudió un poco la cabeza. —De acuerdo. Bueno, fue bueno verte otra vez. Me alegra que sigas visitando la casa. —Avanzó por el pasillo para descender por la escalera principal.

¿Había escuchado bien? ¿Estaba alucinando? ¿Estaba loca? ¿En qué momento pasó de ser un hombre irracional a uno civilizado? Bajó cautelosamente las angostas y empinadas escaleras de empleados, su mente daba muchas vueltas. La última vez que Clifton había estado en la casa no lo había visto, más que a través de una ventana. Ella evitaba estar en los mismos lugares que él. No se habían encontrado hasta entonces, lo que permitió que Edén pudiera olvidarlo.

Ahora había cambiado. Su instinto le decía que volvería a figurar en su vida. Se estremeció y con su mano tapó su boca para ahogar un gemido.

Apresurándose, corrió por el jardín hasta el parque de los ciervos y cruzó los campos que conducían al bosque. Una vez dentro, contuvo el aliento y se hizo la fuerte. Su mirada se desvió hacia la izquierda. Unos cien metros más arriba, sobre una ligera pendiente, el bosque se abrió en un pequeño claro, ese lugar había sido su preferido para sentarse en un día soleado. Habían pasado siete años desde que ella había caminado por ahí. Edén dio un paso en esa dirección antes de que el miedo la detuviera. Todavía no, no podía ir a ese sitio aún.

—¡Mamá! —Josephine y Lillie corrieron por el sendero desde la cabaña y se arrojaron a sus brazos extendidos.

—Mis pétalos. —Ella besó las besó en la cabeza—. ¿Disfrutaron la escuela?

—El profesor Johnson me obsequió una manzana por haber leído bien. —Josephine tomó la mano de Edén—. Regresaste a casa temprano. Me alegro.

Edén apretó sus dedos antes de coger la mano de su Lillie. —Sí, lo estoy así que pasaremos toda la tarde y la noche juntas. ¿Qué haremos?

—¡Haz pan de jengibre! —exclamó Lillie, mientras sus ojos grises se iluminaban—. O pan de grosella.

—No —dijo su hermana—. Mejor leamos junto al fuego.

La primera gota de lluvia cayó a través del dosel de ramas y golpeó en la mejilla de Edén. — Debemos apurarnos, o pasaremos la noche estornudando y tosiendo por los resfriados.

Josephine volteó. —Mamá, alguien se acerca.

Edén se detuvo y se dio la vuelta. Una silueta lograba vislumbrarse a lo lejos. Una mujer los saludó con la mano, pero Edén no pudo distinguir quién era, pues la luz de la luna no alumbraba lo suficiente.

—¡Edén! Espera.

—Es Jane, de la casa de los Bradbury —dijo Josephine.

Caminaron por el sendero para encontrarse con la joven mujer, que todavía llevaba el delantal de la cocina y la gorra de sirvienta. Jane, al alcanzarlos, se inclinó para recuperar el aliento.

—¿Qué sucede, Jane? —Edén miró a la doncella regordeta enderezarse y llenar sus pulmones de aire.

Jane miró a las chicas e intentó recobrar la compostura, pero no pudo. Su cara se hundió y frotó el delantal sobre sus manos. —Tienes que volver.

Edén sintió algo en su corazón. —¿Qué ha pasado?

—El Coronel... ha muerto.

Capítulo 4

Envuelta en su capa negra, Edén miró a los dolientes que estaban de pie alrededor de la tumba abierta, parecían una bandada de cuervos. Lluvias suaves cayeron de nubes grises, como había sucedido los últimos cuatro días. Frente a ella estaba la cerca negra de hierro forjado, que separaba a los fallecidos Bradbury del resto de los muertos de la finca. Sólo la familia inmediata, que no era mucha, estaban dentro de la pequeña área cercada, el resto de los presentes se quedaron respetuosamente en el exterior, con cuidado de no pisar las tumbas recién cavadas, pues el mal tiempo había hecho que el suelo se llenara de lodo.

A su lado, Nathan se recargaba en un pie y después en el otro. Levantó su cabeza y le sonrió cálidamente, mientras ella pasaba su mano por el brazo de éste para consolarlo. El vicario continuó hablando a su audiencia, a Dios y al cielo, (cada vez más abajo); los mantenía más de lo necesario en el frío. Edén quería que la ceremonia continuara en la casa de los Bradbury. Mientras tanto, Charlie seguía llorando por su padre.

Mucha tierra húmeda descendió sobre el ataúd, el estruendo fue tal, que Edén tuvo que apartar la cabeza de éste. Su mirada buscó la escultura del ángel sentada sobre la alta lápida de Amelia Bradbury. El Coronel al fin descansaba junto a su esposa. Le dolía el corazón. Nunca más volverían a escuchar la estridente risa del Coronel que inundaba los pasillos de la casa, tampoco lo verían ir de caza ni regocijarse cuando Annabelle lo abrazara.

Su mirada recorrió las cabezas de los presentes para detenerse en la pequeña iglesia de madera, construida por el padre del Coronel para uso personal de la familia y la finca; con el propósito de ahorrarles el largo trayecto dominical al pueblo de Gargrave.

Un suspiro colectivo la alertó de la situación en cuestión, también suspiró aliviada cuando el sacerdote, que había terminado con el funeral, ahora le extendía la mano a Clifton, mientras le murmuraba cosas, así como a su madre viuda, a sus tías abuelas y a algunas primas muy lejanas. Los principales miembros de la familia, los hijos del Coronel fueron profundamente extrañados por su ausencia.

—Regresaré al molino, Edén. —Nathan le besó la mejilla y miró con cautela a Clifton—. ¿Seguro que estarás bien?

Ella sonrió y asintió. —Sí, por supuesto. Mellors dijo que puedo quedarme en el funeral con él. No sé cómo se las arregló para conseguirlo, pero al menos me ahorra caminar o andar en el carro con el personal.

En ese momento, Mellors se acercó y le dio la mano a Nathan. —¿Cómo te va en el molino, Nathan?

—Hasta ahora las cosas no han cambiado, pero apuesto que no será por mucho tiempo si *él está* cerca. —Nathan dirigió su mirada a Clifton—. Bradbury Mill no es lugar para personas como él. Atacaremos si hace algo. Estaba en una actitud muy autoritaria la otra mañana, dando órdenes no necesarias como si no supiéramos nuestro trabajo.

—El señor Charlie saldrá bien de esto, y lo sacaré de la finca. —Murmuró Mellors, con sus ojos llenos de hostilidad.

—Espero que así sea por el bien de todos. Si no es así, me iré. —Nathan dio un paso, pero Edén lo detuvo.

—No sé a qué hora regresaré a casa. Charlie....

Nathan asintió con expresión solemne. —Sí.

Ella lo observó alejarse, sus hombros encorvados contra la lluvia brumosa, que hacía que el clima pareciera invierno y no verano. Un presentimiento la invadió.

Regresaron a la oscuridad de la mansión, los sirvientes se cambiaron rápidamente sus ropas y se pusieron los uniformes mientras la familia y los conocidos bebían jerez junto a la chimenea.

Edén se escabulló por las escaleras y se dirigió al cuarto de Charlie. Él estaba sentado en una silla de cuero, frente al fuego, una manta de tartán cubría sus piernas.

Él le tendió la mano a Edén—. ¿Cómo estuvo? —le preguntó.

—Como se esperaba. —Ella colocó su mano contra su fría mejilla.

—Estas congelada. Acércate a la chimenea. —Él agarró el atizador de hierro y empujó los troncos, que avivaron más el fuego, mientras ella se quitaba los guantes, el sombrero y la capa. Sus faldas negras no estaban demasiado mojadas.

Ella se sentó en la silla frente a él y observó las llamas danzar.

Charlie reemplazó el póker y se recostó. —Te miras pensativo.

—Eso hacen los funerales con las personas, ¿no?

—Eso creo. Esos eventos son tristes. Supongo que abajo hay una masa de buitres circulando, apostando por la próxima muerte de la familia.

—Bueno, a mí me parecen más cuervos viejos que buitres, pero espero que su conversación sea más amena.

—No si Clifton es el anfitrión. —Charlie se movió en su silla, y con su puño apretó la manta—. Me temo que tendré que decepcionarlo y no morir como él lo desea.

—Bien. Con suerte hasta puede irse y nunca más volver.

—Pobre Roland, nunca se puso de tu lado.

Edén se estremeció. ¿Cuántas veces había querido contarle todo a Charlie? Sin embargo, ¿por qué preocuparlo? Ya tenía bastantes problemas. —Del tuyo tampoco.

—No. El pobre hombre a menudo se quedaba atrás, ¿no? —Charlie arrugó la nariz. —Creo que odiaba venir aquí durante vacaciones cuando era niño. Lo llamábamos *Rolly-Polly*. Los niños son terriblemente malos.

—Clifton era malvado.

—Era inútil en todo, ¿verdad? No podía disparar bien, ni nadar en el río, ni trepar a los árboles o dar un salto al caballo. ¿Lo recuerdas? No obstante, Joel nunca se molestó con él. Nunca tuve tiempo para los tontos, como nuestro Joel, y dudo que eso haya cambiado. Clifton ciertamente no ha cambiado.

—Clifton podrá ser un tonto, pero en cierta manera es inteligente.

Charlie asintió, tocando el hilo de la manta con sus dedos. —Sí, un poco cruel a veces. Nunca olvidaré ese día que azotó al perro pastor de la granja. Si Joel no hubiera derribado a Clifton, lo habría hecho. —Charlie sonrió con ironía. —Hubiera sido mi primera pelea, pero Joel, como siempre, no permitió que iniciara la riña y me ahorró el esfuerzo de lastimarme la mano o la nariz.

Edén observó las llamas. Joel siempre los había defendido, su caballero, su héroe y protector. Luego se marchó, dejando un gran vacío en la vida de todos y arrojando a la deriva a su pequeño grupo de seguidores—. Tienes que bajar y mostrar tu autoridad, Charlie. Clifton tiene que irse. Se sentirá menos seguro de su poder si sabe que estás despierto.

—¿Es tan malo? Sé que su compañía para nada es agradable, pero está aquí para ayudarnos, para cuidar la propiedad.

—No había necesidad de que viniera. Tu padre confió en su mayordomo y tú también confías en él, ¿no? ¿Parkinson te ha hecho dudar alguna vez de su servicio?

—No claro que no. Parkinson se ha encargado de la finca en numerosas ocasiones, cuando la

familia salía.

—Exactamente, entonces, ¿por qué Clifton está aquí?

—Edén...

—Abre los ojos, Charlie. —Incapaz de contener su preocupación, se levantó y fue hacia la ventana. La escena lluviosa afuera era sombría, así como ella se sentía.

—¿Qué sucede? ¿Por qué esta repentina repulsión a la presencia de Clifton?

Ella no lo miró. —Siempre la he tenido, no sé por qué te sorprende. Incluso cuando era niño no me agradaba.

—Ya no me queda mucha familia, Edén. Clifton, a pesar de todos sus defectos, es mi primo.

—¿Y esa es razón suficiente para que no tomes en cuenta sus pecados? —ella susurró.

—¿Sabes de algo que yo no?

Edén contuvo el aliento. ¿Tendría el coraje de decirle? ¿Debería hacerlo? Lentamente, volteó y lo enfrentó. Miró las llamas y, de perfil, su debilidad parecía intensificada, los pómulos prominentes. En ese momento ella lo vio como un hombre viejo, su carne deshecha por la enfermedad, el joven que alguna vez fue apuesto, ya no estaba ahí. Él no merecía ser partícipe de sus problemas, de sus secretos. En un acto de arrebato, ella se apresuró hacia él y lo abrazó. —Lo siento.

Él le acarició la mano y le besó la mejilla. —Te amo como a una hermana. Tus opiniones son muy importantes para mí.

—Lo sé.

—Sin embargo, tienes razón. Hasta que Joel regrese, yo estoy a cargo de la finca, no Clifton. — Se puso de pie y se quitó la manta—. Bajaré ahora. ¿Me ayudarás?

Ella lo miró fijamente. —¿Ahora? ¿Hoy? No quise decir en este momento, quise decir pronto.

—¿Por qué retrasarlo? Es el funeral de mi padre, debería bajar. Ya no puedo esconderme en mi habitación con mis libros y dejar que todos los demás se hagan responsables por mí. —Entró en el pequeño vestidor y se cambió la ropa. Cuando salió, llevaba zapatos negros pulidos y se sentó en la cama. —¿Podrías ayudarme a ponerme esto?

—No tienes que hacerlo si no quieres. —Edén lo ayudó a quitarse las pantuflas y a ponerse los zapatos—. Debería aprender a quedarme callada.

—¿Guardar silencio? ¿Tú? Nunca había escuchado algo tan absurdo. —Él sonrió.

—¿Seguro que te encuentras bien? No dejaré que te fatigues.

—Sólo haré acto de presencia, no me quedaré mucho. Para terminar con los rumores de mi desaparición.

Edén se levantó y acomodó su falda. Se miraron el uno al otro. Este fue el primer paso en una nueva vida para todos. Charlie tenía que tomar el control ahora que su padre había fallecido.

Charlie se levantó y, aunque estaba algo pálido, sus ojos tenían un brillo inusual. —Te quedarás conmigo.

—Siempre. —Lo tomó del brazo y salieron de la habitación para bajar al gran salón.

Desde el pasillo podían escuchar la charla de los invitados. Charlie se detuvo para respirar profundamente y con la cabeza en alto, bajó con su acompañante. Los presentes, sorprendidos por su repentina aparición, súbitamente cambiaron sus pláticas para elogiarlo.

Con Charlie a su lado, Edén se sintió segura y buscó a Clifton. Era una costumbre suya, localizar a Clifton cuando Charlie estaba junto a ella. En el pasado, era frecuente que él se apareciera de la nada y la asustara. Se paró junto a la chimenea ardiente, sosteniendo un pequeño vaso de whisky. A su lado, en el gran salón, estaban su madre, Ada, y sus tías mayores. Clifton miró a Edén por encima de las señoras. Ahora sonreía para ocultar el asombro de verlos en esa

habitación. Él inclinó la cabeza hacia ella para saludarla. Conocía su actuar.

Estar con viejos amigos y hablar sobre su padre, le dio a Charlie una nueva esperanza de vida. Los pocos minutos que había planeado estar ahí, se convirtieron en una hora. Edén siempre estuvo a su lado, ofreciéndole té y pastel, y cuidando que no se cansara. Por otra parte, estaba al pendiente de Clifton, quien merodeaba por la habitación, platicando con los demás, bebiendo y mirándola en todo momento.

Cuando la conversación se detuvo, Edén le susurró algo a Charlie. —Tal vez deberías regresar a tu cuarto, para que descanses. —Él asintió y sonrió.

—No quiero exagerar, ¿verdad?

—No, querida. —Ella lo ayudó a levantarse del amplio sofá a rayas color crema y dorado, y esperó a que se despidiera.

—¿Huyendo?, ya veo. —Clifton llegó desde atrás sin que ella se diera cuenta.

Ella volteó y muy segura le contestó: —Charlie está cansado.

Uno de los mozos pasó con una charola de bebidas, y Clifton, casualmente escogió una. —¿Te preocupas por él, me pregunto?

—Solo una babosa como tú pensaría tal cosa.

Clifton sorbió su bebida y luego sonrió. —Sabes, me enteré de algo muy interesante esta mañana.

—Me alegro por ti. Disculpa. —Y acomodó su falda, ansiosa por volver a estar junto a Charlie, que ahora besaba las manos de su tía Ada y de sus tías abuelas.

—Mi madre estará muy complacida.

Confundida, Edén hizo una pausa y frunció el ceño. —¿Perdón?

Un brillo perverso emanó de sus pálidos ojos. —Mi madre siempre ha querido ser abuela.

—No te entiendo.

—Escuché que tienes un hija, una hija que, según su edad, podría ser mía.

Al escuchar las palabras de Clifton, una parte de Edén murió. —Q-Qué fantasía tejes, Clifton.

Éste se irguió y sonrió, enrojeciendo sus facciones. Por un momento Edén pensó que lo gritaría a todos los presentes. —Por tu reacción, creo que no estoy del todo equivocado. No es una fantasía después de todo, ¿eh?

—No sabes lo que dices. Ella... mi hija no es tuya. Lo que propones es ridículo.

—No estoy diciendo mentiras, preciosa Edén. —Clifton se acercó un poco más, bañándola con su olor a whisky—. Tu hija mayor es mía y sabes que es verdad. Estoy molesto conmigo mismo por no haberlo pensado antes. Me he perdido seis años de paternidad. —Parecía importarle, pero ella sabía que no era así. Se había perdido años en los que pudo haberla lastimado.

Ella se retrocedió, sintiendo miedo. —Mi esposo es el padre de mi hija. *No* puedes probar lo contrario.

—También me comentaron que tu hija llegó solo siete meses después de tu matrimonio con Harris. Interesante. Me pregunto qué pensará el tribunal. —Su expresión burlona hizo que sus piernas se debilitaran.

—No te atreverías....

Clifton mostró su dentadura amarillenta. —Ah, querida, algunas cosas tienen que ser. De hecho, creo que sería un excelente padre, ¿no lo crees?

—Te acercas a nosotros y yo....

—¿Tú qué, querida? —su mirada recorrió su cuerpo—. No puedo creer... —su voz se transformó en un susurro. —No puedo creer que haya pasado tanto desde la última vez que probé tu cuerpo Muy indolente de mi parte.

—¿Edén? —Charlie, que estaba a su lado, la tomó por el codo—. ¿Qué pasa? Te ves mal.

—Creo que necesita un poco de aire —primo, exclamó Clifton—. Los funerales son tan agotadores.

Con dificultad, Edén salió de la habitación, no sin antes percatarse de que todos la veían.

—Edén, ¿quizá deseas acostarte? —Preocupado, Charlie la ayudó a subir las escaleras.

A mitad de camino, ella titubeó. Josephine. ¡Dios, Clifton quería a su hija, *sabía* de su hermosa hija! Tenía que regresar lo antes posible a casa, para comprobar si Josephine estaba bien, tocarla y afirmar que estaba a salvo.

—¿Qué sucedió allá abajo? —preguntó Charlie—. ¿De qué hablaste con Clifton?

Ella miró a su querido Charlie, y por una vez deseó que su hermano estuviera aquí. Joel resolvería esto, arrojaría a Clifton por el aire, pues Charlie, el enfermo Charlie, nunca podría hacer tal cosa.

—Tengo que irme a casa, ahora mismo. Ya. —Se giró para bajar, pero la empuñadura de Charlie la abrazó.

—Respóndeme, Edén. Por favor. —Sus ojos se lo imploraban.

—Lo haré, pero no por el momento. —Ella lo soltó y, después de mirarlo, en son de disculpa, bajó las escaleras y salió por la puerta principal. La lluvia golpeó su cabeza desnuda y los conductores de carruajes la miraron mientras corría por el costado de la casa hacia los jardines.

Levantando su falda, corrió hasta su casa. Sentía una punzada en el costado y su cabello se había soltado. Los altos árboles del bosque gotearon un tatuaje propio, mientras la lluvia se filtraba a través del dosel. A sus pies, se abría un camino de vegetación, formado por las pisadas de los transitaban por aquellos terrenos. Lanzó un sollozo de alivio cuando la cabaña se alzó ante ella a través del color grisáceo de la lluvia. Casa. Seguridad.

Edén irrumpió en la cabaña; el abuelo, sorprendido por la entrada de su nieta, no pudo evitar que la pipa cayera de su boca.

—¡Edén!

Enloquecida, corrió a la recamará a buscar a sus hijas, a Josephine. —¿Dónde está ella? —preguntó alterada a su abuelo.

—¿Quién? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué demonios sucede? Él la miró como si hubiera perdido la cabeza, mientras se agachaba para recoger su pipa del suelo.

—¡Josephine! Edén corrió al fondo de la escalera del ático—. ¡Josephine!

—Ella está en la escuela, tonta —El abuelo se levantó de su silla—. ¿Qué ha pasado?

Edén se dirigió hacia la puerta con la intención de correr hasta Gargrave para ir a la pequeña escuela del pueblo.

—Detente —gritó el abuelo, con su mano sobre el pestillo para impedir el paso—. ¡Siéntate!

—No puedo, tengo que ir por Josephine.

—¿Está enferma, o en peligro? —Cojeó más cerca, sus ojos, tan azules como un cielo de verano la detuvieron—. contéstame.

—Clifton lo sabe. —Al decir las palabras, se quedó sin aliento mientras se desvanecía contra la puerta, temblando.

—Bastardo. —El abuelo la tomó entre sus brazos y luego la condujo al sofá junto al fuego. Necesitas un brandy.

—Yo...

—Tomarás un brandy y me contarás lo ocurrido. —El abuelo se arrastró hacia la pared del fondo, donde junto a la ventana, estaba un armario del que sacó una botella casi llena.

Edén juntó sus manos, no sabía si quedarse o correr hacia la puerta. El calor del fuego hizo que

su falda humeara.

—Bebe esto. —El abuelo apretó el pequeño vaso en sus manos y la observó beber.

El brandy ardió en su garganta. Ella detestaba su sabor, pero pronto el calor de la bebida golpeó su estómago, extendiéndose a todo el cuerpo.

—Entonces, él lo sabe.

—Sí. —Ella asintió, de repente, deseando acurrucarse en forma de bolita y esconderse—. Le dije que no era cierto, pero no me cree.

—Un hombre como él, creará lo que quiera creer. —El abuelo se recostó en su silla—. ¿Qué más te dijo?

—Me dijo que quiere a Josephine.... —Por un momento, Edén pensó que tal vez estaba enferma—. Dijo que los tribunales... que los tribunales le creerían..

El abuelo maldijo enérgicamente y, agarrando el póker, golpeó agresivamente las brasas en el fuego. —Él es el tipo de persona que haría tal cosa. Destruir una familia.

—No puedo permitir que me la quite.

—Necesita probarlo primero y eso no es cosa fácil. Te casaste con Nathan poco después de lo sucedido con Clifton....

—Será mi palabra contra la suya. —Edén se quedó mirando el cristal en sus manos—. Es un hombre adinerado. Le creerán. Una niebla negra pareció adentrarse su mente, adormeciendo su pensamiento y sentimientos, escondiéndola de las terribles visiones de Clifton llevándose a Josephine.

—No sucederá eso. —Lo hablaremos con Nathan esta noche, elaboraremos un plan, pensaremos en algo.

—Nathan. Oh abuelo, Nathan quedará destrozado. —Las lágrimas corrían por sus mejillas. La ama como si fuera suya. La adora. Los chismes lo matarán, ya sabes lo hermético que es él y las chicas...

—No, mi muchacha, no lo hagas. —Extendió su mano artrítica y le palmeó la rodilla—. Lo resolveremos. Lo prometo.

Ella asintió, encontrando la fuerza en su abuelo—. Quizá Clifton solo quería asustarme.

—Sí, tal vez sólo sea eso. —El abuelo le retiró el vaso—. Ve a cambiarte para que encuentres a las chicas en el camino. Será una grata sorpresa para ellas.

—Sí. —Edén se levantó y se dirigió hacia la escalera.

—Deberías mantenerte alejada la casa de los Bradbury por un tiempo. Entiendo que ahora que el Coronel ya no está, Charlie te querrá a su lado, pero Josephine, tu hija, es más importante.

—Por supuesto. —La sola idea de visitar a Charlie, mientras Clifton estuviera en la casa, le erizaba la piel.

Cuando Edén pisó el primer escalón, un fuerte golpe sonó en la puerta. Ella miró a su abuelo. —¿Esperas a alguien?

—No, ¿quién saldría con este clima tan malo? —Tomó su bastón para caminar a la puerta y abrirla. Una ráfaga de gélido viento bajó por la chimenea, trayendo consigo un humo que imposibilitó que Edén viera quién estaba en la entrada de su casa.

—¡Usted! —Gritó el abuelo.

Los ojos de Edén se abrieron cuando vio a Clifton, vestido con un abrigo largo de color marrón oscuro y un sombrero muy bajo, parado en la puerta de la cabaña. Su mirada recorrió la habitación antes de postrarse en Edén. —¿Dónde está ella? ¡Mi hija!

Capítulo 5

El oficial Joel Bradbury levantó sus binoculares de campo y revisó la llanura africana ante él, rozagante por la bruma de calor. Las hierbas secas, de color marrón, se ondularon como si un gigante hubiera pasado su mano por ellas. Joel montaba a su caballo Fidget, que dio un paso lateral sin razón alguna, —de ahí su nombre—, por lo que el oficial tuvo que apretar sus piernas para estabilizarlo. Los otros oficiales miraban a Fidget con desdén, pues no toleraban que el animal no se quedara quieto; sin embargo, Joel sentía algo en su interior cada vez que veía los grandes ojos marrones líquidos de su caballo. Algo que los otros militares ignoraban, es que, a pesar de su inquietud, el corcel era el más rápido del regimiento. Esta velocidad había salvado la vida de Joel en más de una ocasión.

Un punto sobre la cresta del valle llamó la atención de Joel. Lo analizó mientras se movía y pronto se dio cuenta que era un jinete montando un caballo. ¿Su hombre? Preocupado, Joel entrecerró los ojos por los binoculares, ignorando el calor que quemaba a través de su uniforme. El jinete tronó cuesta abajo y se dirigió hacia donde se encontraban el oficial y su grupo de exploración.

Bertram. Bien. Suspirando con alivio, Joel dirigió sus binoculares más allá del área de exploración, en busca de Boers. —Dile a los hombres que monten, Haversham.

—Señor. —El joven primer teniente, de pie en el flanco derecho de Fidget, saludó y fue a dar la orden a los tres soldados que descansaban bajo las copas de los árboles cercanos.

Joel guardó los binoculares en su estuche y sacó la cantimplora. Sin embargo, el agua, aunque no estaba fría, refrescaba su garganta seca. Después de calmar su sed, cerró la cantimplora y esperó a que el explorador tirara de las riendas a su lado.

El soldado Bertram redujo la velocidad del caballo, que había provocado una nube de polvo. —Señor.

—¿Y bien, Bertram? ¿Qué hay allá afuera? —Joel sacó un lápiz y una hoja de papel de su bolsillo delantero.

—Al otro lado del valle hay un pequeño campamento Boer. Diez hombres. Catorce caballos.

—¿Catorce? —Joel levantó la vista de su apunte—. ¿Crees que sean cuatro caballos de más, o hay cuatro hombres más que no viste?

—No podría decir si eran caballos de carga, ninguno estaba montado. Hay un río al sur del campamento. Tal vez los otros hombres se encontraban ahí.

—¿Entonces no puedes confirmarlo?

—No señor. Lo siento.

—¡Maldición! —Joel miró hacia la ladera del valle—. ¿Algo más? ¿El campamento es nuevo, o ya lleva tiempo?

—Nuevo. No vi rastros de ninguna fogata.

—¿Te vieron?

—No lo creo, señor.

—Cabalgaste a todo galope por esa pendiente. Un movimiento en falso y pudiste haber salido disparado, o haber torcido al caballo. No puedo tolerar errores.

Bertram se sonrojó y bajó la mirada. —Lo siento, señor. No volverá a suceder.

Haversham se paró junto a Fidget. —Los hombres están listos, señor.

Joel asintió, luego sacó un mapa de su bolsillo. —Bebe Bertram.

El explorador obedeció, bebiendo tan rápido de la cantimplora que el agua caía por su barbilla.

Revisando su mapa, Joel se inclinó hacia Haversham. —Nuestras órdenes son precisar la actividad Boer entre aquí y aquí. —Indicó los puntos en el mapa para que Haversham los viera—. Además, no podemos atacar al enemigo, a menos que nos viéramos en la necesidad de hacerlo. Debemos recabar información, pero no permitir que los bóers sepan de nosotros. Algunas de nuestras fuerzas están acampadas a lo largo del río Orange, no podemos poner en peligro su misión de ninguna manera.

—De acuerdo, señor.

Joel miró a sus hombres. Con Bertram de regreso, ahora eran seis. Estaban a una hora de viaje desde la sede de la compañía para esta región. No podía exponerse a que fueran detectados, sin embargo, su mente libraba una batalla. Diez bóers contra sus seis hombres.

—Contaríamos con el elemento sorpresa, señor —murmuró Haversham, como si leyera los pensamientos de su jefe.

—Sí.

El sol del mediodía cubrió el paisaje. Septiembre. Era primavera en el sur de África, pero donde estaba Joel apenas se sentía el cambio de una estación a otra. Por un momento, anhelaba la frescura de un día nevado de invierno, no cualquier día de invierno, sino uno de los que tenían en casa. Una tormenta de nieve de Yorkshire, con nevadas de seis pies de altura, para poder lanzarse bolas de nieve con Charlie, Annabelle y Edén. Su corazón se agrandó como siempre al pensar en Edén. La había perdido, y la culpa no era más que de él y de las reglas sociales de su derecho de nacimiento.

—¿Señor?

Joel se sacudió y miró a Haversham cuando Fidget movió la cabeza y arañó el suelo. —Regresaremos a la sede.

Haversham vaciló. —¿La fiesta de los bóers?

—Viven para pelear otro día —dijo Joel, al tiempo que sonreía con ironía. —Somos exploradores, no un grupo de combate. Si hubiera una escaramuza y dejáramos escapar a un solo bóer, podría alertar a otros de nuestra presencia. No puedo permitirlo.

—Entonces, nos alejamos del enemigo. —Haversham suspiró desilusionado.

—Sí, así podremos vivir un poco más.

—No creo conveniente no pelear contra ellos, señor.

—Haversham, he peleado más de lo suficiente en los últimos dos años. No buscaré una batalla si puedo evitarlo. Sólo quiero que esta guerra miserable termine para poder regresar a casa con mi familia.

—Sí, por supuesto, señor. —El joven soldado suspiró y montó su caballo.

Joel tiró de las riendas y dio vuelta a Fidget. De repente, quería estar en la soledad de su tienda, donde podía escribirles cartas a su padre y a su hermano. Ya era suficiente de ordenar la muerte de hombres jóvenes, de ver la devastación, de escuchar a los comandantes que no tenían ni idea de cómo llevar a cabo una guerra.

Mientras Fidget trotaba por la llanura, Joel pensaba en la última carta que le habían enviado de casa, donde le contaban los detalles de la boda de Annabelle. Incluso le enviaron un pedazo de pastel de bodas en una lata. Había sido muy duro no poder asistir a la boda de su querida hermana. Extrañaba y ansiaba verlos, pero también tenía miedo de regresar. ¿Qué habría cambiado durante sus años de ausencia? A veces no recordaba sus caras, lo que le producía pánico, y otras veces sus rasgos eran tan claros que sollozaba con dolor por no estar con ellos.

—¿Señor! —gritó Haversham, interrumpiendo el sueño de Joel.

Joel se retorció y luego siguió el dedo acusador del teniente. Los bóers había aparecido de la nada y galopaba hacia ellos. —¡Mierda!

—¿Pelearnos, señor? —preguntó Haversham, con los ojos muy abiertos y la cara polvorienta.

—Nos superan en número. Nos retiraremos y esperamos que no nos atrapen. —Joel dio un golpe a Fidget para que galopara.

~ ~ ~

En la brumosa lluvia, Nathan rodeó el vagón cargado, comprobó la tensión de las cuerdas que sujetaban la carga y luego revisó su lista. Todo parecía en orden. Le dijo que sí al conductor. — Está bien, John, vete.

John tiró de las riendas de los caballos y, con mucha fuerza, empujaron la carreta debajo del arco que sostenía las grandes puertas de madera, y la sacaron del patio del molino. Nathan revisó el área, su territorio, para ver si alguien no estaba haciendo las cosas correctamente pero debido al mal tiempo, los trabajadores se resguardaban adentro del molino. Por un minuto observó al joven Tommy Backhouse, el chico que había contratado la semana pasada. El muchacho se veía prometedor. No evadía sus responsabilidades, ni siquiera cuando no lo estaban observando, como lo hacían algunos de sus compañeros.

Nathan se dirigió hacia el carro recién llegado, lleno de fardos de algodón provenientes de América. Saltó a la plataforma de carga que estaba nivelada a la parte trasera del vagón y, con un gesto al conductor, le retiró la documentación ofrecida. —¿No tuviste problemas, Jim?

—No, Nathan, todo salió bien. —El viejo conductor sacó una pipa del bolsillo, pero al ver el resplandor helado de Nathan, la deslizó hacia atrás—. Lo siento, jefe, la costumbre.

—Sí. —Nathan frunció el ceño ante la falta de respeto y poca precaución que tuvo el hombre mayor por haber podido incendiar el molino. Miró a Seth, que salió del enorme edificio de almacenamiento, ubicado en la parte trasera—. Por favor díles a los muchachos que descarguen la mercancía.

—¿Quieres que lo verifique? —Seth, tenía el cabello del color de la paja, sonreía burlescamente y era un mujeriego pero fuera de ello era un hombre trabajador, por lo que Nathan confiaba mucho en él.

—Sí, por favor —mientras Nathan examinaba el papeleo—. Tengo que verificar el pedido de Rogers antes de que salga.

—De acuerdo —Seth inclinó su cabeza hacia el arco y dijo—, parece que parece que tenemos visita.

Nathan levantó la vista y se quedó quieto cuando Clifton cruzó las puertas. —¿Qué demonios hace él aquí?

—Inspeccionando su tan anhelada herencia. —Seth rio.

Volvió a mirar a Seth. —¿Está Collins? —Rezó para que el gerente principal de la fábrica se encontrara en su oficina.

—Ah, Harris. —Clifton cabalgó y desmontó al lado de la plataforma.

Esperando ser paciente, Nathan bajó de la plataforma. —¿Buscas a Collins?

—¿Él está a cargo?

—Por lo general, sí. Cada área de la fábrica tiene su propio gerente.

—¿Y tú qué haces? —Los ojos de Clifton se entrecerraron.

Nathan no dejó que su mirada vacilara. —Soy el gerente del patio.

—¿Y, te agrada tu trabajo?

—Me servirá.

Clifton golpeó su fusta contra su bota hasta la rodilla. Observó a los trabajadores que descargaban la mercancía. —Estuve en tu cabaña.

Nathan se sacudió. ¿Ese bastardo había estado en su casa?

—No es tuya, ¿verdad? —Clifton continuó—. Es de tu abuelo, ¿no?

—¿Qué parte?

Encogiéndose de hombros, Clifton flexionó la fusta entre sus manos. —No posees mucho, ¿verdad? —Quiero decir, no eres dueño de nada.

—¿De qué estás hablando hombre?

Clifton sonrió con malicia. —La cabaña no es tuya, así como tampoco tu esposa.... —Clifton saltó hacia atrás cuando Nathan fue a agarrarlo. Desde la plataforma de arriba, los cargadores se detuvieron para mirar lo que sucedía. —Te aconsejo que no me pongas un dedo encima. No dudaría en contactar a la ley.

Nathan sintió una ira inmensa. Nada quería más en esta vida que matar al bastardo que estaba frente a él. —Aléjate de mi familia.

—¿Tu familia? —Clifton se rio entre dientes—. Exageras, Harris. Una hija no es una familia.

—No sabes lo que dices.

—Lo hago al ver las cosas. Acabo de tener una charla muy interesante con Edén.

Nathan apretó las manos. —Aléjate de ella.

Clifton inspeccionó la punta de su fusta. —Eso es imposible, querido amigo. Tenemos muchas cosas que solucionar.

El ruido de los trabajadores pareció ensordecir los sentidos de Nathan. Había demasiado ruido, el golpe de un martillo, el sonido sordo que emitían los cascos de los caballos sobre los adoquines, los gritos de órdenes, incluso la lluvia cayó con mayor fuerza y más rápido. ¿De qué seguía hablando ese bastardo? —No tienes nada que decirle al Edén.

—Te equivocas. —Clifton sonrió nuevamente—. Mi *hija* ocupa un lugar importante en mi lista de prioridades. Tengo mucho que devolverle.

Nathan parpadeó, luego entendió a qué se refería. ¡Josephine!, gritó con ira, saltó y agarró a Clifton por las solapas de su chaqueta. Giró y empujó al bastardo contra la plataforma. Un resplandor de niebla roja sofocó todo, menos su deseo de matar a Clifton con sus propias manos.

—¡Nathan! ¡No lo hagas! —Seth y los otros empleados saltaron para tratar de separarlo de Clifton, antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Déjame, loco! —gritó Clifton, mientras golpeaba con su fusta la cabeza de Nathan—. ¡Quítanmelo de encima!

Nathan soltó la chaqueta de Clifton para tomarlo por su grueso cuello y apretarlo.

—No, Nathan. ¡Por el amor de Dios! —Seth envolvió sus brazos alrededor de los hombros de Nathan, para que soltara a Clifton. —Déjalo ir o te meterán a la cárcel —susurró al oído de Nathan—. Piensa, hombre, piensa. Edén, las chicas. No podrás protegerlas desde una celda.

Los ojos de Clifton se hincharon, su rostro se tornó púrpura. La disputa cesó cuando tomó aire.

—Déjalo ir, Nathan —le insistió Seth—. Vamos hombre.

Lentamente, Nathan retiró sus manos de Clifton. Por fin había recobrado la cordura. No iría a prisión por este pedazo de basura. Retrocedió un paso, lo soltó, se sentía sucio de sólo tocarlo.

Clifton cayó de rodillas al suelo, frotó su cuello, no tenía aliento. —Usted...

Los otros trabajadores, ahora que el drama había terminado, se alejaron, ansiosos por volver a sus labores y apartados de cualquier culpa. Seth tocó el hombro de Nathan antes de que él lo hiciera y regreso de nuevo a la plataforma.

—¡Aguarden! —Clifton se puso de pie tambaleándose. Miró a su alrededor, con ronchas rojas

en el cuello—. Ustedes... todos... testigos....

Nathan se enderezó, echó los hombros hacia atrás y levantó la cabeza para mirar su patética figura. No irás con las autoridades y tampoco te acercarás de nuevo a mi familia. ¿Entendiste?

Clifton se encorvó para recuperar el aliento, pero luego salió sorprendentemente rápido y con toda su fuerza golpeó con la fusta la cara de Nathan.

Nathan se tambaleó, el dolor punzaba en su mejilla.

—Te atreves a decirme qué hacer —gritó Clifton con voz ronca—. ¡Primero te mueres! —Se volvió para señalar a los hombres reunidos—. Todos vieron lo que me hizo. Todos serán mis testigos.

Seth se aproximó al borde de la plataforma. —No lo vi, señor Clifton, no vi nada. —Miró a sus compañeros de trabajo y preguntó—, ¿Alguno de ustedes vio algo? —El murmullo negativo retumbó por el patio y se desvaneció. El único sonido era la lluvia que goteaba incesantemente.

Clifton los maldijo, en sus ojos brillaba odio. —¡Todos pagarán por esto! —Se acercó a su caballo y tras dos intentos logró montarlo. Estando en la silla, los miró fulminantemente, antes de observar a Nathan—. Este no ha terminado. Tú, Harris, has cometido un terrible error y ahora eres mi enemigo.

—No quiero problemas, Clifton. Sólo quiero que te alejes de mi familia.

—Estás viviendo algo que no te corresponde, Harris. Nunca más volverás a estar tranquilo, te lo aseguro. —Acto seguido, Clifton sacudió al caballo y clavó los talones en los costados para que trotara a toda velocidad por debajo del arco.

Seth saltó para pararse junto a Nathan y darle una palmada en la espalda. —Maldita sea, Nath.

Nathan le tendió la mano. —Gracias. Te debo una.

—No, no me preocuparía por eso, tienes que pensarlo. No lo olvidará.

—No....

—¿De qué demonios hablaba? ¿Su hija? ¿Qué tiene que ver eso contigo?

Nathan hizo una mueca, absorto y preocupado por lo que había sucedido. —Todo está cambiando, Seth, y no sé qué hacer...

Más tarde, cuando la lluvia disminuyó y la oscuridad cubrió el bosque, Nathan regresó a casa; antes de ingresar se detuvo un momento en la entrada, sujetando el cerrojo. La linterna que Edén había colocado en la puerta para iluminar su camino a casa, emitió un débil resplandor. Sólo que ya nada era lo mismo. Pasaba por una situación complicada, sentía el miedo en su pecho. No le gustaba la violencia como a otros hombres, la odiaba. Nunca había participado en un riña, ni siquiera cuando era joven. Su padre lo consideraba débil porque prefería los libros y no el boxeo; sin embargo, para él la agresión nunca había sido la solución, y eso había desconcertado mucho a su progenitor. No obstante, el solo hecho de escuchar el nombre de Clifton, le hacía hervir la sangre y perder el sentido común. El hombre debería recibir un disparo, como lo hacen con los perros enloquecidos.

—Nathan.

Se levantó cuando escuchó una luz que venía de la oscuridad. Era Edén que llevando un montón de troncos y avanzando por el sendero que conducía desde el costado de la casa. La observó dudar, la tenue luz cobriza iluminaba en las sombras su rostro tenso. Ella se detuvo y lo miró, sus ojos estaban cubiertos de lágrimas. Él deseaba también poder gritar lo que lo atormentaba.

—¿Sabe qué? —susurró Edén.

—Sí, tengo una visita.

Su labio inferior temblaba. —No se saldrá con la suya, esta vez no.

—No.

Una lágrima solitaria cayó por su mejilla, la luz de la lámpara la pintó de oro. Él extendió los brazos y ella dejó caer los troncos y corrió hacia él, abrazándolo con fuerza. Besando su cabello, él murmuró que todo estaría bien, pero ambos sabían que no sería así.

Capítulo 6

—¿Edén!

Ella se sobresaltó al escuchar su nombre y miró a Charlie. —¿Qué pasa?

—He hablado durante dos minutos y no has escuchado una sola palabra —dijo, frunciendo el ceño.

—Lo siento. —Edén se alejó de la ventana de la biblioteca, con el corazón pesado. Trató de relajarse y ponerse alegre para Charlie pero sus preocupaciones no se detenían.

—¿Qué te tiene tan pensativa? —Charlie acomodó su libro en el librero y tomó otro.

Ella forzó una sonrisa. —No es nada —mintió. No podía confesarle que buscaba a Clifton cuando se presentaba la oportunidad, para saber dónde se encontraba y así poder evitarlo. Dos semanas. Dos semanas de vivir en un estado de absoluto estrés, esperando que Clifton volviera a atacar. Desde entonces, todas las noches ella, Nathan y su abuelo habían discutido la situación, desechando ideas y posibles planes en caso de que ocurriera lo peor y Clifton se atreviera a ir a los tribunales. Además, temía que Clifton tomara represalias por la agresión de Nathan, y esperaba a que sucediera algo. Clifton no perdonaría ni olvidaría y, de alguna manera, querría vengarse de ambos.

—Estás más delgada —le dijo Charlie—. Tu ropa cuelga de tus hombros.

Edén se sentó en la silla de cuero que estaba junto a la chimenea. Sin embargo, no podía sentir el calor que emanaba de ésta. Se quitó la falda gris y la blusa azul que llevaba. No eran su mejor ropa, pero aún estaban en buenas condiciones; y como no era miembro de la familia, no tenía que vestir de negro todos los días para guardar luto al Coronel; aunque en su bolsillo guardaba un bolsillo de ese color.

Charlie se acercó y se acomodó en la silla de enfrente. El día, aunque había sido miserable por el clima, no había impedido que Charlie estuviera al tanto de los asuntos de la finca; pero ahora, nuevamente estaba postrado en una cama—. Durante las dos últimas semanas no has venido mucho a la casa, has estado muy distante. ¿Hice algo que te incomodó?

—Desde luego que no. —No podía estar quieta, así que se levantó de la silla y se dirigió al librero. Fingió interés por los títulos que había, aunque ninguno le llamaba la atención—. ¿Quieres jugar a las cartas?

—Otro día, hoy no estoy de humor.

Caminó por la habitación hacia un cuadro enmarcado con una moldura dorada, del padre de los Bradbury; un cazador de mucha clase. —Escribámosle a Annabelle. Lo haremos por turnos, tú una página y yo otra, ella se reirá de eso.

—Tal vez después. Ven y siéntate. Estás rondando como un león enjaulado. —El tono impaciente de Charlie la hizo regresar a la silla donde miraba el fuego. Él se acercó y tomó sus manos, sus ojos color avellana se suavizaron—. Dime, Edén. ¿Qué te preocupa? Tienes los ojos hundidos.

—Nada.

—¿Las niñas se encuentran bien? Tu abuelo y Nathan, ¿cómo están? —Él inclinó la cabeza—. No me engañes. Te conozco a la perfección.

Edén respiró profundamente. —Nathan discutió con Clifton en el molino.

—¿Y te preocupa lo que pueda suceder? —Charlie dejó caer sus manos para sentarse y cruzó las piernas—. Sabes que el trabajo de Nathan no se afectará. Es valorado y de confianza.

—Gracias.

—¿Por qué sucedió?

—Clifton tiene sabe la manera de hacerte enojar.

—Cierto. Pero no debió ser grave, Clifton no me mencionó nada. Por favor, deja de pensar en él.

—¿No te ha mencionado nada, ni siquiera te ha dicho algo sobre mí o Nathan?

—Nada en absoluto.

Respiró aliviada. Si Clifton iba a los tribunales, y hacia un espectáculo con sus acusaciones, seguramente tendría que poner al tanto a Charlie y decirle contra qué familia tomaría represalias.

—Hay más, ¿no es así? —De repente, Charlie se enderezó con expresión burlona—. Tu cara te ha delatado, Edén. Me duele profundamente que no puedas confiar en mí. Pensé que me considerabas un hermano.

—Charlie, yo-yo.

—¿Se trata de Josephine?

Sintió que el calor abandonaba su rostro—. ¿Qué es lo que sabes?

—Tengo la sospecha de que no es hija de Nathan —respondió Charlie.

Edén sujetó los brazos de la silla e inclinó la cabeza. Sintió vergüenza, dolor y miedo—. Pensé que no sabías....

—Lo siento. —Charlie se arrodilló para levantarle la cara, como cuando eran niños. Con sus manos tomó sus mejillas—. Podría golpear a Joel por haberte hecho esto. Nunca debió marcharse. ¿Qué importa la clase? Se amaban el uno al otro. Todos lo sabían. Mi padre no tenía el derecho a obligarlo a unirse al ejército. Él es el hijo mayor, ¿y si lo matan? Yo no sirvo como heredero. Sé que Nathan te ama, siempre te ha amado, y fue muy valiente de su parte casarse contigo, pero...

—¡Detente. Detente por favor, Charlie! —Ella se apartó de él, sus palabras le habían caído como un balde de agua fría, empapándola de miseria. Ella se puso de pie y se acercó al fuego mientras los truenos sonaban al exterior—. No lo entiendes —su voz parecía alejarse.

—¿Cómo que me equivoco?

La puerta se abrió de golpe, era Clifton frotándose las manos. —Santo cielo, el clima está horrible. —Se asombró al ver a Charlie levantarse y sus ojos se abrieron ante Edén—. ¿Qué tenemos aquí?

—Nada. Se me cayó algo. —Charlie se recostó en la silla y abrió el periódico que estaba sobre la pequeña mesa que estaba su lado.

—Qué placer verla, señora Harris. —Clifton sonrió de lado—. Se ha notado tu ausencia en la últimas semanas .

Ella se tensó y caminó hacia la puerta.

—¿Vendrás al Festival de la cosecha mañana? —Se sentó en la silla que Edén había desocupado y antes de que ella respondiera, se dirigió a Charlie—. Charlie, viejo amigo, debemos ir a la granja de la casa. El personal ha hecho todo lo posible para arreglarla. Quieren que vayamos después de la iglesia. Les dije que sí.

Charlie asintió mientras afuera los truenos retumbaban. —Sí, lo intentaré, pero ya no hay un buen clima como el de la semana pasada. —No puedo arriesgarme y resfriarme. Mellors ahora me cuida como si fuera mi madre.

—Escuché que la granja de los Richardson está a la venta. —Los ojos de Clifton brillaron con buen humor—. Deberíamos comprarla y anexarla a la finca.

—¿De Verdad? —Charlie, con todo interés, dejó el periódico sobre su regazo sin tocarlo—. ¿Hablas en serio? La familia Richardson ha estado cultivando esa tierra desde antes de que

naciera mi padre. Su tierra es un tesoro raro que los Bradbury hemos admirado desde lejos.

—Sé que el viejo está ansioso por ir a Canadá o a algún sitio parecido. —Clifton se estremeció, como si la idea fuera algo abominable.

—¿Canadá? Qué interesante. —Charlie frunció el ceño pensando—. Me pregunto para qué.

—¿Que importa? Sólo cómprala y ya. Sé que nuestra familia ha anhelado ese lugar por años. Ahora tenemos la oportunidad de que sea nuestro. —Miró a Edén y sonrió—. ¿Quieres pastel para acompañar tu té?

Edén lo miró fijamente, con un odio que entrecerraba sus ojos. ¡Como si ella quisiera hacer cualquier cosa por él! El hecho de que se sentara ahí como si nada, la incomodaba. Apenas podía hablar, era mucha su ira. Se volvió hacia Charlie y le besó la mejilla. —Me voy a casa. No quiero quedar atrapada en la tormenta.

Él tomó su mano y la apretó. Hablaremos de nuevo pronto.

Salió de la habitación con la cabeza en alto, aunque sentía la mirada pesada de Clifton sobre ella.

~ ~ ~

La lluvia insistente golpeó el techo de tejas de la cabaña. Grandes hojas impedían la vista hacia el bosque. Edén fingió que su hogar estaba aislado del resto del mundo y eso le trajo un poco de consuelo. Si tan solo fuera cierto...

—Mamá, tejí algo. —Josephine levantó su tejido.

El abuelo se agachó y se lo quitó. —Aquí, cariño, déjame ver.

Edén observó a la pareja, la cabeza plateada de su abuelo inclinada cerca de la oscura cabellera de Josephine. Como era su costumbre, Edén buscó en las facciones de su hija signos de Clifton, pero hasta ahora Josephine no parecía compartir ninguno. Muchas personas decían que ella se parecía a la madre de Edén, que era morena y menuda, y por eso Edén estaba agradecida.

—Mamá —Lillie se acercó a la silla de Edén—, ¿podemos ir al festival? Jilly Morecambe dijo que después del servicio de la iglesia habrá manzanas, dulces y puestos.

Acariciando el cabello brillante de su hija, —como el suyo—, Edén sonrió. —Si la lluvia no está fuerte, iremos, de otra manera no. No me dan ganas de salir con este clima.

—Estoy harta de la lluvia. Lillie suspiró. Lo arruina todo.

El abuelo se echó a reír. —No vale la pena enojarse por algo que no puedes cambiar, muchacha.

Edén, con el tejido de punto sobre su regazo, observó las llamas consumir los troncos. —Escuché que la granja de la familia Richardson está en venta.

—¿Richardson? ¿Tommy Richardson? —El abuelo frunció el ceño.

—Sí, se va a Canadá.

—¡Nunca! —Dijo el abuelo—. ¿Estás segura? No puede ser verdad, de ser así lo habría sabido. Vi a Tommy la semana pasada y no me dijo nada. ¿Quién te lo contó?

Lo escuché en la casa de los Bradbury. Era claro que no podía mencionar a Clifton. Charlie la comprará si puede.

—Increíble. —El abuelo, sorprendido, se recostó en su silla y la tristeza nubló sus ojos azules. —He conocido a los Richardson toda mi vida. No lo creo. ¿Canadá? No, no puede ser.

—No hay nada malo en querer comenzar una nueva vida o probar algo diferente.

—No Tommy. No tiene ninguna razón para irse de aquí y comenzar de nuevo. Tiene más de sesenta años y un buen hijo, Ned, e incluso dos nietos. La granja les deja buenas cantidades al año. ¿Por qué la venderían si está en perfectas condiciones?

Edén frotó sus ojos cansados. —No lo sé, abuelo. Es fue lo que escuché.

—Sí, bueno, si es verdad, entonces algo anda mal.

Ella volteó y lo miró—. ¿Algo oculto?

El abuelo asintió con la cara fija—. Sí. Estoy seguro de ello.

Edén cerró los ojos. Clifton Él le había contado a Charlie; parecía muy emocionado al respecto...

La puerta se abrió y Nathan entró, sacudiéndose las gotas de lluvia del abrigo y el sombrero.

—¿Bebiste una buena cerveza, muchacho? —preguntó el abuelo.

—No estaba mal. —Nathan colgó su ropa mojada en un gancho junto a la puerta y luego se quitó las botas.

El abuelo se inclinó hacia delante. —¿Has oído hablar de la venta de la granja de Tommy Richardson?

Nathan respondió que sí. —No se habla de otra cosa.

El abuelo se echó hacia atrás—. No puedo creerlo.

Nathan apretó el hombro de Edén y besó la cabeza de Lillie, pero cuando quiso hacer lo mismo con Josephine, se detuvo y sólo le acarició el cabello. —Me voy a la cama. —Los dejó y subió la escalera hacia las habitaciones tipo *loft*.

Edén se percató de ello y sintió un frío recorrer su corazón. ¿Lo había imaginado? Tal vez sí, porque Nathan no tenía favorita. Sin embargo, el dolor persistente la obligó a dejar su tejido.

Nathan se estaba desvistiendo cuando Edén salió de la escalera y cruzó el espacio confinado. Por primera vez en su vida de casada se sentía incómoda e insegura junto a él.

Cuando Nathan levantó las cobijas para meterse en la cama, le dirigió una mirada fría. —¿Qué?

Ella tragó saliva. —Cuando estabas abajo con Josephine... Fuiste... Me refiero a que no la besaste como a Lillie.

Él acomodó la almohada. —No estaba lo suficientemente cerca. ¿Querías que pasara por encima del abuelo simplemente para darle un beso?

La actitud desinteresada de Nathan la dejó intranquila. —No quiero que la trates de manera diferente, eso es todo.

—¿Cuándo lo he hecho?

Desconcertada, cruzó los dedos—. Nunca, lo sé. Perdóname, pero como están las cosas con Clifton, no....

—Estoy exhausto, Edén, quisiera dormir.

—No es su culpa —susurró Edén, odiando la distancia que existía cada vez más entre ellos. Nathan había cambiado en las últimas semanas. Era cortante, raramente comía con la familia y pasaba cada vez más tiempo en los bares del pueblo. Quería hablar con él sobre Charlie, y su creencia de que Joel era el verdadero padre de Josephine pero no lo hizo. Nathan siempre había estado un poco celoso de su relación con Joel. Sabía qué tan importante era para Edén, y los sueños infantiles de estar juntos otra vez.

—Nunca me he comportado con ella como si no lo fuera. ¿Ya puedo dormir?

—¿Que si ya puedes dormir? Nathan.... —La emoción brotó.

—Es suficiente, Edén. —Su cara delató su mal humor—. No me pidas que haga más, por favor. Estoy haciendo lo mejor que puedo, *todo lo* que puedo.

—Lo sé...

—Entonces detente.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. —Puedo soportar cualquier cosa siempre y cuando estés a mi lado.

—Siempre estaré aquí. —Él suspiró y luego extendió los brazos, ella corrió hacia la cama para que él la abrazara. —Te he amado desde que éramos niños, cuando en la escuela tú eras Edén Morley, la chica inteligente.

—Nunca pensé que desde hace tanto. —Edén sonrió sobre su hombro y se acurrucó más de cerca. La confesión de su marido la hacía sentir segura, como en los viejos tiempos antes de Clifton, antes de las responsabilidades de la vida adulta.

—No, nunca lo supiste. Solía seguirte a casa sin que te dieras cuenta, a pesar de que yo vivía en la dirección opuesta. También iba de pesca al río todos los fines de semana, con la esperanza de que estuvieras ahí o al menos de escuchar tu risa amenizando la tranquilidad del bosque.

—Y movía mi mano para saludarte cada vez que te veía caminar por entre los árboles. — Mientras él hablaba, Edén pasaba su delicada mano por los vellos de su pecho—. Eras el niño tímido que siempre estaba leyendo.

Nathan rio con inocencia. —Sí.

—Estaré bien, ¿no?

Encogiéndose de hombros, él jugueteó con su cabello—. No lo sé, desearía que así fuera — respondió.

—Yo tengo la culpa —dijo Edén.

—No, tú no me pediste que lo golpearas.

—No pero pude haber sido más... más amable con Clifton cuando éramos más jóvenes. Clifton siempre fue ensombrecido por las presencias de Joel y Charlie, nunca sería igual que ellos.

—Un hombre debe aprender a aceptar sus limitaciones, Edén, y no crecer para ser un resentido y querer lastimar a los demás.

—Cuando intentaba ser atlético, nos burlábamos de él y eso lo molestaba. También nos desconcertaba su maldad, su abuso hacía el personal de la casa, hacía los animales....

—Y pagaste el precio más alto de todos. —Nathan jugó con sus dedos—. El hombre no merece consideración, ni compasión. Si ve tu debilidad, la usará contra ti, de eso estamos seguros.

—Lo mataré antes de permitir que Josephine vaya con él a la corte o no.

—Olvidalo por ahora. Mañana llevaremos a las niñas al Festival de la cosecha y pasaremos un buen día, ya habrá tiempo para pensar en Clifton.

Al día siguiente el clima estaba nublado, parecía que llovería, pero las pesadas nubes de color negro púrpura resistieron mientras la comunidad daba las gracias en la iglesia, para luego recorrer la calle principal del pueblo y visitar los puestos de comida y chucherías que estaban ahí.

Tras cruzar el puente, Edén y las niñas caminaron junto al río que se elevaba hacia High Green, en busca de Nathan y el abuelo. Sobre el campo reinaba un ambiente de fiesta. Un malabarista — con la cara pintada— lanzó pelotas de colores a las alturas, un hombre cocinaba papas en las brasas y una improvisada banda de músicos cantaba ebria después de haber afinado su garganta con cerveza del propietario local.

Edén se paseó por la hierba, deteniéndose con frecuencia para charlar con las familias locales mientras vigilaba a las niñas, que se adelantaron y comieron un caramelo. Ella vio al viejo Tommy Richardson separándose del abuelo y se apresuró a ellos—. ¿Abuelo?

El abuelo, con tristeza, veía a su amigo marcharse—. Ahí va un hombre triste, muchacha.

Edén miró a Tommy Richardson. —¿Por qué se van? ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro, pero envejeció diez años en una semana. Algo no anda bien. —El abuelo olfateó con complicidad—. No luce feliz por irse al otro lado del océano pero no respondería ninguna de mis preguntas.

—No lo entiendo.

—Sí, y yo tampoco, pero mientras Tommy no mencione nada, entonces seguiremos especulando.

Edén acarició el brazo de su abuelo y caminó lentamente por la hierba hasta donde estaban sus hijas, quienes reían alegremente al ver un espectáculo de marionetas. A pesar del mal tiempo, los lugareños no querían perder la oportunidad de divertirse, así que la multitud creció. Por su parte, Nathan también platicaba con diferentes familias. La venta de cerveza de barriles en un carro alejó al abuelo, justo cuando Nathan se situó junto a Edén. La música llenó el aire y con una sonrisa, Nathan la hizo girar al aire libre.

—¿Qué estás haciendo? —Edén casi lloraba de la felicidad, atónita por lo que su marido se había atrevido a hacer frente al pueblo entero.

—Estoy bailando con mi esposa. —Él sonrió.

—¿Has estado bebiendo?

Él la bajó, completamente fuera de sintonía con la melodía. —Tal vez una cerveza o dos.

Riendo, Edén dejó que le diera vueltas al tiempo que la pisaba. Otras parejas, con la intención de aprovechar al máximo su día libre, se unieron y pronto el campo era una masa de gente flotando. Las chicas, que los veían a lo lejos, corrieron para abrazar a sus padres.

—¡Queremos bailar también! —dijo Josephine.

—Y lo harán. —Nathan se inclinó ante ella, la levantó y se alejó, permitiendo que Edén y Lillie se tomaran de las manos y saltaran.

Edén se giró, riendo con Lillie, y observó a Clifton hablando con el señor Richardson. Su sonrisa se desvaneció cuando vio que Tommy estaba sonrojado, con los hombros caídos. Clifton tomó el brazo del hombre y lo miró de cerca, no podía escucharse lo que hablaban, pero Edén no necesitaba oír las palabras de Clifton, sus gestos acalorados lo delataban. Ella sabía a qué se debía la venta de la casa de los Richardson. En ese momento Clifton levantó la vista y la vio. Con una sonrisa malvada, empujó al señor Tommy y caminó hacia ella.

Capítulo 7

Edén se paró frente a Lillie, esperando a que Clifton llegará. Nathan y Josephine se perdieron en la multitud.

—Bailamos, Edén. Han pasado muchos años desde la última vez que lo hicimos. —Él sonrió, inclinándose.

Edén recordó la última vez que bailaron, había sido durante una cena en casa de los Bradbury; hizo una mueca de desprecio. Clifton la había encontrado en el rellano y la había invitado a bailar de manera cortés, con la música sonando en el fondo. Ella accedió, esperando que esta vez fuera más amable. Sin embargo, mientras bailaban, Clifton desvió su mano de la cintura de Edén y le pellizó el trasero, al tiempo que le susurraba obscenidades al oído. Ella se estremeció ante el recuerdo y levantó la barbilla. —Prefiero besar a un sapo.

Él se rio y miró detrás de ella. —¿Quién es la criatura encantadora que tenemos aquí?

Ocultando a la pequeña, Edén lo fulminó con la mirada. —Es mi hija Lillie, así que aléjate —le dijo— desafiándolo a que la tocara, de esta manera ella podría sacarle los ojos.

Clifton se enderezó, consciente de que había más personas.

—¡Déjanos en paz, Clifton! No tenemos nada que ver contigo.

—No pero quiero divertirme un poco. —Sus ojos brillaban con un conocimiento interno.

—¿Por qué tienes que lastimar a la gente? —Ella susurró—. Sé de tu acoso a Richardson. ¿Era tan importante quedarte con su granja?

Clifton pareció sobresaltado por un momento, pero luego se encogió de hombros. —Es una propiedad valiosa, demasiado buena para personas como él y su familia de ingenio.

—Pero era *su* hogar. Crees que por comprar esa tierra Charlie te estimará, en lugar de sentir lástima por ti.

Extendió una mano y con fuerza apretó su muñeca, llevándola contra él. —Mantente fuera de esto, no es de tu incumbencia.

—Lo haré si prometes alejarte de Josephine. Si quieres jugar, yo también lo haré. —Detrás de ella, Lillie gimió.

—No me provoques, perra. —Se acercó más—. Si lo haces, haré de tu vida una miseria viviente.

—¡Haz lo que quieras! No puedes hacerme más de lo que ya has hecho. —Retiró su brazo y se dio la vuelta, empujando a Lillie con ella.

—¿Mamá? —Lillie la miró con los ojos muy abiertos mientras se apresuraban entre las personas en busca de Nathan—. ¿Quién era ese señor?

—Todo está bien, mi pequeña. No era nadie. Sólo un hombre tonto que estaba ebrio. —Sonrió forzadamente y redujo el paso—. Oh mira, ahí están tu papá y tu hermana. —Al salir del área donde bailaba la gente, Edén se dirigió al carrito de cerveza para unirse a su familia, quienes bebían y reían en compañía de otras personas.

Nathan al verlas sonrió y, con una de sus manos, acurrucó a Edén en su costado, mientras bebía cerveza. Iremos a descansar. Josephine me matará de cansancio si seguimos.

—Mamá, perdí mi listón. —Josephine hizo un puchero—. Pero el abuelo dice que me comprará otro. —Besó la mejilla del abuelo—. ¿Puedo ser otro de color rojo?

—Ya veremos. Ahora, es momento de regresar a casa. —Edén sonrió por encima de las cabezas de las pequeñas que aún protestaban, aunque no era una sonrisa sincera. Todavía sentía un nudo en

el estómago por la pelea con Clifton.

—Mis piernas están cansadas. ¿Podemos pedirle ayuda al señor Earnshaw? —Lillie suspiró contra las piernas de Nathan. —Él nos ha hecho el favor de traernos de la escuela a casa.

Nathan la cargó en sus brazos—. No, mi niña, creo que el señor Earnshaw ya guardó a su pony —señalando el lugar donde el señor se balanceaba borracho. —Vamos, vamos, te tengo. —Él le hizo cosquillas en la barriga y se marcharon.

—¿Vienes con nosotros, abuelo? —preguntó Edén.

—No, muchacha. —Levantó su copa de cerveza. —Me quedaré un rato más.

—De acuerdo, si se hace demasiado tarde, quédate con alguien. —Ella besó su mejilla y siguió a Nathan y las chicas.

La luz comenzó a desvanecerse y las siniestras nubes oscuras que amenazaron con llover durante el día parecieron disminuir aún más. Mientras regresaban a casa, iban cantando, amenizando su trayecto junto al río. Las aguas fluían con rapidez, chocaban contra las piedras y emitían un sonido que retumbaba en el silencio, a diferencia de los truenos.

—Estoy sedienta —dijo Lillie mientras bostezaba en los brazos de su padre. —¿Podemos tomar agua del río?

—No, no es seguro en este momento. Corre demasiado rápido. —Nathan bajó a la pequeña—. Tendrás que esperar hasta que llegemos a casa; vamos, hay que apurarnos. Parece listo para abatirse.

Una gruesa gota de lluvia cayó sobre la nariz de Edén—. ¡Problemas! No lo lograremos. Ya comenzó a llover.

Corrieron a resguardarse bajo los árboles que se encontraban a la orilla del río, mientras un fuerte rayo golpeaba sobre sus cabezas. Las chicas chillaron, cubriendo sus oídos.

Nathan frunció el ceño—. Nos vamos a mojar —gritó sobre la corriente del río detrás de ellos.

—Por desgracia no podemos continuar. —Se acercó a las chicas para procurarles calor pues la temperatura había descendido; Edén asintió con la cabeza a Nathan y continuaron caminando, pero ahora en silencio. Bostezos y escalofríos habían reemplazado el canto y la risa mientras caminaban penosamente por la hierba larga en la parte superior de la loma, a la luz gris.

Un rayo se bifurcó en el cielo al mismo tiempo que el primer diluvio los golpeó. Su frialdad los hizo temblar aún más y Edén se preocupó porque alguno se resfriara. Delante, el bosque se alzaba entre las nubes y ella suspiró aliviada. Dentro de muy poco estarían gozando del calor de la cabaña.

Por el rabillo del ojo, Edén vio a alguien moviéndose. Detuvo el paso y volteó para ver a Clifton, quien tiraba de su caballo a unos metros de distancia. No lo habían escuchado acercarse pues el ruido del agua era muy fuerte—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Ella espetó, secándose la lluvia de la cara—. ¡Vete!

Nathan se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. —¡Clifton! —Arrastró a Josephine detrás de él, alejándola del demonio que montaba el caballo.

Clifton clavó los talones en los costados del caballo, parándose junto a Nathan. —No estoy aquí para causar problemas, Harris. Solo quiero echar un vistazo a mi hija.

Edén no sabía si se desmayaría o gritaría con furia. Su ira ganó y se lanzó hacia la pierna de Clifton, con ánimos de tirarlo de la silla. —¡Por qué no puedes dejarnos en paz! Nunca la tendrás, nunca.

El enérgico caballo del Coronel se asustó, dio un paso al costado y echó la cabeza, lo que provocó que Clifton lo controlara. Edén aguantó, apenas consciente de que Nathan estaba detrás de ella; Clifton puso la fusta sobre los hombros de ella.

—Déjalo ir, Edén —gritó Nathan, pero ella no le prestaba atención. Agarró los pantalones de Clifton e intentó tirarlo. Él la pateó, pero sus acciones asustaron al caballo y se lanzó hacia Nathan y las chicas. Nathan empujó a Edén lejos del caballo y ella aterrizó con un golpe sobre la hierba mojada. Las niñas corrieron hacia ella, llorando, con el cabello empapado por la lluvia.

Las mantuvo a su lado mientras observaban a Nathan pelear con Clifton. El caballo se alzó cuando Nathan trató de agarrar las riendas; de un golpe tiró a Clifton al suelo, quien se quedó inmóvil.

—¡Oh, Dios mío! —Edén se levantó y corrió hacia él. —¿Está muerto? —preguntó llorando.

Nathan se arrodilló junto a ella. —¿Se golpeó la cabeza? —Cuando extendió la mano para tocarlo, Clifton se levantó y lo tomó por el cuello. Fue tal la fuerza que ambos cayeron. Edén y las niñas gritaron. Sin embargo, la lluvia impedía que Edén los observara. La violencia, los gruñidos y las palabrotas, sus hijas llorando, el sonido del río y la lluvia sin parar golpeando su cabeza, la tenían muy exaltada. Quería levantarse, protestar, parar la pelea, pero el peso de sus faldas mojadas se lo imposibilitaba, estaba librando su propia batalla.

—¡Mamá! —Josephine se aferró al brazo de Edén con Lillie sollozando del otro lado, pero Edén no podía pensar, no podía actuar; no pudo detener el golpe que recibió Clifton en la barbilla y que hizo que éste saltara y empujara a Nathan contra un árbol. No se calmaban; de repente Edén se dio cuenta de lo cerca que estaban del borde del río. Luchó para ponerse de pie y miró a las chicas, sacudiéndolas para que se concentraran en ella—. Vaya casa. ¿Me escuchas?

Los ojos de Josephine se abrieron aún más—. No...

—¡Hazlo! —Edén tomó la mano fría y húmeda de Lillie y la sujetó a la de Josephine. —Lleva a tu hermana a casa. Cruza el bosque. Tú sabes el camino. Entra en la cabaña, atraviesa la puerta.

—Pero mamá...

—¡Vamos! —Edén las empujó por la espalda, provocando que las niñas se fueran de bruces—. ¡Corran! —les gritó.

Por un momento las observó, esperando a que sus pequeños cuerpos desaparecieran entre el espeso bosque. El bosque las protegía, lo conocían tan bien como su madre. Ella les había enseñado todos los caminos, las características y los tipos de árboles.

Un gruñido dirigió su atención nuevamente a la pelea. Clifton, arrodillado, se balanceó ante Nathan, quien con su puño lanzó otro golpe contra la cara de Clifton. El crujido de la carne sobre el hueso hizo que Edén se encogiera. Ella se tambaleó hacia adelante—. Nathan... suficiente....

Clifton sacudió la cabeza como un perro mojado y harapiento, la miró de reojo y le sonrió, cubierto de sangre. Apoyándose en un árbol, se enderezó y se inclinó ahí, con dificultad para respirar.

Nathan tosió, respirando grandes bocanadas de aire. Le tendió una mano a Edén y ella corrió hacia él.

—Aún no termino. —Clifton se apartó del árbol e hizo el último intento por derribar a Nathan. El impulso llevó a ambos hombres al borde del banco resbaladizo. Cuanto más intentaban conseguir una mejor posición, más se patinaban. Nathan se deslizó sobre las manos y los pies en el agua. Agarró a Clifton, que yacía boca abajo agarrando puñados de hierba, tratando de sostenerlo con firmeza.

Lanzándose sobre sus rodillas, Edén buscó a Nathan, pero él se hundía en el lodo espeso, con el agua cubriendo su cuerpo—. ¡Nathan!

—Edén. —Clifton movió su mano hacia ella—. ¡Ayúdame!

Ella lo ignoró, alejándose para que no pudiera agarrarla. —Nathan, por aquí. —Gritó para que su voz pudiera escucharse con más fuerza que el sonido furioso del agua del río. La bota de

Nathan fue tragada por el espeso fango. Aunque le llegaba hasta las rodillas, lo inmovilizó rápidamente—. Quítate las botas, olvídalas. —Edén se acercó al borde. Era consciente de que Clifton podía arrastrarse lentamente por la orilla, deslizándose y deslizándose con cada pedazo de tierra que cubría. La lluvia cayó con más fuerza y más tupida, nublando el paisaje, reduciendo la visibilidad.

—Lo logré, Edén. —Nathan levantó la vista, triunfante, y en ese momento su sangre se heló, vislumbró detrás de él, bajando por el río furioso, una gran masa de restos flotantes; árboles, arbustos y troncos, todo enredado como un nido de pájaro gigante.

—¡Nathan! —Edén pudo darse cuenta de la amenaza que se aproximaba, se quitó las faldas mojadas que le rodeaban las piernas y que la hacían tropezar—. Nathan, sube al banco. Rápido. —Ella señaló el montón de desperdicios que se acercaban—. Date prisa, Dios, date prisa.

La voz temblorosa de su esposa lo hizo voltear para enfrentar el peligro; retrocedió un paso, cayó y trepó de nuevo, pero el río no tuvo piedad. La amenaza lo tomó, hizo que rebotara de un banco a otro antes de golpearlo en el pecho y arrastrarlo. El agua turbulenta y arremolinada se lo llevó, lanzándolo como un corcho en un barril.

Sorprendida, Edén corrió tras él para alcanzarlo, a pesar de que un dolor punzaba en su costado. El agua llegó hasta los límites del bosque; mientras intentaba llegar a él, perdió de vista el río, sólo podía verlo a través de los frondosos árboles. Trató de esquivar una raíz para no tropezar pero falló, aún así nada ni nadie podía detenerla.

Llegó a un área donde la hierba no había sido cubierta por el agua, ahí donde siempre hacían picnic. Ella se curvó, jadeando. Su aliento raspaba sus pulmones como si aspirara cuchillas afiladas. Revisó el agua para ver si encontraba a Nathan pero lo único que apareció fue una oveja muerta. Delante, el río se curvaba alrededor del bosque y se perdía a la vista. Enderezándose, Edén agarró sus faldas mojadas y sucias y continuó su trayecto, la lluvia había disminuido lo suficiente para poder observar el paisaje.

Edén siguió el camino serpenteante del río, buscando a Nathan en las orillas. Agotada, continuó caminando, con el peso de su ropa mojada doblando sus hombros. Cuando cesó la lluvia, el único ruido fue el del agua golpeando las rocas, raspando las orillas y el tamborileo de las hojas goteando.

Inclinando su cabeza bajo una rama, las gotas de lluvia dispersas la hacían temblar; levantó la vista y se preguntó qué tan lejos había llegado. ¿Tres, cuatro millas? Una pequeña voz en su interior le dijo que si continuaba, estaría en Leeds en poco tiempo. Edén jadeó y sacudió el cansancio de su cara y luego se detuvo. Más allá de los árboles, vio el montón de restos enmarañados que se habían llevado a Nathan. Siguió corriendo, tropezando apresuradamente para alcanzar la mezcla letal de árboles, arbustos, troncos y animales muertos, que parecían estar embutidos en un banco ahuecado, dejando que las ramas finales sobresalieran de los rabiones como zarcillos de Medusa.

—¡Nathan! —Edén se deslizó por el banco de tierra cerca de donde estaba el desastre. Sosteniendo la raíz retorcida de un árbol, se metió en el agua—. Nathan. —El frío de sus rodillas y el agua turbia la hicieron jadear. Ella se aferró con fuerza, mano a mano, encontrando su camino hacia el río. Tuvo que rodear el cuerpo de un becerro muerto que tenía su cabeza atrapada entre las ramas, por fortuna la gran masa de los restos flotantes había creado una pequeña bahía. Aquí, el agua ya no brotaba, sino que suavemente tocaba sus ropas. El frío la hizo temblar. Empapada, miró a su alrededor, desesperada por verlo. Quizá se había liberado y ahora, en este mismo instante, caminaba de regreso a la cabaña. Miró hacia el banco, rogando en silencio que apareciera.

Una roca debajo de su bota hizo que cayera sobre una rodilla y que el agua helada llegara hasta su pecho—. Oh Dios, por favor —suplicó. Recuperando el equilibrio, intentó aferrarse a un tronco pero no pudo y se alejó flotando. Pudo ver el cuerpo de Nathan que flotaba boca abajo, atorado en una rama.

—¡Nathan! —Ella se abalanzó sobre él, apartando su rostro fuera del agua—. Estás bien. Te tengo. —Logró liberarlo de su trampa, ahora tenía que salir del agua y llegar hasta el lecho rocoso del río. Sin embargo, no era tan fácil de hacer con su falda. Edén tropezó pero mantuvo a Nathan en sus brazos—. Querida, ¿puedes oírme? —preguntó él.

Cuando pudo llegar a la orilla del río, sacó a Nathan fuera del agua, al borde de las lágrimas por el inmenso esfuerzo que implicaba mover el cuerpo de su esposo. Sus labios azules la asustaron, y un nudo en la garganta, por todo lo que pensaba en ese momento, la dejó sin habla. Con fuerza sobrenatural, lo levantó sobre la orilla del arrollo y cayó sobre él, tomando aire mientras sus músculos se quejaban por todo lo que habían pasado.

—¿Nathan? —Ella se arrastró a su lado y ahuecó sus mejillas antes de ponerlo de lado y golpearle la espalda. —¡Escupe el agua! —Él yacía inerte como un espantapájaros.

Edén miraba con desesperación el pecho de su esposo, suplicando que se moviera. Le arrancó la chaqueta y la camisa y apoyó su oreja contra su corazón. Nada. Negándose a aceptarlo, acercó su oreja a la boca de Nathan para escuchar su respiración. Otra vez nada. Lo sacudió pero su cabeza cayó de lado a lado—. Querido... —susurró ella—. Por favor.

No podía estar muerto. Juntó sus manos para rezarle a un Dios en el que no creía pero que esperaba lo mantuviera con vida. Nathan había sido su apoyo durante mucho tiempo, el que la amaba, el que la cuidaba mejor que cualquier otro.

Ella tocó su rostro suavemente. Estaba muy frío. Con delicadeza, levantó su cabeza y la colocó sobre su regazo—. Te tengo ahora, mi amor. Edén te tiene.

El tintineo del arnés la hizo voltear. Clifton estaba sentado a horcajadas sobre su caballo, con los ojos muy abiertos y mirándola fijamente. Una ira salvaje hirvió en su pecho, Clifton debió haber visto el odio que emanaba de sus ojos, por lo que levantó la mano y movió su cabeza. —No lo empujé, Edén. Los dos nos caímos al río. No fue mi culpa.

—Nada lo es, ¿no es así, bastardo?

Clifton avanzó con su caballo hacia ella—. Edén..

—Aléjate. —Si en ese momento ella hubiera tenido un arma, le habría disparado sin pensarlo. —Nunca en la vida vuelvas a acercarte a mí o a mi familia.

—Nunca quise esto.

—¿Entonces qué querías, que sufriera por tu infancia miserable? Bien, ahora estoy sufriendo, ya lo lograste. —Ella se apartó de él y acurrucó a Nathan más cerca, cerrando los ojos mientras los cascos del caballo se retiraban.

Capítulo 8

Joel se dejó caer en la silla, con la carta suspendiendo de sus dedos flácidos. Una mosca zumbó bajo su cabeza, pero no la tomó en cuenta. Afuera de la tienda sus hombres hablaban, cocinaban sus porciones de comida y limpiaban sus cosas. El sonido de un carro se unió al bullicio del grupo, junto con el ladrido de un perro.

Leyó la carta, notando la pulcra escritura de Charlie, que siempre lo hacía admirar los comentarios de su madre, mientras que con su gran mano se fruncía el ceño. Por primera vez deseó que la carta de meses de Charlie no le hubiera llegado, que se hubiera perdido en medio de la locura de aquella guerra. Con cuidado, alisó la carta sobre la delgada mesa, en donde también estaba su otra correspondencia navideña.

Nathan Harris estaba muerto. Edén era viuda. Su mente gritaba las palabras que él se negaba a pensar. Ella es libre... libre...

Con su puño golpeó la mesa. —¡Cristo todopoderoso! —La mesa se balanceó sobre el suelo irregular y el agua se derramó de su taza. Joel luchó contra el impulso de levantarla y arrojarla a los costados de la tienda, de romper su catre, patear su baúl y despedazar su tienda. Su pecho se agitó con rabia reprimida. No quería sentir o pensar en Edén, nunca fue bueno hacerlo. Había sobrevivido siete años lejos de ella, sin verla sonreír o escucharla reír. Ella nunca había sido suya, aunque a él le gustaba pensar que lo era. No, ella había tomado su decisión poco después de que él dejara la finca. A las pocas semanas había anunciado su compromiso con Harris. ¿No era claro que él ya no significaba nada para ella? Amistad era todo lo que ella sentía, aunque él podría haber jurado que era algo más...

Respirando con tranquilidad trató de no pensar en su hogar, en ella. Le dolía demasiado. Desde que llegó el telegrama sobre la muerte de su padre, los pensamientos de irse a casa no lo habían abandonado, esto le significó noches enteras de insomnio y que no pudiera concentrarse en sus actividades diarias.

Con suavidad, calmando su tormento interior, pasó su dedo sobre su nombre en la carta de Charlie. Por qué le molestaba tanto esta vez, no lo entendió. Muchas veces Charlie y Annabelle habían mencionado a Edén, le habían contado de su boda, así como del nacimiento de sus dos hijas. A pesar de que le había dolido por un tiempo, pudo continuar con su labor de soldado y mantener su corazón alejado de las preocupaciones de Inglaterra, como la muerte de su padre. Sin embargo, ahora, ahora Edén era libre, viuda. Estaba sola. Y la amaba. Las cadenas de la guerra le impidieron salir de África, para ir a casa y ayudarla, por lo que sus frustraciones aumentaron. Estaba cansado de pelear, cansado de cuidar a los hombres. Quería irse a casa, quería estar con Edén. Ella lo había amado una vez, estaba seguro de eso...

Una alboroto afuera de la tienda indicó la llegada de un visitante. Joel levantó la vista cuando la aleta de la carpa fue arrojada hacia atrás y Frank Drury asomó la cabeza por el hueco—. ¡Oh, mi buen hombre! —Él sonrió, revelando su dentadura blanca y torcida que se asomaba debajo de un bigote tupido. —¿Te gustaría unirte a mí para un trago o dos?

—Apenas son las 4 en punto, hombre. El sol aún no se ha ocultado.

—¿Entonces? —Frank entró en la tienda y metió las manos en los bolsillos de su pantalón. —¿Estás de servicio esta noche? —preguntó.

Joel suspiró—. Por suerte no. He hecho cuatro guardias seguidas. —Dobló cuidadosamente su carta, ocultando carta de Charlie, y la guardó en el bolsillo de su pecho.

—Escuché que habías realizado con éxito otra tarea. Se dice que disparaste a diez bóers, antes de que el resto de su grupo se rindiera. Necesitas calmarte, hombre. Haces que el resto de nosotros luzca como tontos.

—Eran cinco, no diez —replicó Joel con una sonrisa irónica, conociendo la aversión de Frank a participar en una verdadera misión militar. —Con mucho gusto dejaré que te hagas cargo del siguiente, amigo mío.

—¡Dios no! ¿Qué, acercarme lo suficiente para que me disparen? Mi papel en este lugar abandonado de Dios es una posición más estratégica que el combate, lo sabes. —Frank olisqueó con desagrado.

—Lo sé.

Frank miró la pequeña colección de libros de Joel que estaba sobre la mesa. —Acabamos de recibir catorce nuevos prisioneros, mujeres y niños otra vez. —Levantó un libro e inspeccionó la columna. —Es un escándalo sangriento. No quiero ser responsable de su bienestar, ni de las mujeres ni de los niños. Espero que los muevan. No soporto ver a los niños mirándome mientras paso. —Él se estremeció. —Guerra sangrienta.

De repente, la tienda parecía más estrecha, sin aire. Joel se puso de pie y empujó a Frank. —Vamos, viejo amigo, ahogemos nuestras penas. ¿Probamos un poco de tu mejor brandy o es whisky que te han enviado desde casa?

Animado, Frank sonrió—. Ese es el espíritu. Unas pocas horas de amistad líquida pronto nos ponen al día.

Mientras atravesaban el campamento por el desorden de los oficiales, caminando junto a soldados que revisaban sus armas y equipos, una voz sonó con claridad. Todo el campamento pareció calmarse mientras el hombre cantaba el villancico con una voz suave y de coro.

*Noche silenciosa, Santa noche
Todo está en calma todo es brillante
—Alrededor de ti virgen Madre e hijo
Santo niño tan tierno y suave
Duerme en la paz celestial
Duerme en la paz celestial*

Los pasos de Joel vacilaron cuando los versos flotaron en el aire, recordándole la Nochebuenas en la que él, Charlie, Annabelle y Edén habían bajado en un trineo hasta las orillas del río. Se habían comportado como niños y no como los adultos que eran. Recordaba el amargo frío de aquella Navidad y también que Edén le había regalado un pañuelo verde esmeralda, tejido por ella; además de una bufanda que todavía conservaba, arrumbada en el fondo de su baúl. Cómo se habían reído aquel invierno. Todo fue tan inocente y divertido. Los juegos que jugaban mientras la nieve caía afuera, las horas que pasaban frente al fuego leyendo y hablando.

Pensar en esa Navidad tan especial hizo que su corazón ansiara volver, pero esos días se habían ido, para nunca regresar. Esa había sido su última Navidad juntos.

—¿Joel? —Frank se tocó el brazo y frunció el ceño.

—¿Qué? —Joel parpadeó, y se dio cuenta de que estaban en el desastre—. Lo siento, me fui por un instante.

—En algún lugar agradable, espero. —Frank se echó a reír y entró.

Joel hizo una pausa, escuchando las últimas notas del villancico que terminaba suavemente. —Estaba pensando en casa... —susurró.

El viento silbante azotaba la cabaña; afuera, los árboles crujían en protesta por los golpes que recibían. Edén colgó la cadena de papel y colocó las naranjas en los calcetines que suspendían de la repisa de la chimenea.

—Ha sido una Navidad salvaje, querida. —Dijo el abuelo, chupando su pipa.

—Sí, pero todavía no cae nieve. —Agregó una tira de regaliz a cada calcetín y un cuadrado de caramelo de melaza negro.

—¿Pusiste los centavos? —preguntó el abuelo mientras señalaba los calcetines navideños.

—Sí, en la punta del pie, como sorpresa. —Dobló dos pañuelos nuevos, cada uno con la letra J o L cosida en la esquina. Por último, metió cuerdas para saltar, amarillas para Lillie y rojas para Josephine. —Charlie dijo en su nota que les había comprado un libro a cada una.

El abuelo asintió y colocó otro tronco en el fuego. —¿Mañana llevarás a las chicas contigo?

Edén se puso tiesa. No había estado en la casa de los Bradbury desde la muerte de Nathan, hace ocho semanas; era el tiempo más largo que había pasado sin visitar la casa—. Envié un mensaje de que iría, pero no me quedaré por mucho tiempo, como máximo una hora.

—Sí, muchacha. Visita al señor Charlie, está de nuevo con ese cofre suyo, querrá verte. —El abuelo la miró. —No he oído nada sobre si el estará ahí.

—Yo tampoco.

—Aunque supuestamente se marchó poco después de que Nathan se ahogara. Con él ausente y el señor Charlie enfermo, esa vieja bolsa de viento, la Sra. Fleming, ha estado en completo control de la casa como si fuera la maestra y la amante, todo en uno. Trucha vieja y tonta. La atraparán un día, cuando el señor Joel regrese. —El abuelo le dio al fuego otro golpe con el atizador de hierro—. Los rumores dicen que está vendiendo pequeños pedazos de la plata de la familia, ladrona de ladrones.

—No es la primera vez que lo hace y dudo que sea la última. Nadie hablará de sus mañas, porque asusta al personal como si fuera el diablo. Ella rechaza a cualquier chica sin motivo alguno, sólo por mirarla de manera incorrecta; además, sé que Clifton tiene hijos con más de una y que las ha despedido sin ayudarlas en nada. —Edén acomodó los calcetines colgantes y comprobó que estuvieran bien clavados a la madera. La injusticia de que la señora Fleming controlara la casa hacía que fuera demasiado difícil apaciguar la ira constante que había sentido desde la muerte de Nathan. ¿Qué tenía de justo que perdiera a Nathan, un maravilloso padre y esposo, cuando personas como Fleming y Clifton abusaron de sus puestos? Respiró hondo para calmarse, pero luego recordó lo que escuchó en el mercado. —El sábado me comentaron en el mercado que los Richardson se habían ido. Clifton se salió con la suya, como te dije que lo haría. No se detendrá ante nada para obtener lo que quiere.

—Sí, el muy sinvergüenza. No puedo evitar sentir pena por los pobres tontos de los Richardson. Aunque Tommy era un viejo testarudo y no escuchaba razones. Clifton le hizo una oferta que no pudo rechazar.

—Clifton lo atosigó hasta que no le quedó más que firmar.

El abuelo se encogió de hombros. —Puede ser. Pero le dije a Tommy que el señor Charlie no lo obligaría a continuar con la venta si le contaba de las amenazas de Clifton. Sólo que después, cuando el amo Charlie se enfermó de nuevo, Tommy simplemente no pudo pelear más, no tras vender todas las acciones.

—Debí haber hecho más. Sabía lo que Clifton estaba haciendo, pero luego sucedió lo de Nathan...

—No, muchacha, no fue tu culpa. No eres responsable de las acciones de Clifton.

—Lo sé, pero hay momentos en los que creo que las cosas que hace son por mí. —Edén recogió

su costura y se sentó en la silla frente al abuelo. Estaba cosiendo cuadrados de punto que las chicas habían hecho en una manta para el invierno, sin embargo sus manos temblaron, obligándola a interrumpir su labor.

—No estás comiendo lo suficiente, Edén. Eres todo piel y huesos.

—No puedo comer.

—Debes hacerlo, muchacha, no puedes enfermarte. No puedo hacerme cargo de las niñas yo solo. Acaban de perder a su padre, no pueden perderte a ti también.

Ella frunció el ceño con molestia. —¡No voy a morir!

—Si sigues así, lo harás —le espetó el abuelo. —¿Crees que Nathan estaría encantado de verte en ese estado?

—Yo...

—¿Cuándo fue la última vez que te lavaste el pelo? Es el color de la suciedad así como es ahora. Solía disfrutar cómo relucía cuando estaba recién lavado.

Ella parpadeó sorprendida, sus dedos tocaron su cabello. Nathan solía decir que era del color de las castañas maduras...

—Calienta un poco de agua, muchacha. —Los ojos del abuelo suavizaron su voz gentil. Te lavas el pelo para Navidad y luego pasas por aquí, junto al fuego, para que te lo seque como cuando eras pequeña.

Con lágrimas en los ojos ella extendió su mano para tocar la de su abuelo—. Lo recogeré de nuevo, lo prometo. Ha sido tan... tan horrible.

—Lo sé mi niña, lo sé. —La tomó con su otra mano. —Esperemos que el Año Nuevo nos traiga algo de felicidad.

Ella asintió y se levantó—. Iré a calentar el agua.

A la mañana siguiente, después de que las pequeñas vaciaron el contenido de sus calcetines y desayunaron tocino frito y huevos cocidos, Edén las cubrió con ropa caliente, antes de abandonar el calor de la cabaña y adentrarse en el gélido bosque.

—¿El señor Charlie tendrá un regalo para nosotras, mamá? —preguntó Josephine, tapando completamente su barbilla con la bufanda roja.

—Tendrás que esperar y ver, no quiero que preguntes. Un regalo tiene que obsequiarse, no debes pedirlo. —Edén observó a Lillie correr hacia enfrente y recoger un palo.

—No lo haré, sólo te preguntaba. Él nos ha regalado una muñeca cada Navidad. Da dijo... antes e-él... —Josephine parpadeó y tragó saliva—. Quería regalarnos un cachorro.

El corazón de Edén se sobresaltó—. Ya veremos. —Sin el salario de Nathan no alcanzaba más que para el alimento de ellas. Intentó bloquear los pensamientos tristes de su mente—. Lillie, no te ensucies. —Cogió la mano de Josephine y aceleró el paso, ansiosa por que la visita pasará lo más pronto posible. Por mucho que quisiera a Charlie, no estaba con ánimo de recibir su gentil preocupación hoy, pues era la primera Navidad sin Nathan y no quería que alguna mirada compasiva o de lástima la pusieran triste.

Dejaron el bosque oscuro para atravesar el campo y después caminar por el parque de los ciervos, antes de llegar a los jardines de la mansión. Condujo a las chicas a la entrada lateral que siempre usaba. Una vez en el pasillo, ayudó a las pequeñas a quitarse la ropa exterior y colgarla en el ropero. Al salir de nuevo al corredor, Edén se detuvo cuando la señora Fleming salió de la entrada de los sirvientes al comedor.

—Veo que has irrumpido en esta casa nuevamente con tu presencia no deseada. —La señora Fleming se burló, su mirada recorrió a las chicas como si fueran escoria de las calles.

—Como siempre, señora Fleming, sus palabras no me afectan. —Empujó a las chicas hacia

adelante y barrió a la odiosa mujer.

—Puede que el señor Clifton no se encuentre en casa en este momento, pero te aseguro que le haré saber todo lo que está sucediendo. —La señora Fleming acarició el manojito de llaves que llevaba en la cintura. —En específico me pidió que te vigilara y que estuviera pendiente de las habladurías que dices sobre la muerte de tu marido.

Edén volteó y retrocedió, su ira aumentó, amenazando con estrangularla. —¡Eres un sapo de mujer! Dile lo que quieras a ese cerdo, no me importa. Clifton podría haberse escabullido al hoyo en el que vive, pero la verdad es que Nathan nunca habría estado en ese río si no fuera porque Clifton nos detuvo cuando regresábamos a casa. —Edén se inclinó más cerca. —Y en cuanto a habladurías, ¿debo ir con la policía e informarles sobre la plata perdida de la familia?

Los ojos de la señora Fleming se abrieron—. ¡Yo... tú!

—Méditelo, señora Fleming. —Edén se giró hacia las chicas y las hizo subir las escaleras hasta la recámara de Charlie. Se encontraron con Mellors, quien estaba afuera de la habitación, sosteniendo una bandeja.

—Oh, señora Harris. —Él sonrió, sus ojos se suavizaron incluso cuando su porte orgulloso no lo hacía. —Es un gusto verla por aquí. El señor Charlie ha preguntado por usted toda la mañana.

—¿Estás bien, Mellors? —Tocó ligeramente su manga, y notó que su cabello era casi blanco como la nieve.

—Muy bien. Ahora vete, yo llevaré este té a la planta baja y traeré el almuerzo que el señor Charlie ordenó para tu visita. —Él sonrió a las chicas—. Cook preparó algunas delicias para ambos.

Edén hizo pasar a las chicas dentro de la sala de estar, ellas corrieron hacia Charlie, que estaba sentado frente a la chimenea; él las recibió con un beso en sus mejillas.

—¡Mis niñas! —rio—. Cómo las he extrañado. Su madre me ha estado castigando al no dejarlas venir.

—Qué hay de nuevo, Charlie. —Ella sonrió y se inclinó para besarlo también—. Si dejas de fingir que estás enfermo por un tiempo, podrían visitarte más seguido.

—¿Fingiendo? —Él se rio de las palabras de Edén—. Sí, si tan sólo fuera eso.

Ella acarició su mano delgada y luego se sentó frente a él mientras éste observaba a las niñas y les daba sus regalos, unos grandes y otros pequeños—. Las has malcriado, Charlie.

Miró a Edén, sus labios azules se abrieron para decir: —No, nunca, querida Edén. Tú y las chicas son todo lo que tengo en este momento.

—¿No sabes nada de Annabelle?

—Recibí una carta suya hace dos semanas. Están de camino a casa. Ella navegará a Inglaterra el próximo mes. Se encontraban en India cuando la noticia de la muerte de nuestro padre les llegó.

—No sabía que pasarían su luna de miel en India. —Edén observó a las chicas acomodarse en el asiento de la ventana, con sus libros y conos de papel de dulces azucarados.

—Probablemente Carleton quería hacer negocios ahí. Después de todo, Annabelle no querrá dejar la vida a la que está acostumbrada. —El guiñó un ojo. Sus mejillas se coloreaban nuevamente. —Pobre Carleton, ser terrateniente de un páramo no será suficiente para Annabelle, ella querrá que se involucre en la política, y para eso se necesita dinero.

—Conociendo a nuestra querida Annabelle, también querrá asistir a la coronación del Rey Eduardo.

—Su corazón explotaría ante tal ocurrencia. Ella nació en la familia equivocada, esa. Se rio entre dientes. Ser hija de un Coronel no era suficiente, debería haber sido una princesa porque adora la pompa y el boato.

Edén sonrió, pensando en su querida amiga. Cómo la había pensado esos últimos meses. —Se ha ido demasiado tiempo, Charlie. Cinco meses sin ella son demasiado largos.

Antes de que pudiera responder, Mellors entró en la habitación con una gran bandeja de plata, acompañado por dos doncellas, quienes llevaban más platos llenos de embutidos y pasteles. Edén las miró mientras dejaban todo en la pequeña mesa junto a la ventana. Cuando salieron del cuarto, ella preguntó: —¿Quiénes son esas chicas, Mellors?

—Son las nuevas empleadas de la casa, empezaron esta semana, señora Harris.

—¿Qué les pasó a Mary y Flo?

Mellors se balanceó de un pie a otro y evitó su mirada—. No sabría decirle, señora....

—Tonterías, sabes bien lo que pasa aquí.

Él suspiró mientras servía el té. —Mary estaba embarazada y Flo comenzó a tener problemas —lo dijo en voz baja para que las chicas no escucharan.

Edén cerró los ojos—. ¿Problemas?, ¿de qué tipo?

Mellors se alejó un poco de Charlie y de las chicas, que estaban muy entretenidas con las delicias culinarias de los platos. —Recuerdas cómo era Flo, muy ruidosa y boquifloja.

—Sí, pero leal.

Él asintió. —Sí, pues bueno, ella le contó a todos que Clifton había violado a Mary. La señora Fleming la llamó mentirosa y, frente a todos, le exigió a Mary que desmintiera a Flo. Todos sabemos que Clifton lo hizo, es su estilo. ¿Por cuántas sirvientas ha pasado durante todos estos años? Ah, además sé que la señora Fleming ha intentado ocultarlo pero todo ha sido en vano.

—Entonces, ¿tanto Mary como Flo fueron despedidas?

—Sí, y sin referencias tampoco. Es una desgracia. La señora Fleming es peor que muchos oficiales para los que he trabajado.

—¿Sabes que ella roba?

Por supuesto, pero lo hacía porque Clifton siempre la protegió. Él se hace de la vista gorda siempre, así como ella finge no saber nada de lo que él hace.

—Ya ha pasado mucho tiempo. Deberíamos contárselo a Charlie. No puedo permitir que las empleadas jóvenes pasen lo mismo que yo.... —Edén dio un paso atrás, alarmada por lo cerca que estuvo de hablar de su secreto—. No podemos dejar que continúe. Charlie necesita saberlo.

—No. Está enfermo y no puede cargar con más preocupaciones. —Mellors arregló las tazas de los platillos en filas y sacudió la cabeza. —No debió asistir al funeral de Nathan. Después de eso estuvo en cama durante semanas. Pero no me hizo caso.

—Necesita saber...

—¿Qué necesito saber?

Ambos se quedaron atónitos cuando Charlie se paró junto a ellos, con las manos dentro de sus bolsillos. Edén se dio cuenta de lo delgado que estaba, como si la muerte le cabalgara por los hombros. De repente no podía soportar perderlo, no a otro a quien quería tanto. —¿Por qué?, nada en absoluto. Mellors y yo simplemente íbamos a robar algunos pasteles para que no comieras tantos...

—Siempre has sido muy mentirosa, querida, ¿verdad? —Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios—. Díganme la verdad, porque por la expresión de sus caras puedo inferir que lo que hablan nada tiene que ver con pasteles.

—Señor...

—No, gracias, Mellors. —Charlie levantó la mano y por un momento se pareció mucho a su padre. —Me gustaría que me lo contara Edén.

—Ahora no es el momento, Charlie, están las niñas...

—Están demasiado entretenidas con sus cosas, no nos prestarán atención. Ahora pásame una taza de té y sentémonos, porque estoy seguro de que lo que me contarás no será agradable y el té ayudará a endulzarlo.

Capítulo 9

—¿Trabajarás como ama de llaves? —El abuelo se inclinó hacia enfrente, frunciendo el ceño. —
¿Cuándo ocurrió todo esto?

—En Navidad.

—¿Por qué no me lo contaste desde que te dieron la noticia?

—Porque era el día de Navidad y habías ido al pueblo por una cerveza. Y cuando regresaste ya era tarde. En realidad, quería unos días para pensarlo.

—¿Estás segura de que quieres ese puesto?

Edén se pasó una mano por los ojos y suspiró. No había pensado en otra cosa desde que Charlie se lo había propuesto—. Sí, y como lo veo, necesito hacerlo. Sin el salario de Nathan, tenemos poco dinero. Sabes que tarde o temprano tendría que conseguir un trabajo.

—Sí, lo sé, pero ¿en la casa de los Bradbury?

—Puedo hacerlo.

—Sé que puedes hacerlo, muchacha, pero ¿has pensado lo que significa? —Él se recostó en la silla y agitó su pipa hacia ella. Estarás a las órdenes de Clifton.

Edén miró el fuego, de un color rojo brillante que contrastaba con la blancura de la nieve exterior. Se acurrucó frente a su calor, pero todavía tenía frío. Se preguntó si alguna vez volvería a sentir calor. —Charlie ha escrito a Clifton para decirle que está al tanto de las acusaciones de la criada y para comunicarle sobre la inminente expulsión de la señora Fleming. Le ha aconsejado que no regrese a la mansión hasta que pueda controlar su... comportamiento. No espera que regrese por un buen tiempo, pues le dio una buena suma de dinero por adquirir los terrenos de Richardson. Sólo que ahora Charlie está disgustado porque sabe que Clifton los intimidó. —Edén respiró hondo. Tengo la certeza de que no le gustará la carta, pero Charlie se enfureció cuando le dijeron que Mary estaba embarazada y que la señora Fleming había estado robando, y que Clifton lo sabía.

—Sí, lo considera como un traidor de la familia. —El abuelo tiró más alto de la manta que yacía sobre sus rodillas.

—Por desgracia, Charlie todavía respeta la lealtad familiar que se le inculcó cuando era niño. No importa lo que Clifton haya hecho, Charlie no lo denunciará por completo.

—¿Supongo que no le contaste a Charlie sobre Josephine entonces?

Ella sacudió su cabeza—. No, no era el momento adecuado. Ya había suficiente para discutir, y era un tema agrio para Navidad después de todo, además las niñas estaban cansadas e inquietas, así que volvimos a casa.

—¿Le han dicho a la señora Fleming?

—No, será por la mañana. Charlie quería terminar con las celebraciones de Navidad y Año Nuevo. Últimamente ha habido algunos visitantes, ahora Charlie ha estado la mayor parte del tiempo.

—¿Cuándo comenzarás a trabajar?

—Mañana. Charlie me quiere ahí cuando despida a la señora Fleming.

—Será muy difícil, muchacha. La señora Fleming ha ocupado ese puesto durante años.

—Sí, y se ha beneficiado de ello. —Edén recogió las tazas vacías, las colocó en el fregadero y luego ordenó un poco la habitación, de repente necesitaba estar activa a pesar de la hora.

—¿Tendrás que mudarte a la mansión?

Edén se detuvo para doblar el delantal de Lillie—. No vendré a casa todas las noches. —Lo dejó sobre el respaldo de la silla de la cocina y cruzó para sentarse cerca del fuego nuevamente.

—Pero un ama de llaves necesita estar allí en caso de que algo suceda. Es un trabajo de planta.

—No esta ama de llaves. —Edén sonrió con tristeza. Saben que no estoy lejos, si me necesitan. Además, Mellors está ahí. Le dije a Charlie que sólo tomaría el puesto si me dejaba regresar a casa.

—¿Y qué sucederá cuando Clifton regrese, lo hará, siempre vuelve cuando se le acaba el dinero?

Ella extendió sus manos al calor. —Me encargaré de eso.

—¿Qué hay de sus amenazas sobre Josephine? No se rendirá. No lo hará.

La muerte de Nathan pudo haberlo asustado lo suficiente como para quedarse callado por un tiempo, pero pronto volverá a sus viejas costumbres. —Iré con Charlie. le contaré todo. —Edén escuchó el silbido del viento que bajaba por la chimenea. — A Clifton le preocupa más el dinero que pueda sacarle a su primo que quitarme a Josephine. Sabe que si le digo la verdad a Charlie, se convertirá en un paria de la familia para siempre.

—El hombre es un cobarde.

—Lo es pero ya no le tengo miedo. —Un filo duro entró en su voz y ella levantó la barbilla. — No puede hacerme más daño. Sería un tonto si lo intentara. No se lo he dicho a Charlie antes porque no ha estado lo suficientemente sano como para enfrentarlo, pero si la amenaza de Clifton alguna vez se hiciera realidad, lo siento, pero no vacilaría en contarle a Charlie que su primo me violó. Tengo que proteger a mis hijas a toda costa, especialmente porque Nathan ya no está con nosotras.

El abuelo infló su pipa—. Bueno, muchacha, juega esa carta en el momento en que Clifton te dé problemas. No merece lástima, y el amo Charlie necesita enfrentarlo. El amo Joel lo habría hecho si lo hubiera sabido.

Ella puso su mano sobre su rodilla, su confianza disminuyó por un momento—. ¿Estuvo mal que no lo comentara en su momento?

La expresión del abuelo se suavizó—. No, muchacha, no podemos revivir viejos problemas. Lo hecho, hecho está. Tenemos que aprovecharlo al máximo. Ahora ve a la cama. Tendrás el día de mañana para esto.

~ ~ ~

—¿No está hablando en serio? —Los ojos de la señora Fleming se abrieron, su boca también y miró de Charlie a Edén y viceversa. —Está bromeando, ¿verdad, señor Charlie?

—Lo hago, hablo en serio. —Charlie se irguió imponente. Su color era distinto, la odiosa tarea de decirle a la señora Fleming que había sido despedida había puesto un brillo acerado en sus ojos color avellana.

Edén, de pie junto a la puerta, los miró, esperando ver cómo se desarrollaría la charla.

—Pero no entiendo. —La voz silbante de la señora Fleming fue el único sonido en las habitaciones del ama de llaves frente a la cocina. He servido a esta familia durante años. He servido a esta familia durante años.

—He. Y también se ha servido de nosotros, no se moleste en negarlo Soy consciente de su robo, de su doble moral y de su crueldad absoluta.

—La cara de la señora Fleming palideció a un sucio color gris. En ese caso, señor, permítame disculparme y corregirlo de nuevo. Sabe que haría cualquier cosa por esta familia, lo que sea.

Charlie caminó rígidamente hacia la cómoda en la pared del fondo. —Creo que ya ha hecho lo

suficiente, señora. Ahora, por favor, abra los cajones y armarios de su escritorio.

—¿Qué? —La señora Fleming parpadeó, perpleja—. ¿Mis-mis cajones? ¿Por qué?

—El tesoro, señora Fleming. —Charlie puso sus manos detrás de su espalda, como su padre lo hacía—. Saldrá de aquí sólo con su ropa, una referencia y el pago que le daré. El resto se queda.

Sus ojos de cerditos brillaron como botones, llenos de furia—. El dinero que tengo aquí es mío, son los ahorros de mi salario a lo largo de todos estos años.

—Muéstrame la cantidad que guardas en esta habitación y también cualquier cuenta bancaria que tengas. Ahora —ordenó Charlie.

Edén apretó las manos en los pliegues de su falda negra, esperando que la señora Fleming no hiciera un escándalo y simplemente se fuera de manera pacífica.

—Debe ser tonto si cree que le mostraré algo. —La señora Fleming irrumpió en el armario y sacó una bolsa grande de la parte superior. —No lo dejaré revisar mis cosas privadas.

—No dejaré que salga de esta casa con lo que nos ha robado todos estos años. —El desdén de Charlie se expresó en su rostro. —Si desea una referencia, le aconsejo que coopere.

—¡Váyase al infierno! —Abrió el cajón superior del arcón junto a la pared, agarró un montón de ropa y la metió en su bolsa. —Continúe si quiera, revise toda la habitación de arriba a abajo, pero aquí no encontrará nada. —Con la cara arrugada de ira, empujó a Charlie y vació otro cajón—. Continúe —gritó—. Vea qué puede encontrar. No estaba perjudicando a nadie y tenía a la casa funcionando bien, así que ¿por qué discutir ahora?

—No estaba al tanto de su comportamiento hasta hace poco. La estafa que usted y mi primo tienen es intolerable. —Charlie se hundió un poco y una tos retumbó en su pecho.

Fleming se echó a reír—. Sí, escúpelos muchacho, no te queda mucho en este mundo.

Edén se aproximó a ella y la abofeteó. —¿Cómo te atreves a hablarle así?

Sorprendida, con la mejilla enrojecida, Fleming la fulminó con la mirada—. Oh, te crees muy inteligente, ¿no? Sé que estás detrás de esto. Has querido mi puesto durante mucho tiempo.

—No merecías estar aquí. Has abusado de tu posición, has avergonzado el nombre de la familia Bradbury.

—¿Avergonzar? ¿Yo? Hice lo que cualquier ama de llaves en el país. Oh no, señorita, la única vergüenza en esta habitación eres tú. Bueno, no me quedaré callada contigo por un minuto más. Lo sé...

—¡Cállate la boca! —Edén dio un paso adelante para agarrarla, pero Fleming levantó su brazo gordo y flácido para golpearla con él, Charlie lo impidió y aventó a Fleming. —No te atrevas a golpearla.

—Huh, quieres protegerla, ¿verdad? Ella ha estado calentando tu cama, ¿verdad? —Fleming se burló—. Bueno, eso no es nada nuevo ¿no es así? ¿Qué más podría estar haciendo en tu habitación todos estos años? No es que no haya disfrutado a otros hombres, ¿verdad? Ha estado engañando a su pobre esposo todos estos años, con el señor Joel, con tu primo y contigo; apuesto a que también se metió con tu padre antes de que falleciera.

—¡Fuera, bruja sucia! —Charlie gritó sólo para jadear y agacharse—. Nunca... pises la propiedad de Bradbury de nuevo.

—¿Propiedad de Bradbury? Es una broma. Usted en su lecho de muerte, la señorita Muck navegando alrededor del mundo junto a su pobre marido y su hermano en el campo de batalla todos los días. Tendrán mucha suerte de que así sea. —Fleming corrió hacia la puerta, pero se detuvo y volteó. —Hay muchas posibilidades de que sea propiedad del señor Clifton algún día, entonces podré regresar. Sólo esperen y verán. —La puerta se cerró detrás de ella y Edén fue con Charlie para consolarlo.

Juntos salieron con dificultad de la habitación y subieron por las escaleras. Charlie estaba tosiendo, y Edén llamó a Mellors, rezando para que se encontrara cerca.

No puedo subir las escaleras, Edén. Charlie susurró, tomando aire—. Sala de invitados....

—¡Mellors! —Edén volvió a gritar y llevó a Charlie al salón para que reposara junto al fuego—. Señor, nunca debimos haber permitido que las cosas se salieran de control. Lo siento, Charlie.

Él sacudió la cabeza, mientras se recostaba. —Nadie tiene la culpa.... —Cerró los ojos y terminó con la tos lo mejor que pudo.

Mellors entró en la habitación con los ojos muy abiertos—. Eh, lo siento, amo Charlie. Jane vino y me distrajo. No escuché, no sabía....

Edén se enderezó—. No puede subir las escaleras, tendrás que buscar ayuda para subirlo. Haz que alguien caliente su cama primero.

—Sí, de inmediato. —Mellors giró sobre sus talones y salió corriendo.

Charlie la saludó a medias con los ojos cerrados, hundidos en su rostro—. ¡Edén!

Ella tomó su mano y la puso contra su mejilla—. ¿Qué sucede?

—Hazte cargo de todo —susurró.

—Por supuesto.

—Mándale un telegrama a Joel. —Su manzana de Adán se balanceó mientras hablaba. —Dile que vuelva a casa. Él sabrá qué hacer, cómo cuidarlo todo.

—Él no puede abandonar la guerra, Charlie, ni siquiera por nosotros —murmuró, con el pecho apretado. Estaremos bien. —Estoy aquí ahora y me aseguraré de que todo esté bien.

—Es demasiado para ti....

—Tonterías. —Edén recuperó su tono. —He vivido en las sombras de esta casa y de la finca toda mi vida, ¿por qué no podría seguir igual hasta que Joel regrese o te recuperes?

—Nunca... volveré a ser fuerte.

—Disparates. No los escucharé. Has tenido una recaída, pero ahora estoy a cargo, no habrá más problemas así que puedes concentrarte completamente en tu recuperación.

—Pronto llegará la primavera.

Ella sonrió—. Sí, y el clima cálido. Podremos sentarnos en el jardín.

Charlie tosió, escupiendo saliva, por lo que tuvo que buscar un pañuelo en sus bolsillos.

—Toma, usa el mío. —Por lo general, ella guardaba el suyo adentro de sus mangas—. No es más que un trapo, no lo necesito.

Charlie se inclinó hacia adelante, cubriendo su boca teñida de azul, tosiendo y balbuceando, jadeando por aire.

Edén le dio golpecitos en la espalda—. Así está bien, ahí lo tienes. tranquilo, tranquilo.

Cuando se sobrepuso al espasmo, se recostó de nuevo y se quitó la tela de la boca. La sangre manchó el pañuelo blanco como si hubiera sido un vendaje en una herida abierta. Edén se llevó una mano a la garganta.

Charlie la miró fijamente—. Entonces —susurró—, ¿éste es el principio del fin?

Capítulo 10

Motas de polvo flotaban sobre los rayos del sol que brillaban a través de las ventanas abiertas. Edén, con el pelo recogido en un moño apretado en la nuca y un gran delantal blanco sobre su vestido negro, supervisó la limpieza primaveral de la casa. Como si fuera una industria, la casa fue sido sometida a una limpieza exhaustiva, desde los áticos hasta las bodegas. Las cortinas se quitaron, se lavaron y se volvieron a colgar; se pulieron los pisos, se sacudieron las alfombras, se limpiaron los marcos de las pinturas y se volvieron a retocar cuando fue necesario. Cada habitación recibió el mismo cuidado. Se compraron colchones nuevos para las camas, se reemplazaron las alfombras de las escaleras y el contenido de las bodegas, se sustituyeron los cubiertos de plata y otros ornamentos y artículos catalogados como invaluable en toda la casa.

En los tres meses que habían transcurrido desde el despido de la señora Fleming, Edén había encontrado una satisfacción particular en la administración de la casa y el personal. Ella creía que el papel de ama de llaves le quedaba bien y encontró placer al hacer frente a la gran responsabilidad que ahora era suya. Con el apoyo total de Charlie, contrató a empleadas adicionales y poco a poco sustituyó a los sirvientes de la señora Fleming.

Ahora, cuando marzo anunciaba la primavera y los jardines se volvían verdes y la hierba crecía de nuevo, Edén se preparó para el regreso de Annabelle a casa. Charlie había recibido un telegrama donde Annabelle le avisaba de su llegada cualquier día de la semana. Edén no había visto a su amiga en los últimos nueve meses, la añoraba muchísimo.

Mientras las dos sirvientas limpiaban las ventanas, Edén ordenó al chico del maletero, a Seth y a uno de los jóvenes jardineros, que extendieran la alfombra—. Extiéndela, Seth. —Frunciendo el ceño, se inclinó para ayudar a tirar de la alfombra hacia un lado.

Los dos lacayos entraron al salón con Mellors—. Señora Harris. ¿Podemos regresar los muebles a su lugar?

—Sí, gracias, Mellors. —Ella le sonrió. —Esta vez el sofá se colocará junto a la chimenea, puedes traer uno de los helechos del invernadero, también puede ubicarse cerca de la ventana ahora que el clima es más cálido.

—La mesa del Chippendale Pier deberá ponerse debajo de la pintura, como siempre.

Edén se mordió el labio inferior—. Sí, es muy grande como para ponerla en otro sitio.

Mientras los dos mozos llevaban los muebles de regreso a la habitación, Edén salió del salón. Se detuvo en el pasillo tras escuchar las ruedas de un carro que giraban sobre la grava. Se llevó una mano a la frente y trató de pensar a quién se esperaba hoy.

Mellors se acercó a ella—. El señor Charlie no me dijo que esperábamos invitados.

—Ni a mí. —Mientras se quitaba el delantal, Edén miró hacia la puerta principal. — Quienquiera que sea, puede llevarlos directamente con Charlie y le informaré a Cook que ponga una bandeja de té.

Mellors se dio la vuelta, pero al mismo tiempo la puerta principal se abrió de golpe y Annabelle apareció, con los ojos muy abiertos por la emoción, y vestida a la última moda, llevaba una estrecha falda gris azulada y un corpiño a juego—. ¡Estoy en casa! —exclamó.

¡Annabelle!, gritó Edén.

—Edén, querida —Annabelle corrió hacia los brazos de su amiga. Bailaron por el pasillo como niños, abrazándose y riéndose, llorando y charlando como monos.

—Te he echado mucho de menos. —Edén abrazó a su querida amiga.

—Yo también. Me habría encantado que me hubieras acompañado. Nos hubiéramos divertido mucho juntas.

—Dudo que tu marido lo hubiera querido. —Edén se rio entre dientes—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Muy feliz de estar en casa, en realidad. No quiero irme nunca más.

—Tienes que contarme sobre tus viajes.

—Sí, por supuesto. Visité muchos lugares. Las personas son diferentes en el extranjero. ¡Oh, y el calor en la India! No volveré a marcharme así de rápido, te lo prometo. —Ella se rio entre dientes—. Te lo contaré todo.

—¿Y tu esposo? ¿Dónde esté él? —Edén miró por la puerta abierta, esperando verlo.

—Oh, él se encuentra lejos de su preciosa granja y de su madre. Ya sabes cómo es él. —Annabelle agitó una mano desdeñosa, su cara se arrugó con molestia—. Me negué a ir allí sin ver mi casa primero y eso lo molestó. Por lo tanto, se ha ido sin mí y regresará más tarde. —Annabelle dio un paso atrás y recordó a Mellors. Su sonrisa se volvió melancólica. —Mellors, el querido amigo leal de papá. ¿Cómo estás?

—Bien, señora Carleton. —Mellors se inclinó. —Encantado de tenerla en casa.

—Es bueno estar de regreso, aunque también es extraño. —Annabelle inclinó la cabeza, su gran sombrero colocado en ángulo, cubrió su rostro por un momento—. Es raro no tener a papá aquí para recibirme. La noticia me devastó. No lo podía creer. Todavía no, supongo. —Ella miró alrededor del pasillo. Las puertas estaban abiertas al salón mostrando las labores de limpieza a las que se estaba sometiendo—. Siento que muchas cosas han cambiado desde que me fui. En muchos sentidos desearía no haberme ido nunca.

Edén le tocó el brazo. —Charlie anhela verte, querida.

El rostro de Annabelle se iluminó—. Charlie. ¿Cómo está él? Le traje regalos, y también a ti y tus hijas. Mellors, puedes traerlos del carruaje. —Se levantó las faldas y subió a toda prisa las escaleras sólo para darse media vuelta y mirarlas. —¿Está en su habitación?

—Sí, hoy se siente mucho mejor y está revisando las cuentas. —Edén puso su mano sobre la barandilla—. Ha cambiado mucho, Annabelle. No te alarmes por su apariencia.

Su rostro palideció y Edén le extendió una mano. —Vamos, acompáñame.

Edén asintió, viendo lo poco que Annabelle había cambiado a pesar de su matrimonio. Aún lucía muy inocente. —No necesitas que esté contigo. Es Charlie, tu hermano, no un extraño. Ahora ve, yo esperaré en la sala mientras tomo té.

—De acuerdo. —Annabelle asintió y lentamente subió la escalera.

Mellors volteó hacia la puerta—. Al señor Charlie le hará bien tenerla aquí.

—Sí, debe estar cansado de no vernos por un buen rato. —Edén sonrió y salió del vestíbulo de entrada y caminó hacia la sala de estar. Esta fue la primera habitación que se limpió. Inspeccionó los muebles pulidos, las cortinas frescas y, con una sonrisa, el jarrón de narcisos que se encontraba sobre la mesa baja entre las sillas. Decorada en tonos verde pálido y limón, esta habitación siempre había sido acogedora. Tocó el timbre al costado de la chimenea y cuando llegó la criada ordenó té para Annabelle y para ella.

Después de un momento, Annabelle cruzó la puerta, con el ceño fruncido en su piel perfecta—. Oh, Edén. ¿Por qué no me dijiste que estaba tan mal? —Se llevó un delicado pañuelo blanco a la nariz. —No esperaba verlo tan frágil.

—Te lo mencioné en las cartas. —Edén la abrazó fuerte—. Envié mi última carta hace una semana, sólo que viajaste tanto que nunca estuve segura de que te llegaran.

—Sí, a menudo la correspondencia se enviaba de un hotel a otro.

—Ven y siéntate, el té estará aquí enseguida.

—No me quedé mucho tiempo con Charlie porque pude ver que estaba cansado. —Annabelle sorbió por la nariz.

Se sentaron en sillas opuestas y se miraron en silencio. Físicamente, Annabelle no había cambiado mucho en los últimos meses. Tal vez había ganado un poco de peso, pero aún era delgada y hermosa. Cuando se quitó el gran sombrero su cabello castaño pudo verse, estaba rizado con un arreglo lleno de pequeños capullos de rosa blanca. Edén, vestida de luto negro, lucía más vieja.

Una vez que llegó el té, Edén lo sirvió mientras Mellors traía el pequeño baúl que contenía los regalos. Haciendo una reverencia salió del salón, pero en la puerta indicó con un movimiento de cabeza que estaría cerca por si necesitaban algo. Edén le sonrió, agradecida de tener un amigo tan solidario en la casa.

—Han pasado muchas cosas. —Annabelle suspiró—. No puedo creer ni la mitad, en serio no puedo. Papá se fue, también tu amado esposo y Charlie está muy enfermo.

Edén levantó la tetera y sirvió té en dos tazas. —Los meses que has estado fuera han sido muy duros.

—Me siento molesta por haber estado lejos mucho tiempo. Debí haber egresado....

—¿Por qué no lo hiciste?

Tomando una tarta del recipiente, Annabelle se encogió de hombros—. Había mucho que ver y hacer, y Carleton tenía la intención de mejorar a sí mismo. Toda esa inversión y negocios. Estaba muy molesto por eso. Pasó más tiempo con conocidos que conmigo. —Ella hizo un puchero como si fuera una niña y Edén sintió esa vieja agitación de molestia con ella, que de vez en cuando salía a flote.

—¿Te das cuenta de lo egoísta que sueñas?

Con los ojos muy abiertos, Annabelle lo miró fijamente—. ¿Por qué? ¿De cualquier manera qué podría haber hecho? Aunque hubiera querido, era imposible regresar a tiempo para estar en el funeral de papá.

—Lo entiendo. Pero debes haber pensado en Charlie, que estaba aquí solo.

—Te tiene a ti y a Mellors. —Ella sorbió su té, sin preocuparse. —Siempre has sido mucho más sensata que yo. A decir verdad, sí quería regresar, pero Carleton no quería saber nada. No me hacía caso.

—¿No era comprensivo?

—Supongo que sí, a su manera. Estábamos tan lejos, Edén, debes entender. Pero es suficiente de ese tema. —Annabelle sacudió la cabeza—. Lo hecho, hecho está. Ahora, déjame contarte las cosas que vi e hice.

—Entonces, parece —murmuró Edén. Por mucho que amara a Annabelle, había momentos en que quería abofetearla. Inhalando su decepción, escuchó la charla entusiasta de las cosas que le contaba. Algo en el estilo de su amiga alertó a Edén de una corriente de inquietud. El nerviosismo de Annabelle no era común. Por supuesto, ella siempre había sido un poco nerviosa y voluble, pero su comportamiento de hoy era diferente, lo que provocó que Edén estuviera ansiosa.

Tras diez minutos de la charla de Annabelle sobre el calor, las fiestas, la moda, los sirvientes groseros y el aburrimiento de la vida en el barco, Edén encausó la conversación a otro tema. —¿Qué planes tienes ahora? ¿Vivirás en la granja de Carleton o te ha comprado una casa espléndida en alguna parte?

Annabelle arrugó su nariz de botón. —No viviré con su madre, no, gracias. Sabes lo agotadora que es con sus reglas y prejuicios. Tengo miedo de ofenderla cada vez que la veo. —Le dio un mordisco a su tarta. —Tendría que ser divertido, después de todo, los Bradbury son mucho más

ricos y tienen más posición social que la familia Carleton, pero ella no piensa lo mismo.

—Es tu suegra, Annabelle, no deberías hablar...

—Oh no. No nos toleramos y eso todos lo saben. —Colocando su taza y su plato en la bandeja, Annabelle miró a Edén por debajo de sus pestañas. —En realidad estoy un poco en apuros.

Edén cerró los ojos por unos segundos. Conocía tan bien a su amiga que sabía que su visita tenía un propósito. Algo que no era bueno estaba a punto de ser dicho—. ¿Qué ha pasado?

—Me peleé con Carleton. —Annabelle se enderezó y levantó la barbilla—. No me disculparé por eso. Fue su culpa. Le dije que no viviré con su madre.

—¿Y?

—Bien...

Edén la miró con una ceja levantada.

Annabelle se puso de pie y se dirigió hacia la ventana, arreglando su falda mientras lo hacía. Le dije a Carleton que deseaba vivir aquí en la mansión Bradbury y que él también debía venir aquí.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Él no está de acuerdo. No viviré en su granja. No estoy acostumbrada a esa vida y es horrible que insista. —Annabelle miró por la ventana, que daba a césped y jardines.

—Ahora no es una simple casa de campo, ¿verdad? —Edén se levantó y caminó también a la ventana—. La casa es muy grande y está bien situada cuesta arriba. Tienen sirvientes....

—Es la casa de su madre y él está a su entera disposición cada momento del día.

—Con seguridad exageras. Él es el señor. Es su casa. —Edén regresó a la mesa para tomar un poco de té de su taza.

—Lo maneja como si fuera un títere. Su madre le enviaba telegramas todas las semanas y le escribía cartas inmensas. Él, por su parte, se quedaba despierto durante horas escribiéndole sobre asuntos de negocios que nunca me mencionó.

—Han sido un equipo durante mucho tiempo, querida. Sería difícil para él separarse, cuando ha sido el único hombre en la familia durante los últimos diez años.

Annabelle se puso rígida—. Él rompió una promesa.

—Querida, ven, siéntate y termina tu té. —Edén se sentó una vez más y le tendió la mano a Annabelle, como si fuera una niña. ¿Siempre habían sido así sus roles? Edén no recordaba haberse sentido tan mayor que Annabelle antes. Sí, había unos cuantos años de diferencia en sus edades, pero ahora parecían décadas. La hermandad que una vez tuvieron ahora había cambiado a algo más cercano a la relación entre una madre y su hija.

—Oh, Edén. —Annabelle suspiró profundamente y volvió a su silla. —Carleton dijo que no, me *prometió* que compraría una casa en York. Y ahora no lo hará. Él dice que la granja será nuestro hogar. ¿Por qué? No entiendo. No es necesario vivir ahí. Su capataz y su madre lo tienen todo bajo control.

—¿No podrías intentarlo por un tiempo, sólo para ver si realmente te gusta?

—No. No criaré a mi bebé en ese lugar con su madre cuidando de mí.

Edén la miró sorprendida. —¿Bebé?

Bajando la mirada, Annabelle asintió—. Sí. Creo que tengo tres meses de embarazo.

—Querida, es una noticia maravillosa. —Edén le tomó las manos—. Es justo lo que necesita esta familia. ¿Estás emocionada?

—Me muero de miedo. Estoy aterrorizada. No quería que esto sucediera, al menos no todavía, no en un par de años. —Los ojos azules de Annabelle se llenaron de lágrimas. —No quiero ir a la granja. Prométeme que me ayudarás a quedarme aquí.

—Tu esposo querrá estar a tu lado durante ese proceso.

Annabelle levantó la barbilla. —No lo sabe, y no se lo diré hasta que deje de ser tan necio.

—Debes decirle. Además, no puedes ocultarlo para siempre. —Edén sacudió la cabeza con ironía—. Si se lo dices, él podría concederte eso que tanto anhelas.

—No, es un bruto y lo odio.

Edén se recostó en su silla y analizó a su amiga. —¿Por qué te comportas como una niña mimada? Eres una mujer adulta, casada y con un hijo en camino. ¿Qué ha sido de la Annabelle que amaba? Te has convertido en una chica ingrata y llorona a la que apenas conozco.

Una lágrima se deslizó por su pálida mejilla—. Todo salió mal, horriblemente mal. Me casé con el hombre equivocado, Edén.

Miró a Annabelle como si no entendiera lo que decía. Pero por primera vez desde su regreso, Edén vio a la verdadera Annabelle Bradbury huyendo del flippertigibbert que había llegado una hora antes—. Anna...

—No, escúchame. —Annabelle se levantó y regresó a la ventana—. Pensé que amaba a Carleton, realmente lo hice. Pero durante nuestra luna de miel yo... ella bajó la cabeza.

Consternada, Edén se levantó y fue hacia ella—. ¿Qué sucede?

—Carleton pasó mucho tiempo lejos de mí, persiguiendo sus propios intereses. Es realmente asombroso. El hombre nunca había salido de Inglaterra antes de nuestra luna de miel, pero desde el momento en que se subió al barco, sólo estuvo al pendiente de otros hombres de negocios, absorto en problemas comerciales.

—Muchos hombres disfrutaban de los negocios.

—Es un granjero. Sí, no carece de medios, pero en el fondo adolece de los conocimientos necesarios que se requieren para los negocios. —Annabelle torció su pañuelo—. Pretende ser de una clase más alta de la que es realmente. Quiere ser igual a papá, a Joel y a Charlie. Pero no sólo el dinero hace al hombre. Mi papá decía eso muchas veces cuando se enfrentaba a un comerciante que tenía sólo un soberano en su bolsillo.

—Creo que estás siendo un poco dura. Carleton no es un campesino sin educación. Tiene una buena casa y tierras. Es educado e inteligente.

—Y ahora quiere ser empresario. Se reirán de él. Sé que sucederá. Era vergonzoso verlo colgado de la cola de los abrigos de los caballeros a bordo del barco. Se burló de ellos, queriendo su consejo y ayuda sobre cómo ganar enormes cantidades de dinero en diferentes empresas.

Edén frunció el ceño ante su tono mordaz—. ¿Cuál es el problema en que quiera superarse a sí mismo y a su familia?

—¿No necesita mejorarme! Yo soy una Bradbury Supo muy bien cómo atraparme. Pude haber tenido a quien yo quisiera.

Edén no podía resistir el impulso de abofetearla, pero se contuvo. —Según recuerdo, había hordas de jóvenes que querían tu mano. Entonces, si tuviste la oportunidad de tener a cualquiera, ¿por qué elegiste a Carletone?

—Lo vi como un hombre apuesto, que me adoraba. Nadie es tan guapo como él.

—Vamos, no puedo creer que seas tan superficial.

Annabelle se dio la vuelta. —Entonces tal vez no me conoces muy bien.

—Tonterías. Nadie te conoce mejor que yo. —Edén la miró por la espalda—. Estabas totalmente enamorada de él. Le rogaste a tu padre que te dejara casarte con él, a pesar de que el Coronel quería más para ti, alguien de una clase superior.

—Los prospectos que tenía mi padre eran hombres viejos o jóvenes feos. Ninguna fortuna o privilegio me habría sido suficiente para casarme con ellos.

Edén cruzó los brazos, cansada de la plática egoísta de Annabelle. —¿Entonces por qué te expresas tan mal del hombre que *aceptaste*?

Caminando hacia la chimenea, Annabelle contempló la rejilla vacía. —Se convirtió en un extraño para mí. Donde quiera que fuéramos, él sólo pensaba en el dinero. No entiendo por qué, papá había pagado todo. Carleton apenas tuvo que recurrir a usar su propio dinero.

—Quizás ese es el problema. Posiblemente se siente menospreciado.

—¿Por qué? Muchos hombres estarían agradecidos.

—Ninguna de las cosas que ha mencionado hasta ahora es motivo de tanta crítica.

Annabelle golpeó la repisa de la chimenea con la palma de su mano—. No lo entiendes. No tenía consideración por mí. En cada puerto, en cada ciudad, me dejó sola para poder perseguir sus propios intereses. ¿Cómo se atrevió? ¡Era nuestra *luna de miel*! —Los sollozos sacudieron su cuerpo. Ella se encorvó, llorando como si su corazón se rompiera.

—Querida. —Edén la trajo hacia ella—. Tranquila. Estás en casa y tal vez Carleton aceptará tu propuesta, pero para hacerlo debes discutir esto con él. Puede que ni siquiera sepa cómo te sientes.

—¡No! —Annabelle retrocedió, con los ojos abiertos y asustados—. No puedo hablar de esto.

—¿Por qué? Debe entender.

—Porque siempre termina en discusión. En terribles argumentos. —Annabelle miró hacia otro lado, un sonrojo se deslizó por su cuello.

La sensación de inquietud permaneció con Edén mientras observaba a Annabelle limpiarse los ojos y la nariz. Había más en esto, podía sentirlo. —¿Qué hiciste mientras Carleton seguía a sus contactos comerciales? —preguntó.

Annabelle levantó la barbilla, todo signo de tristeza desapareció—. Divertirme. —Su tono helado atravesó la habitación.

—¿Sola? —Edén se preguntó si Annabelle había frenado su gusto por la coquetería.

—A veces. Sin embargo, también hice amigos. Siempre lo he hecho, lo sabes. Me encanta hacer nuevas amistades en cada fiesta.

La puerta se abrió y Charlie entró, sonriendo. —Ahí están los dos. —Miró a Edén y luego besó la mejilla de Annabelle. —Estoy muy feliz de que estés en casa. He tomado una siesta y ahora estoy lleno de energía para escuchar todas tus noticias.

—Oh, magnífico. —Annabelle tomó su mano y lo llevó a las sillas. —Pediré más té para nosotros.

Edén dio un paso adelante. —Iré por té fresco, pero no puedo quedarme. Tengo cosas que hacer antes de irme a casa.

Annabelle hizo una mueca—. ¿A casa? ¿No te vas a quedar?

—No puedo quedarme aquí. Las niñas me necesitan en casa.

—Pero yo también te necesito.

Edén movió su cabeza y suspiró—. Eres una mujer adulta, Annabelle, mis hijas no lo son. —Salió de la habitación y recorrió el pasillo hacia la cocina.

—Edén —gritó Charlie.

Ella se volteó y caminó hacia él—. ¿Si? ¿Hay algo que necesites antes de que me vaya?

—No. —Charlie frunció el ceño y miró hacia la habitación que acababan de dejar—. ¿Qué pasó entre ustedes dos? Pude percibir un ambiente tenso cuando entré.

—Eso es porque Annabelle ha cambiado, o tal vez yo lo he hecho. No lo sé. —Ella se encogió de hombros—. De repente siento que se ha vuelto más egoísta. La quiero como a una hermana, pero hay veces que no me gusta. La desconocí esta tarde.

—Eso es un poco cruel. Todos sabemos que Annabelle puede ser poco amable, pero no es mala. —Edén le dio un beso en su mejilla.

—A veces eres más leal de lo debido. No hablaré mal de Annabelle contigo, es una pérdida de tiempo.

—Esto es diferente a ti, querida.

Suspirando, Edén tocó el manajo de llaves en su cintura. Estoy cansada, Charlie, perdóname.

Su cara se suavizó. —Estás haciendo demasiado. Limpiando todo, corriendo de una casa a otra. Nunca debí haberte pedido que tomaras este puesto. Supongo que yo también soy egoísta.

Edén se emocionó ante la preocupación de Charlie sentía por ella—. No es nada, de verdad. Extraño a Nathan, eso es todo. Siempre hablaba con él. Echo de menos que alguien se preocupe por mí.

—Entiendo. —Él tomó su mano y la besó. —Siempre puedes hablar conmigo.

—Lo sé. —Ella besó su mejilla. —Perdona mi mal carácter. El regreso de Annabelle me ha traído recuerdos, de cuando era soltera, de cuando yo era más feliz.

Voltearon cuando Annabelle se paró en la puerta. —Perdóname, Edén. Sabes que nunca desearía molestarte. Te amo como a una hermana.

Edén asintió con un nudo en la garganta.

Charlie le acarició la mano. —¿Qué te parece si hacemos un picnic mañana? Trae a las chicas Edén. Olvidemos nuestros roles en la vida por un día y comamos mientras nos tumbamos al sol. ¿Qué dices?

—Me parece bien. —Edén salió del salón y se dirigió al cuarto del ama de llaves, intentaba no pensar en el último picnic que había tenido, cuando Nathan aún estaba vivo.

Capítulo 11

Una lluvia torrencial golpeaba con fuerza el paisaje que circundaba la mansión. Edén suspiró y se acercó a la chimenea, donde rugió un resplandor.

—¿Están muy molestas las chicas por la cancelación del picnic? —preguntó Charlie al levantar su vista del periódico.

—Sí, pero el abuelo les prometió que harían pan de jengibre. Eso las calmó.

—Tenía muchas ganas de pasar el día con ellas.

—Ellas también, pero ya habrá oportunidad, una vez que el mal tiempo mejore.

—Le escribí a Joel anoche y le dije que pasaría el día con tus hijas. Qué extraño que aún no las conozca, las adoraría.

—Ha estado lejos de casa por mucho tiempo, supongo que todos somos extraños para él. —Ella apartó la vista, le dolía el corazón. —Alguna vez soñó que Joel sería el padre de sus hijos. Parecía hace toda una vida. ¿Qué pensaba él de ella ahora? ¿Perdonaría su matrimonio con Nathan? ¿Acaso le importaría?

—La buena nueva es que la guerra está por terminar. Así que es hora de que vuelva a casa. No duraré mucho tiempo.

Ella apoyó su mano en el respaldo de su silla—. ¿Necesitas algo?

—No, nada en absoluto. Excepto quizás una sonrisa tuya.

Ella sonrió automáticamente y le apretó el hombro. —¿A qué hora llegará Annabelle?

—Pronto. No quería salir con este clima, pero Carleton insistió. —Charlie dobló el periódico y lo colocó en la mesa ocasional que se encontraba junto a la silla—. Nunca esperé que Carleton fuera del tipo dominante. Nunca mira a Annabelle a menos que esté con el ceño fruncido. ¿Crees que el amor disminuya tan pronto pase la luna de miel?

Caminando hacia la chimenea, tomó el atizador y movió los troncos. Chispas salieron disparadas por la chimenea. —Creo que no todo salió bien en la luna de miel. Annabelle insinuó que las cosas no resultaron según lo planeado y que Carleton cambió.

—Su casamiento fue muy rápido. Tanto mi padre como yo le dijimos lo mismo. Podrían haberse permitido esperar un año para conocerse más el uno al otro.

—Cierto, pero sabes lo impulsiva que es.

—No la habría tratado mal, ¿verdad?

—Solo de una manera silenciosa y con desaprobación me lo imagino.

—¿Qué podemos hacer al respecto? Obviamente, ella se rehúsa a vivir en su casa, lo que posiblemente genere fricciones. ¿Podemos ayudar de alguna manera? Tu padre o Joel habrían sabido qué hacer.

—Debe aprender por cuenta propia, Charlie. Ya no es una niña

—Sí, lo sé, pero ella es la más joven y todos la hemos sobreprotegido. Debería haberme dado cuenta anoche de que ella no era ella misma. Apenas comió. Sin embargo, estaba tan cansado que tuve que retirarme después de la cena. —Charlie se levantó y apoyó un codo sobre la repisa de la chimenea. —Quizás quería hablarme y confiarme sus secretos pero yo tuve que irme a la cama como un viejo.

—No tienes la culpa. Tal vez ella sólo necesite tiempo.

Él suspiró y asintió. —Estaré en el estudio si me necesitas. Esas cuentas son interminables.

—Enseguida te llevo una taza de té.

Antes de salir se detuvo en la puerta y frotó su barbilla—. Tal vez deberíamos tener una pequeña cena para celebrar su regreso, ¿qué te parece? Nada ostentoso, algo simple e íntimo.

—Le preguntaré a ella. A ver si está de acuerdo.

—Bueno. Todos necesitamos animarnos. —Él sonrió y salió de la habitación.

Después de colocar la protección contra incendios en la casa, Edén miró a su alrededor para asegurarse de que todo estuviera ordenado en caso de que alguien necesitara algo. Al salir del salón, caminó por el pasillo y giró hacia el corredor de servicio. Platicó por diez minutos con Cook, para asegurarse de que todo estuviera en orden y luego entró en la recámara del ama de llaves, que consistía en una pequeña sala de estar y un dormitorio afuera del pasillo. Aunque Edén no usaba este espacio, éste se había convertido en su único lugar para descansar unos minutos o para revisar las cuentas y los salarios. Ahí también hablaba con el personal. La mayoría de las tardes, Mellors la acompañaba y juntos tomaban una taza de té, mientras Charlie dormía la siesta.

Antes de sentarse en su escritorio, revisó que el jarrón de narcisos, que se encontraba sobre la mesa cuadrada, tuviera suficiente agua. Ella inhaló su aroma y sonrió al ver cómo daban vida a la habitación.

Cuando se abrió la puerta, volteó esperando ver a Mellors, pero su estómago se revolvió al ver que Clifton estaba ahí—. Sal.

—¿Ahora esas son las formas para tratarme?

—No, es mejor de lo que mereces. Deberías ser azotada.

Él se rio y entró en la habitación. —¿Me extrañaste?

Edén se tragó el miedo—. De ninguna manera. ¿Por qué debería?

—Estuve fuera algunos meses. ¿Te preguntaste cuándo volvería?

—He estado rezando para que te pisotee un caballo y un carruaje pase sobre ti, o te caigas frente a un tren. ¿Eso servirá?

—Tu espíritu siempre alegra mi corazón. Es muy refrescante en una mujer. —Hizo una pausa y con su mirada recorrió la habitación—. Fleming ha estado en contacto conmigo. Me contó lo que ha estado sucediendo aquí. Clifton tocó algunos de los papeles en su escritorio—. Decidí que era hora de hacer una visita. El temperamento de Charlie seguramente ya habrá disminuido. Es demasiado amable para guardar rencor por mucho tiempo.

Ella lo observó deambular por la habitación, deseando a Dios que sufriera un ataque cardíaco fatal y la librara de su presencia. Había engordado más, tenía la cara hinchada y los ojos inyectados de sangre.

Clifton se acercó y ella se encogió cuando él le rozó ligeramente su mejilla—. Eres muy hermosa, Edén. Una verdadera mujer apasionada. —Sus pequeños ojos se estrecharon con anhelo. —A pesar de tu rechazo, siempre te amé, siempre te deseé.

—Tú no conoces el amor o la bondad.

—Porque nunca me diste la oportunidad. Sin embargo, te perdono. Sólo tenías ojos para Joel. ¿Pero qué hizo él? Dejarte. Yo no haré eso. —Su rostro bajó para besarla.

Ella se apartó, llena de asco. —No me toques.

Con su mano tomó la barbilla de Edén, obligándola a mirarlo. —Soy consciente de que estabas detrás de la carta ofensiva de Charlie.

—Lo que hace Charlie depende completamente de él. —Ella se soltó y lo fulminó con la mirada. —Si tu comportamiento lo induce a escribirte cartas de regaño como si fuera tu padre, no es mi culpa.

—Aunque admiro tu fortaleza de carácter, no harás que se ponga en mi contra, es demasiado leal a su familia.

—La lealtad no ciega a las personas, Clifton. Te has excedido.

—Tal vez debería probar esa teoría ... —Una sonrisa malvada se dibujó en su rostro. Se inclinó más cerca, presionándola hacia atrás. Sus labios tocaron fugazmente los de ella y ella se estremeció. —Hasta ahora he hecho exactamente lo que quería y todo lo que recibí fue un regaño escrito en una carta.

—¿No te preocupa tu conciencia? —Ella se aguantaba las ganas de vomitar. El pánico y la repulsión le revolviéron el estómago.

—Para nada. —Riéndose, Clifton dio un paso atrás y se acomodó el chaleco. —Hablando de conciencia, no pienses que en mi ausencia me olvidé de Josephine. La muerte de tu esposo no cambiará el hecho de que ella es mi hija y la quiero conmigo. Como su padre, cumpliré con mi deber, con ella y contigo.

—Demuestra que es tuya. Es tu palabra contra la mía.

Él palideció ante las palabras de Nathan. —¿Tú y tu abuelo declararán bajo juramento ante un tribunal que Josephine es de Nathan?

—Sí, sin dudar.

—¿Entonces quieres que esto se ponga feo? ¿Para que todo el distrito sepa que te acostaste conmigo? Les diré a todos que tuvimos una aventura y que disfrutaste siendo mi amante. ¿Imaginas cómo te mirarán las personas después de saber que te acostaste conmigo y luego engañaste al santo de Nathan Harris? La gente creerá en las habladurías, Edén, ya lo sabes.

—¿Y para qué servirá eso? —Ella se burló de él—. ¿Crees que simplemente te entregaré a mi hija? ¿Acaso perdiste la razón? No me importa lo que piensen los demás.

—¿Qué hay de esta familia? —Él abrió los brazos de forma amplia, abarcando la habitación y todo lo que implicaba—. ¿Dejarás que tu reputación arrastre el nombre Bradbury? ¿Qué pensarán de ti Charlie, Annabelle y Joel?

Edén dio un paso adelante, valiente en su ira, una ira que amenazaba con ahogarla—. Incluso si quisieras *matarme*, no te la entregaría. Los Bradburys son los patrocinadores de mis hijas. Me pasa algo y las chicas se quedan con ellos. ¿Matarás también a todos tus primos?

—No soy tonto. —Él dudó, bajó la mirada a sus zapatos y luego volvió a mirarla—. Por eso nos vamos a casar.

Sus ojos se abrieron. —Casarnos, ¿tú y yo? —Clifton apenas podía contener las ganas de reírse.

Suspirando, asintió y caminó hacia la puerta, con las manos entrelazadas en su espalda. —Sí. Nos casaremos, así tendré a mi hija y espero que tú también tengas un hijo.

Estaba loco. Sin embargo, Edén estaba asustada. Varias veces había sido testigo de los resultados de su locura. Fingiendo no verse afectada, ella se burló de su ridiculez y ladeó la cabeza hacia un lado—. No. No nos casaremos.

—Si no te casas conmigo, me aseguraré de que nunca vuelvas a ver a Josephine. —Clifton pronunció su amenaza en voz baja, la cual se quedó en la habitación. —Lo digo en serio, querida, ya deberías saberlo. —Su mirada, llena de deseo, recorrió el cuerpo de Edén.

Edén buscó detrás de ella y agarró la mesa en busca de apoyo. Clifton salió de la habitación y, al mismo tiempo, la voz de Annabelle se escuchó en el pasillo.

—Clifton. No sabía que estabas aquí. Encantada de verte, primo. Siempre es bueno ver otra cara en la mesa del comedor. Estaba buscando a Edén, pero ahora que estás aquí, puedo mostrarte el regalo que te compré. También compré un hermoso ventilador para la tía Ada. ¿Podrías dárselo? ¿Cómo se encuentra? —La charla se desvaneció cuando se alejaron por el pasillo. El silencio reinó en el cuarto de la ama de llaves, Edén se sintió aliviada.

Sabía, por experiencia propia, que Clifton cumpliría su palabra. Con la mano tapó su boca para no dejar escapar un gemido. Tenía que contárselo a Charlie. No. Ella sacudió la idea al instante. Estaba demasiado débil para lidiar con esas noticias y ¿le creería? Apenas lo creía ella misma. ¿Clifton y ella? ¿Casados?, Charlie tomaría la propuesta de Clifton como un gesto amable, se haría cargo de una viuda y dos niñas.

Una risa histérica burbujeó dentro de su pecho, pero pronto se convirtió en sollozos secos. Si le hubiera contado a Charlie, desde el primer momento, lo que Clifton le había hecho, nada de esto estaría sucediendo. Habría sido un paria. Repudiado por la familia. Pero en lugar de eso, ella decidió callar y casarse con Nathan, pues era lo conveniente. Se engañó a sí misma, tratando de olvidar a su único y verdadero amor, Joel.

Si tan sólo el Coronel hubiera echado a Clifton de la familia ese fatídico día...

Si tan solo Nathan estuviera vivo...

Su mente daba vueltas pero, en medio de todo, sabía lo que tenía que hacer.

Caminó hacia el escritorio para abrir el cajón superior. En la parte posterior había una gran bolsa de dinero para pagar la cuenta de cualquier comerciante perdido o de algo inesperado. Seis libras. Ella lo había contado ayer. Lo metió en el bolsillo de su falda y miró a su alrededor, en busca de sus artículos personales. No había nada. Toda su correspondencia se fue con la limpieza. Satisfecha de no haber dejado nada atrás, se apresuró hacia la puerta, cogió su chal negro del gancho y lo envolvió alrededor de sus hombros.

Corrió hacia la cocina y le dio las llaves de la casa a Cook, el único miembro del personal en quien confiaba. Evitando platicar y rechazando una taza de té, Edén le dijo a Cook que tenía que irse a casa pues le dolía mucho la cabeza.

Una vez que salió por la puerta de atrás, tuvo que caminar tranquilamente por los edificios de servicio, los establos y los jardines húmedos. Cuando llegó a la puerta del parque de los ciervos, se detuvo y volteó, podía escuchar el latido de su corazón. Más allá de los árboles que goteaban, Bradbury Hall brillaba con el sol de la tarde que traspasaba la nubes de lluvia. Mientras observaba la casa, sus ojos se llenaron de lágrimas, no sólo por ésta, sino por los seres amados que vivían ahí.

Nunca los volvería a ver.

Alejándose, lloró todo el camino hasta el bosque. Una vez ahí, siguió ciegamente el sinuoso camino que conducía a la cabaña. Tenía que cerrar su mente a lo que estaba dejando atrás, pero era demasiado difícil de asimilar. Se tiró sobre el tronco de un árbol y sollozó, sacó su dolor y maldijo al destino que le había jugado una mala pasada.

Después de un rato, se enderezó y se limpió los ojos con un pañuelo que tenía en su bolsillo. La bolsa de dinero golpeó suavemente contra su muslo, recordándole el trabajo por delante. Con un último sollozo, se guardó el pañuelo y levantó la cabeza con orgullo. Ella pudo haber perdido a Joel, Nathan y ahora su forma de vida, pero no perdería a sus hijas. Se dirigió a la cabaña, la miseria que sentía pronto se convirtió en ira.

Se detuvo por un instante antes de entrar, continuó y al ver a sus hijas les sonrió con alegría, ellas estaban sentadas frente al fuego de la chimenea, dibujando con papel y carbón.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Se levantaron de un salto para abrazarla y ella les besó la cabeza.

—Les tengo una sorpresa. Su tío Charlie me ha dado permiso para tomar unas pequeñas vacaciones y ustedes vienen conmigo.

Las chicas gritaron de la emoción, aplaudieron y sobre sus cabezas, Edén miró a su abuelo, quien la veía sorprendido. Empujó a las chicas hacia la escalera. —Suban y empaquen sus cosas. Sólo lleven una bolsa de ropa y un juguete o dos, o un libro. Nada que pese demasiado.

Una vez que subieron con entusiasmo la escalera y se perdieron de vista, Edén se derrumbó a los pies del abuelo y enterró la cabeza en su regazo. No pudo llorar, todas sus lágrimas se habían ido. En cambio, cerró los ojos y abrazó a su querido abuelo.

—Ha regresado, ¿verdad? —dijo el abuelo después de unos segundos.

Ella asintió; con un nudo en la garganta.

—¿Y no se lo dijiste al señor Charlie?

—No. ¿Cómo podría? Está enfermo, abuelo, con suerte vivirá hasta el próximo invierno. ¿Cómo puedo preocuparlo más?

El abuelo le acarició el pelo. —Siempre supe que llegaría el día en que tendrías que irte.

Ella levantó la cara—. Tengo que irme. No hay opción. Clifton me amenazó, me dijo que si no me caso con él me quitará a Josephine y nunca más la volveré a ver. Y lo hará, sabemos de lo que es capaz. En un abrir y cerrar de ojos la robaría y se iría con ella para siempre. No puedo arriesgarme.

—No, por supuesto que no puedes. —El abuelo se puso de pie con dificultad y cojeó hasta la cómoda que estaba en la pared.

Edén también se levantó. —Sé que a tu edad mudarte a otro lugar será difícil, pero...

No iré contigo.

Ella lo miró fijamente—. ¿Qué quieres decir? —No puedo dejarte en este lugar.

—Si, debes. —Abrió un cajón y revolvió los artículos—. Sólo te daré molestias.

—No lo harás. Viajaremos en tren. Estarás sentado como lo estás aquí.

El abuelo sacó una lata y se la entregó. —Soy demasiado viejo para huir de alimañas como Clifton. Me quedaré aquí. Ésta es mi casa y no la dejaré. Pero tú debes marcharte. No puedo protegerte aquí.

Ella empujó la lata hacia él. —No me llevaré nuestro dinero. No tienes forma de ganar más, yo, por mi parte, puedo conseguir un trabajo una vez que esté establecida.

—Edén —su voz se quebró cuando con sus manos artríticas tomó las de ella—. Escúchame, mi amor, ahí afuera, hay un huerto lleno de vegetales en crecimiento, además de gallinas, patos, huevos y todavía puedo cazar un conejo. En el armario hay frascos de encurtidos, mermelada y mucho más. Me las arreglaré, muchacha. —Puso la lata sobre la mesa—. Lo necesitarás más que yo, tómalo.

Las chicas bajaron corriendo la escalera, riendo y hablando. Su ruido hizo reaccionar a Edén. Se apresuró a subir a la recámara y rápidamente empacó sus cosas. Cuando bajó, descubrió que el abuelo había llenado una pequeña canasta con comida y bebidas para el viaje.

Las niñas pasaron frente a él mientras preparaba la canasta. Cuando salieron de la cabaña se la entregó a Edén para que la guardara en su bolso—. Ahora, muchacha, envíalo a Earnshaw. Le haré saber lo que está pasando.

Ella asintió, con miedo a decir adiós. —Una vez que tengamos un lugar, te lo haré saber, así podrás venir a visitarnos por un tiempo.

—Así será. ¿Tienes algo en mente?

—No. Veré a dónde nos lleva el tren.

—Buena idea. Viaja a alguna ciudad, en ellas puedes perderte con facilidad.

—También hay más trabajo.

—Mañana iré a Bradbury Hall y les diré que no volverás. Eso te dará ventaja sobre Clifton, en caso de que se marche tras de ti.

—Sí. —Edén inclinó la cabeza. —Espero que Charlie y Annabelle me perdonen. No soy una cobarde, ¿verdad, abuelo, por huir?

—No, no seas tan tonta, muchacha. Estás protegiendo a las chicas de un loco. Tienes el coraje de un león y no dejaré que pienses lo contrario. —El abuelo levantó la vista hacia la brumosa lluvia que caía aquella noche—. Abrígate bien, esta lluvia no pasará pronto.

—No nos llevará mucho tiempo caminar hasta la estación. —Ella besó su mejilla cubierta de rastros—. Así que esto no es un adiós sino un hasta luego.

—Sí, muchacha. —Él sonrió y se inclinó para besar a las pequeñas. —Cuiden de su madre y no hagan travesuras.

Las niñas se lo comieron a besos y le hicieron prometer que cuidaría de los animales por ellas.

Edén lo abrazó con fuerza—. Te quiero.

—Yo a ti, muchacha. Ahora váyanse antes de que oscurezca. O de lo contrario perderán el último tren.

Con las chicas corriendo por delante, Edén miró hacia atrás y le sonrió en señal de despedida a su amado abuelo y a su hogar. Por un momento dudó en irse. No podía salir de su casa, dejar el bosque y la residencia de los Bradbury. Todo eso era su mundo, todo lo que había conocido.

—¡Vamos, mamá! —le dijo Josephine; su cara brillaba de emoción.

Edén la miró y pensó en Clifton tocándola, anunciando que esta hermosa niña era producto de él. Se estremeció. Tendría que matarla primero.

Después de pensar en ello, acomodó el cesto y el bolso en sus manos y, con la cabeza en alto, fue detrás de las niñas. Caminaron por el costado de la cabaña para tomar el sendero que llevaba Gargrave y la estación de tren, mismos que las conducirían a una nueva vida.

Capítulo 12

El abuelo esperó junto a los establos y observó el patio. Las nubes grises flotaban en el cielo, pero hasta el momento no había caído una sola gota de lluvia. Uno de los mozos de la residencia Bradbury, que limpiaba los establos, silbó a una doncella que se apresuraba con cestas de ropa para la lavandería.

—Horacio, ¿qué demonios estás haciendo?

El abuelo se dio la vuelta, con la mano sobre su corazón—. Jesús, Barney, casi me matas de un susto. No puedes acercarte no puedes acercarte de esa manera a un anciano.

—Lo siento, amigo, pero pensé que estaba viendo cosas. —Barney empujó su gorra plana sobre su cabeza—. ¿Qué haces aquí? —preguntó mirando a Clifton. Se apoyó pesadamente en su bastón.

—Tengo que hablar con el señor Charlie, pero no mientras *él esté* aquí.

Barney asintió mientras rascaba su barbilla. —Espera aquí. Veré qué ha pasado. —Desapareció por la esquina del establo. Pasaron dos minutos antes de que volviera. —Clifton ha ordenado que traigan el carruaje a la casa a las nueve en punto. ¿Quieres esperar o volver después de que se haya ido?

—Me quedo. Tarde mucho en llegar aquí. No puedo hacer el viaje dos veces.

—Vamos, vamos a beber algo en la cocina. El cocinero nos preparará el desayuno.

Cojeando por el patio, Horacio miró a su alrededor y recordó la época cuando trabajó ahí. Físicamente, el lugar no había cambiado mucho, pero el ambiente sí. Atrás quedó el ambiente jovial y el bullicio de la actividad. En aquel entonces, la casa tenía el doble de empleados que se hacían cargo de la familia Bradbury. Ahora, todo había disminuido, los sirvientes y la familia. Una nube de tristeza parecía flotar sobre la casa, y no tenía nada que ver con el clima de afuera.

Dentro de la cocina, Cook, con su amable rostro redondeado, dio la bienvenida a los hombres y los invitó a sentarse. Momentos después, estaba colocando cuencos de gachas y grandes platos con tocino, riñones y pan frente a ellos. A pesar de su personalidad seria, Horacio comió bien, pues sabía que no comería así en mucho tiempo.

La puerta que daba al corredor se abrió y Mellors entró a la cocina. Frunció el ceño al ver a Horacio. —Es una sorpresa, señor Morley. ¿Está todo bien en casa?

—Edén no vendrá hoy. —Horacio comió el último pan y tomó un sorbo de té para ayudarlo a bajar. —Tengo que ver al señor Charlie. ¿Puede recibirme?

—Por qué... er, sí. Estoy seguro de que puede verte. —Mellors se frotó la barbilla. —Dame un minuto para averiguarlo. —Miró a Barney y Cook que esperaban con expresiones agudas. —¿Te gustaría esperar en el estudio?

—Sí, muy amable de tu parte. —Horacio siguió a Mellors al pasillo y después al estudio donde lo dejaron solo. Había visitado aquella habitación antes, cuando el Coronel había sido un joven y su padre era dueño de la casa. Una vez más, no había cambiado mucho, las mismas paredes de entramado de madera con papel tapiz rojo arriba, escenas campestres pesadas enmarcadas, y muebles gruesos y sólidos. La habitación de un hombre.

La puerta se abrió y Horacio se preparó para hablar, pero en cuanto Annabelle sonrió, las palabras que había memorizado se fueron.

—Por qué, señor Morley, Mellors me acaba de decir que estuvo aquí. ¿Qué lindo verte? —Ella besó su mejilla arrugada. —Le comentaba a Edén que debería visitarlos para tomar un poco de su ginger ale.

Él sonrió. La personalidad encantadora de la señorita Annabelle no había cambiado. Ella era como otra nieta para él, ya que había pasado gran parte de su infancia en la cabaña junto a Edén. Eran inseparables. —¿Cómo está, señorita Annabelle? Perdón, señora Carleton.

—Insisto en que me llame señorita Annabelle para siempre. La señora Carleton me hace sonar como una vieja señora y me niego a envejecer. —Ella rio—. Ahora, ¿qué sucede con Edén? ¿Está enferma? —Annabelle se sentó en una silla colocada entre dos grandes estanterías. —Ella trabaja demasiado duro, ya sabes.

—Sí.

La puerta se abrió de nuevo y Charlie entró extendiendo la mano hacia Horacio. —Señor Morley. Es un placer tenerlo por aquí.

—El placer es mío, señor Charlie. —Horacio se sorprendió al ver el cambio en el joven. Parecía tener cuarenta y ocho en lugar de veintiocho. Su piel tenía un color amarillo grisáceo y sus ojos estaban hundidos.

—Por favor tome asiento. —Hizo un gesto a Horacio para que se sentara en una silla cerca del escritorio. A pesar de su enfermedad, Charlie caminó erguido con pasos firmes, como si desafiara a la enfermedad que lo mantenía encorvado. Se sentó detrás del escritorio en la gran silla con alas de cuero. —¿Qué sucede con Edén? ¿Está enferma?

—No, no está enferma. —Tragó saliva y miró a Charlie y a Annabelle. Cuando salió de la cabaña esta mañana, tenía toda la intención de mentirles, decirles que Edén había llevado a las chicas a la playa durante unos días. No lo creerían, lo sabía, pero aún así se había estado preparando para mentirles. Pero en aquel momento, cuando se encontraba frente a ellos, supo que no podía hacerlo.

—¿Qué pasa? —La cara de Charlie palideció—. Algo ha sucedido, ¿no?

—Sí.

Annabelle se sacudió en su silla—. Oh no.

Charlie cruzó los brazos sobre el escritorio. —¿Podrías contarnos todo, Horacio?

—No creo que quiera saberlo, señor Charlie.

—Sin embargo.

—Edén se llevó a las chicas y se fue. No volverá nunca más.

—¿Pero por qué? —Annabelle jadeó—. Nunca me mencionó nada de esto. No entiendo. Edén nunca haría tal cosa. ¿Por qué se marcharía?

—Porque ha sido amenazada.

—¿Por quién? —La voz de Charlie era baja e intimidante, en ese momento se parecía a su hermano Joel, y sonaba como su padre.

Miró a Annabelle. —Les contaré a ambos lo que ocurrió porque siento que deben saberlo, aunque es posible que Edén nunca me perdone por hacerlo. —Hizo una pausa y respiró hondo, luego comenzó desde el principio: el día en que su primo violó a su hermosa nieta en el bosque.

~ ~ ~

Edén tomó la mano de Lillie y cogió el bolso para salir del tren. A pesar de las luces apagadas de la estación cavernosa, las sombras de la noche hicieron que la plataforma fuera inquietante. El retraso del tren significaba que había pequeñas multitudes, por lo que Edén llevó a sus hijas fuera del andén. Una vez en la calle, los antiguos muros de los castillos se levantaban ante ella, tuvieron que hacer una pausa debajo de una luminaria para orientarse.

York. Había estado ahí una vez, hace muchos años, con Annabelle y el Coronel. Habían pasado tres días recorriendo la ciudad, yendo al teatro, comprando y cenando. Había sido un regalo del

Coronel para Annabelle, con motivo de su cumpleaños diecisiete. Había pasado mucho tiempo.

—¿A dónde iremos, mamá? —preguntó Josephine. Así como la oscuridad había descendido, la emoción de las niñas también.

Y no era para menos, habían viajado en tren por horas, y tuvieron que esperar otra hora más en la estación. —Encontraremos un lugar para pasar la noche. Seguramente habrá algunos alojamientos cerca.

—Tengo hambre. —Lillie gruñó y bostezó.

—Sí, pequeña. Lo sé. —Decidida a no dejarse intimidar por la gran decisión que había tomado, Edén hizo que las chicas cruzaran la calle y doblaran la esquina.

Edén vio un taxi del que se bajaba un pasajero, se acercó a éste—. Disculpe. ¿Conoces algún alojamiento cercano en donde podamos pasar la noche?

El viejo conductor se rascó la cabeza. —Detrás de ti está el alojamiento de Tam Corbett para hombres.

Edén volteó y vio una casa de dos pisos.

—No puedes quedarte ahí, pero al final de la calle, a tu derecha, se encuentra la casa de la señora Prim. Es la última casa Ve ahí. Si no, hay más lugares más lejos. Varios, de hecho. Todos, aproximadamente, están a una milla de aquí. Jane Ackroyd dirige una casa muy cómoda en la calle Nunnery. Si fuera tú, iría primero ahí, o incluso en Booths y Monkgate.

—La posada de la señora Prim será útil esta semana, si está limpio. Si no, probaré los otros en la calle Nunnery y...

—Monkgate.

—Monkgate. Gracias.

—Bea Prim es limpia y muy estricta con las reglas. No he escuchado queja alguna y ya llevo veinte años trabajando en este lado de York.

—Gracias por tu ayuda.

El hombre se quitó su gorra y tiró de las riendas del caballo. —Buenas noches, entonces. —Con un chasquido de dientes, condujo al caballo.

Con una sonrisa, Edén hizo caminar por la calle a las niñas. Un hombre borracho se apoyó pesadamente contra una farola al otro lado de la acera, cantando en voz alta. De repente, abrió sus pantalones y orinó en la cuneta. Edén no pudo impedir que sus hijas vieran tal espectáculo. A mitad de la calle, un callejón cortaba a la derecha. Cuando lo pasaron, un gato aulló y se escuchó un ruido de pies corriendo. Lillie chilló y se acurrucó contra Edén. Ella los abrazó más cerca y aceleró el paso. No le importaba cuán costoso fuera el hospedaje, no se quedaría en la calle ni un minuto más.

Deteniéndose en la última casa a la derecha, las condujo por los escalones de piedra hasta la entrada principal. Una placa de latón clavada en la pared al lado de la puerta anunciaba: —Casa de alojamiento de Prim. —Edén llamó a la puerta y esperó. Después de un minuto en el que no hubo respuesta, Edén pensó que tal vez era demasiado tarde y la Sra. Prim había cerrado su posada.

—Ma, necesito ir al sanitario —dijo Josephine con su cara arrugada.

—Aguanta. —Edén volvió a golpear, rezando para que alguien respondiera. No quería regresar a la calle en busca de otro sitio para pasar la noche.

Por fin se escuchó a alguien del otro lado, la puerta se abrió. Un joven asomó la cabeza y parpadeó. —Madre enferma.

Frunciendo el ceño, Edén dio un paso adelante. —¿Hay una habitación para alquilar? ¿sólo por esta noche?

La puerta se abrió más y el joven extendió su mano—. Encantado de conocerte.

Edén le estrechó la mano. —¿Hay una habitación disponible?

—Laurence Prim. —Él sonrió, enderezando su cuerpo de al menos seis pies.

La mirada del joven hizo desconfiar a Edén. —¿Se encuentra la señora Prim?

Abrió la puerta completamente y las dejó entrar. —Madre enferma. —Se llevó el dedo a los labios—. Shhh.

—¿A quién puedo preguntarle sobre las habitaciones? —Edén miró alrededor del estrecho pasillo y la escalera que subía al siguiente piso. Una corriente fría barrió sus tobillos y ella se estremeció. Ninguna lámpara se encendió para alumbrar la casa; sin embargo, la luz se metía por la rendija de la puerta que estaba abierta.

—Santa madre.

Con un suspiro, Edén se frotó la frente. —¿Hay alguien más aquí?

Laurence frunció el ceño y juntó los dedos como si estuviera atormentado. —Madre enferma. Yo hago té. —Él sonrió.

Josephine se rio y Edén la fulminó con la mirada.

—¿Laurie? —Una voz ronca habló desde lo alto de las escaleras. Una mujer de cabello gris estaba inclinada sobre la barandilla. Envuelta en un chal largo y grueso, sostenía una vela.

Edén dio un paso adelante y miró hacia arriba—. Buena noches. Lamento importunarla. ¿Es usted la señora Prim? Necesito una habitación para pasar la noche, mis hijas y yo.

—Ya cerramos, lo siento. —La luz de las velas parpadeó cuando la señora Prim tosió.

—No daremos ninguna molestia. Lo prometo. —Edén puso una mano sobre la barandilla. —Es muy tarde para andar en la calle con mis hijas. Puede que no encontremos otro lugar abierto a esta hora.

—Ninguna de las camas está tendida. No estoy preparada... —Prim tosió de nuevo, luchando por respirar—. Debes irte. No puedo ayudarte.

La necesidad hizo que Edén subiera las escaleras—. No me importa tender nuestra cama. Mis chicas están tan cansadas que dormirían en el suelo si fuera necesario. —Cuanto más se acercaba a Bea Prim, más triste se sentía por la mujer, estaba gris por el cansancio—. Por favor, déjanos quedarnos. A cambio, puedo ayudar a cuidarte.

—Laurence puede cuidar de mí —respondió la mujer. —Estamos bien así.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste una comida adecuada?

La Sra. Prim la miró con enojo, luego otro ataque de tos sacudió su cuerpo. Edén subió los últimos escalones y cogió la vela de la mujer antes de que la dejara caer—. Regresa a la cama. No te pondrás bien parado con este frío. ¿Hay una lámpara en tu recámara?

—No. No he estado lo suficientemente bien como para pagarle al carbonero.

—¿Cuánto tiempo llevas enferma?

—He estado muy mal, cerca de dos semanas. Parece que no puedo sacarlo de mi pecho.

—¿Has estado dos semanas sin inquilinos?

—Sí.

Edén sonrió con simpatía y palmeó el brazo de la mujer. —Me llamo Edén Harris. Mis hijas y yo estamos buscando un lugar para quedarnos por un tiempo. Estaré encantada de ayudar a administrar el lugar, hasta que vuelva a ponerse de pie.

Bea Prim, con sus pequeños ojos oscuros, la miró con recelo. —¿Qué sabes sobre mantener una casa? Dirijo un negocio ordenado, sin gente extraña.

—He trabajado como ama de llaves, señora Prim. Le aseguro que soy limpia y honesta. —Edén rezó para que no quisiera referencias o el nombre de su último empleo. Había pensado en cambiar

su nombre, pero sabía que las chicas no serían capaces de entender o mantener su verdadero nombre en secreto por mucho tiempo.

—No puedo pagarte un salario. No estamos ganando suficiente dinero.

—El alojamiento y la comida serán pagos suficientes para empezar.

—Soy Bea Prim y probaremos hasta el fin de semana. Ya debería estar mejor para entonces.

—Está bien.

Señalando con un dedo delgado una puerta a la derecha del descanso, Bea olisqueó—. Esa habitación tiene una cama doble. ¿Estarán cómodas?

—Lo estaremos.

Bea asintió viendo hacia un gran armario que se encontraba empotrado a su izquierda—. Todas las sábanas y fundas de almohada están ahí. Abajo, al final del pasillo, está la cocina. Puedes prepararte un té. No he bajado en dos semanas, así que no tengo idea de qué comida ha comprado Laurence. —Ante eso, Bea pareció marchitarse, el cansancio la abrumaba.

—Venga, señora Prim, regresemos a la cama y luego le prepararé una taza de té. —Edén la llevó de regreso a la única habitación con la puerta abierta.

—Hah, dudo que tengamos alguna.

A la mañana siguiente, Edén se levantó temprano y se vistió en silencio, para no despertar a las chicas. El amanecer había llegado, y más allá de la ventana se escuchaban los sonidos de las personas que iban a trabajar. Después de lavarse la cara con agua fría, salió de puntillas de la habitación. Se detuvo para escuchar cualquier ruido de las otras habitaciones, nada, silencio. Bea había tosido toda la noche, por lo que, quizás estaba dormida ahora.

Ya en el piso de abajo, Edén entró en la cocina y se estremeció de frío. Preparó té para todos con las hojas que sobraban en una lata. Con la luz del día, la cocina se iluminó. Platos usados, tazas, restos de comida y botellas vacías cubrían la gran mesa en el centro de la habitación. Los periódicos y la correspondencia yacían en el suelo de piedra. Había huellas de barro que dejaron un rastro desde la puerta del lavadero hasta la silla junto a la cocina. Cuando Edén abrió la puerta del horno, vio que estaba lleno de cenizas, la cocina en sí, necesitaba de una buena limpieza.

Se dio la vuelta y fue hasta el lavadero. Ropa y sábanas llenaban la enorme olla de cobre. Apilado en la esquina había un gran cubo de basura olorosa.

Edén regresó a la cocina, atravesó el pasillo y entró en la primera de las dos habitaciones de ese piso. La habitación del frente parecía ser una sala de estar comunitaria, tenía una ventana de proa daba a la calle. Un piano vertical estaba contra una pared al lado de una gran estantería llena de libros y periódicos. Había dos sofás de terciopelo rojo y pocos sillones, para que los visitantes pudieran sentarse, leer o platicar cuando se presentara la ocasión.

La segunda habitación era más pequeña, era el comedor. Había una mesa larga y estrecha con capacidad para doce sillas. Las flores del jarrón, en el centro en el centro de la mesa, necesitaban ser reemplazadas, ya que los pétalos muertos habían caído sobre la madera pulida. Un servidor estaba parado contra la pared que unía las dos habitaciones.

—¿Desayuno?

Edén saltó y se dio la vuelta. Laurence estaba parado en la puerta sonriendo—. Me asustaste.

—¿Voy al mercado y compro huevos? —Parpadeó, su expresión era como la de un niño de cinco años.

—Bueno, sí... —Fue a la despensa de la cocina. No todos los estantes estaban vacíos, algunos contenían frascos de encurtidos, pequeños sacos de harina, café y azúcar y había un trozo de pan y un triángulo de queso. No había mucho para tentar el apetito.

—¿También tenemos tocino? —Laurence sonrió, de pie justo detrás de ella.

—¿Tienes dinero?

Frunció el ceño y se rascó el costado de la nariz—. Madre tiene. —Salió corriendo de la cocina.

—¡No, espera! —Ella corrió tras él. Él se detuvo y la miró con extrañeza. Edén sacó del bolsillo una pequeña bolsa de cuero que contenía su dinero. —No quiero que despiertes a tu madre. Ella me puede pagar más tarde.

—¿Huevos? — Laurence tomó el dinero.

—Sí, huevos, tocino y pan fresco. Ah, y hojas de té. —Edén regresó a la cocina con Laurence siguiéndola como un perro fiel. Ella desenganchó una bolsa de red detrás de la puerta trasera—. Toma esto. Ahora, ¿recuerdas todo?

—Huevos. — Dijo con emoción.

—No solo huevos. También pan té y tocino. Haré más compras esta tarde.

Él asintió y tomó sus botas de la cocina. Después de ponerse las botas y la gorra, le dio un beso en la mejilla, antes de salir corriendo por la puerta trasera. A través de la ventana, Edén lo vio correr y adentrarse en los edificios que se alzaban frente a él.

Ella movió la cabeza, no podía creer la situación que estaba viviendo. En veinticuatro horas había dejado la única casa que había conocido y entró directamente en una casa de hospedaje porque necesitaba su ayuda. Había planeado quedarse sólo una noche y luego seguir su camino, alejándose lo más posible de Clifton. Sin embargo, ¿cómo podía dejar a la señora Prim, que estaba enferma y que dependía únicamente de su hijo? Quizás podría quedarse una semana y ver cómo se desarrollaba la situación tras su partida. Si se quedaba en casa y no salía a la calle, entonces Clifton no la encontraría aquí. Ella estaba segura de eso. Una casa de hospedaje en las calles secundarias de York podría ser el lugar ideal para esconderse por un tiempo hasta que ella tomara una decisión.

Tomó aire y se arremangó las mangas. Si iba a ayudar durante unos días, debía comenzar ya.

Capítulo 13

—No lo entiendo. —Annabelle se ajustaba las faldas a cada paso mientras paseaba por el salón —. Esto es una locura. ¿Cómo podría ella hacernos esto? ¿Para asustarnos?

—Cálmese. Molestarse no mejorará la situación. —Charlie estaba de pie junto a la chimenea, con un brazo descansando sobre la repisa de ésta.

—Nada está mejorando esta situación, ¿verdad? Hemos buscado durante tres semanas a Edén y a las chicas y nada. Es como si hubieran desaparecido. —Ella apretó los puños tanto que podía matar a Clifton. Realmente podría.

Charlie asintió con la cabeza—. Enfrentará lo que viene, no temas. Lo denuncié públicamente como mi primo y di a conocer, en ciertos círculos comerciales, que ya no está conectado con la familia Bradbury. Sé que le hará daño a tía Ada, pero no se puede evitar.

Annabelle maldijo en voz baja con una palabra que había escuchado pronunciar a los mozos. — Es un monstruo cobarde. Cuando pienso en lo que ha hecho y en cómo se encogió de hombros cuando lo confrontaste. Bueno, me enferma.

—Sí, es un canalla del más alto orden. Un hombre brutal Me da vergüenza estar emparentado con él.

—No quiero verlo nunca más, te lo digo, ya que no podré hacerme cargo.

Charlie la miró como si supiera a qué se refería. —No lo volveremos a ver, te lo aseguro. Nunca volverá a pisar esta casa y, si me salgo con la mía, todos nuestros amigos y conocidos lo rechazarán.

—Bueno. —Cansada, Annabelle se sentó en el sofá y suspiró—. Todavía no puedo creerlo, sabes. Que tal cosa sucedió y nunca lo supimos, todo este tiempo. La pobre Edén sufriendo en silencio y aún así viéndolo todos los días. ¿Cómo lo hizo?

—No lo sé. —Charlie sacudió la cabeza, sus ojos color avellana estaban tristes—. Ella es fuerte y admirable.

—Ella debió habernos dicho.

—Siempre vi a sus hijas como mis sobrinas, especialmente Josephine, ya que pensaba que era de Joel....

—¿De Joel?

—Él estaba enamorado de ella.

Annabelle lo miró sorprendida—. ¿De Verdad? Sé que Edén lo adoraba y a veces sentí que había algo entre ellos, pero nunca sospeché nada más.

—Joel me dijo que tenía que alejarse de ella, ya que mi padre le había dicho que Edén no era la novia que esperaba para él. Papá estaba preocupado de que sus familiares y amigos despreciaran a Joel por haberse casado con una sirvienta. Por eso Joel se ha mantenido alejado. No podía soportar quedarse aquí sin poder tenerla.

—Pero todos sabíamos que quería entrar al ejército.

Charlie tomó un pequeño retrato enmarcado de Joel en el que aparecía sentado, poco antes de irse a África—. Sí, por unos años más o menos, pero no por tanto tiempo. Joel tenía otros planes. Quería viajar, invertir en negocios, mejorar el stock de razas de la finca, etc..

—Entonces, él se mantuvo alejado por Edén, porque no podía tenerla.

—Sí. —Suspiró y volvió a colocar el retrato en su lugar.

—Bueno, él tiene que regresar ya. —Annabelle se frotó la frente, se sentía sumamente cansada

hoy. —¿Todavía la amara después de todo este tiempo?

—No lo sé. Su matrimonio con Nathan lo sorprendió.

—Pobre Joel y pobre Edén. Todo es tan trágico y un desastre.

No culpo a Edén por mantener en secreto lo que sucedió, pero desearía que ella hubiera confiado en mí o en ti. la carga habría sido más liviana.

—Tenía a Nathan y a su abuelo. —Annabelle murmuró. —Ahora nos necesita. Su abuelo es un hombre viejo y Nathan ya no está. No puedo imaginarla sola con las chicas.

—Tengo gente buscándola. Es todo lo que puedo hacer hasta que contacte a Horacio. Prometió decirme dónde se encuentra.

Lágrimas de vergüenza brotaron de los ojos de Annabelle. —Soy una mala persona, Charlie.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Muchas veces, he preocupado a Edén con mis problemas y nunca dejé que ella me contara los suyos. —Nunca me he sentado con ella y le pregunté si necesitaba mi ayuda en algo. Nunca pensé en hacerlo porque ella siempre ha sido tan independiente, como si tuviera el control de todo. Pero eso no es excusa. Debí haber preguntado ¿Qué tipo de amiga hace eso?

—Bella...

—Incluso mi primer día en casa, fui egoísta, contándole mis problemas. ¿Qué se comparan con el sufrimiento que ha padecido? ¿Por qué nunca me contó sus secretos, sus preocupaciones? —¿A caso soy tan estúpida que no se puede confiar en mí?

—Te quiere como a una hermana y sin duda quería protegerte. ¿Cómo pudo haber acudido a nosotros cuando fue *nuestra* primo quien la agredió? Ella sabía la situación en la que nos pondría. Tendríamos que tomar partido; eso habría separado a la familia.

—Lo sé, pero me duele el corazón. Abusé de su amor, de la amistad que siempre me ha dado. —Lo di por sentado. La culpa torció su estómago en nudos. ¿Siempre he sido una persona tan terrible, Charlie?

Él sonrió y se sentó a su lado en el sofá—. No, querida. No eres una persona terrible. Un poco egoísta a veces, pero no es terrible.

—He cometido errores, Charlie, de los que no me siento orgullosa.

Él la tomó de la mano—. Todos tienen. Nadie es perfecto.

Ella inclinó la cabeza y dejó caer las lágrimas—. En mi luna de miel, me acosté con otro hombre en venganza porque Carleton no me prestaba atención. Ahora espero un hijo y no sé quién es el padre.

La tomó fuerte de las manos. —Oh, Bella.

La tristeza en su voz inclinó aún más sus hombros. En ese momento quería arrastrarse y morir en un lugar tranquilo y oscuro. —No puedes pensar peor de mí de lo que yo hago. No estoy orgullosa de mis acciones, pero había bebido demasiado vino y estaba molesta. Quería que Carleton notara que otros hombres me encontraban atractiva, incluso si é no lo consideraba así. Solo que fui demasiado lejos y arruiné todo.

—No debería haberte descuidado.

—Quería darle celos, para que olvidara sus nuevos intereses y pasara su tiempo conmigo. Y sólo conseguí que se alejará más. Ahora no tenemos matrimonio en absoluto. Se acabó antes de tener la oportunidad de comenzar.

Charlie levantó la barbilla y la miró a los ojos. —Te amo y te apoyaré siempre sin importar lo que pase.

Su labio inferior tembló cuando sus lágrimas cayeron.

—Mi tonta hermana pequeña. ¿Qué voy a hacer contigo? Charlie la besó en la parte superior de

la cabeza. Dime, ¿sabe Carleton sobre el niño?

Ella sacudió la cabeza, con la garganta demasiado cerrada para hablar.

—¿Sospecha?

Ella cerró los ojos y asintió.

—Entonces debes decirle la verdad. Cuéntale todo.

Sus ojos se abrieron ante las palabras de Charlie. —No puedo —respondió ella.

—Debes y lo harás. No más secretos en esta familia. No puedo soportarlo.

—Él no querrá tener nada que ver conmigo una vez que lo sepa.

—¿Y qué puede ser peor? —Charlie se levantó y regresó a la chimenea. —Desde su regreso, apenas lo has visto. Esa no es manera de vivir. —Él tomó un respiro profundo. —¿Quieres ser su esposa? ¿Aún lo amas?

—Sí.

—¿Estás seguro de eso?

Buscó en su bolsillo un pañuelo y, una vez que lo encontró, se sonó la nariz. Sí. Ella amaba a Carleton. De hecho, estaba sorprendida por lo mucho que lo extrañaba. Se sentía asustada por su cambio. Ya no era el hombre atento y apuesto del que se había enamorado. Ahora era severo e inaccesible, su actitud cambió a los pocos días después de abandonar Inglaterra. ¿Cómo podía vivir con un hombre que ya no tenía bondad en sus ojos?

—Háblame de eso, Bella. Quizá pueda ayudar de alguna manera. No voy a estar aquí para siempre. No te serviré en la tumba.

Soltó un sollozo y se secó los ojos. —No digas esas cosas —le dijo. —No puedo soportarlo.

—Le fallé a Edén, no te fallaré a ti. Ahora comienza desde el principio.

~ ~ ~

Joel apoyó su cuerpo contra la barandilla de la nave, preparándose para el menor dolor en su hombro. Metió uno de sus brazos en su chaleco para pasar entre la gente y no pegarles. El toque más leve podría hacer que sudara de dolor. La brisa marina le levantó el pelo de la frente y el cuello, enfriándolo un poco. Necesitaba un corte de pelo, pero esperaría hasta llegar a Inglaterra antes de ocuparse de eso.

Abajo en la cubierta, vio correr multitudes de personas como hormigas. Soldados, enfermeras, viajeros, tripulantes de barcos, trabajadores portuarios se trasladaban de un lado a otro. Detrás de él, escuchó el sonido de los viajeros que se acomodaban para el trayecto oceánico.

Miró a lo lejos, donde Table Mountain dominaba la vista. Estaba triste por irse de África. Se había convertido en su hogar. Las imágenes y los sonidos, el calor y la gente ahora eran familiares. Por supuesto, nada se comparaba con Bradbury Hall, pero había estado en África durante siete años. Fue un tiempo largo. El ejército había reemplazado a su familia. Había aprendido a confiar en sus compañeros oficiales para aliviar la soledad, y al principio había funcionado bien. La aventura y la emoción le impedían pensar en su hogar. Pero últimamente, durante el último año y medio, un deseo de regresar a casa no lo dejaba tranquilo.

Los embudos de los barcos arrojaron humo y la sirena de abordaje sonó. Debajo de sus pies sintió que la cubierta temblaba cuando los enormes motores se accionaron con fuerza. Se anticipaba. Se iba a casa. A pesar del dolor en su hombro, sonrió. Era hora de comenzar una nueva etapa en su vida. Era hora de reafirmar los vínculos con su familia, la finca, viejos amigos y... Edén.

Sabía que mucho había cambiado en casa. Mucho había sucedido en su ausencia. No mucho después de que se unió al regimiento, su madre murió. Eso había sido un duro golpe, pero en

general, había logrado mantener a la familia y el hogar intactos en su mente. Cuando salió de Inglaterra, su padre había estado vivo, Charlie con salud, Annabelle coqueta, bonita, él y Edén... Edén era hermosa, un espíritu libre del bosque donde vivía.

¿Qué le esperaba ahora?

El barco zarpó. La brisa se agudizó y Joel se apartó de la barandilla. Miró a un soldado lisiado, parado cerca de la puerta que conducía a uno de los salones. El soldado se balanceó sobre sus muletas; había perdido la pierna durante una batalla.

—¿Mayor Bradbury?

Joel analizó su paso y se apresuró a estabilizar al hombre con el brazo que no estaba mal.

—Gracias Señor. — El soldado sonrió.

—Stevens, ¿no es así? —Joel reflexionó, ayudando al hombre a apoyarse contra una pared y fuera del camino de otros pasajeros.

Stevenson, señor, cabo Dave Stevenson. El soldado se apoyó contra el soporte y exhaló lentamente. —Todavía no me acostumbro a estas cosas. —Levantó las muletas.

Joel sonrió. —Creo que es un arte que requiere práctica, cabo.

Dave se quitó el sombrero y se limpió el sudor de la frente, con el pelo rubio pegado a la cabeza. —¿Le importa, señor, si me siento? Esta pierna no está acostumbrada a soportar todo el peso y se tambalea un poco.

—Por supuesto, hombre, siéntate. —Joel nuevamente ayudó a Stevenson a bajar a la cubierta. No había sillas alrededor y, después de un momento de vacilación, Joel se unió a él y lo ayudó a sentarse, con cuidado de no mover el hombro. —Deberíamos haber entrado, sería más cómodo.

—Lo siento, señor, pero no soy marinero. Mi estómago piensa distinto a mí. Estoy mejor aquí afuera.

—Bueno, te acompañaré por un rato hasta que se anuncie la cena. Mi estómago es lo opuesto al tuyo. Una vez en el océano, siempre está hambriento. No hago nada más que comer.

—Podrías luchar con un cuchillo y un tenedor, usando sólo una mano.

Joel bromeó—. Si verdad. Hasta ahora sólo he comido sopa y sándwiches.

Stevenson dejó las muletas al lado de su pierna y miró a través del riel de hierro—. Entonces, regresamos a casa, en Inglaterra. He estado fuera tres años. Debería estar feliz de volver, pero no estoy tan emocionado como debería, no creo.

—A todos nos afecta de manera distinta.

—Si no le importa que le pregunte, señor, ¿cómo se siente? ¿Fue su brazo lo que lo hizo volver a casa?

—Si. Mi hombro detuvo una bala. —Bajó la mirada hacia su hombro izquierdo acolchado y vendado—. Casi siempre la extraen y uno vuelve a la normalidad, pero esta bala bóer entró en ángulo y se clavó con profundidad. El cirujano logró sacarla, pero no estaba seguro del daño que había hecho. Sólo una vez que la hinchazón haya disminuido y el dolor haya desaparecido, sabré qué fuerza queda en el brazo.

—¿Su familia ya lo sabe?

—Todavía no. No tenía caso escribirles cuando ya estaba por regresar. ¿Qué hay de tu familia?

—Oh sí, ellos lo saben. Llevo un tiempo en el hospital, el tiempo suficiente para que las cartas vayan y vengan. —Stevenson dobló la pierna y apoyó el codo sobre ella. —Dicen que no les importa si vuelvo a casa sin una pierna, siempre y cuando vuelva a casa con ellos. Soy hijo único y solía ayudar a mi padre a administrar nuestra tienda de comestibles.

—¿Lo harías de nuevo?

—Supongo que sí. Es curioso cómo cambian las cosas, ¿no? Cuando era más joven detestaba

trabajar con mi padre. Todos mis amigos jugaban fútbol o cricket y yo pasaba mis días detrás de un mostrador. En cuanto llegó la primera oportunidad para irme la aproveché, aunque fuera pertenecer al ejército. —Golpeó la punta de su bota contra la cubierta—. Ahora, no puedo esperar para volver a casa. Echo de menos mamá y papá, y a mi abuela, que vive con nosotros. Mi mamá hace la mejor mermelada roly-poly que hayas probado. Papá prepara su propia cerveza en el cobertizo trasero y Gran solía ser mi compañero en las cartas.

—No hay nada mejor en este mundo que regresar a casa con una familia que te ama. —Joel pensó en la finca durante el tiempo de otoño: los altos y elegantes árboles, sus hojas volviéndose doradas y ámbar, las ardillas corriendo por el bosque, recogiendo lo último de su botín, cosechando y trayendo heno, el olor de prender fuegos mientras los jardineros rastrillaban y quemaban las hojas caídas.

Echó la cabeza hacia atrás y sonrió. —Anhelo ir a montar con mi hermano. Solíamos viajar por millas. A veces parábamos en un pub y tomábamos una cerveza y comíamos un pastel caliente cubierto con salsa.

—Mi madre ha escrito sobre la hija de un vecino, Vera, con quien espera que algún día me case. Sin embargo, no estoy tan seguro de lo que Vera tiene que decir al respecto. Nos llevamos muy bien antes de que me fuera, pero... bueno, ya no soy como era antes.

—Si Vera te quiere, no le importará.

—Tal vez. —Stevenson levantó la cara hacia la brisa. —¿Usted tiene alguna mujer esperándolo en casa?

El estómago de Joel se apretó—. Quizá. Estoy listo para una familia. Sin embargo, he estado fuera más tiempo que tú y no estoy seguro de lo que me espera cuando llegue a casa.

—Ninguno de nosotros lo está, señor, ninguno de nosotros lo está.

Un grupo de niños pasó corriendo, con sus zapatos golpeando sobre la cubierta. Un chico desinhibido se detuvo y saludó a los dos soldados, antes de seguir corriendo. Una niña hostigada trató de ponerse al día mientras hacía girar un cochecito detrás de ellos. Joel los observó hasta que doblaron en la esquina de la proa y se perdieron de vista. Su corazón se contrajo, pensando en el rostro animado del niño. Un hijo. Quería tanto a un hijo que dolía. Un niño para enseñarle todo lo que su padre le enseñó, cazar, pescar, montar, hacer deporte. Pensó en Charlie. Dos hijos tal vez. Dos buenos niños para crecer juntos como él y Charlie.

La emoción obstruyó su garganta y tosió para refrescarla. Había estado fuera de casa demasiado tiempo...

~ ~ ~

Edén cerró la puerta del horno con su cadera cuando se volvió hacia la mesa y dejó la bandeja de tartas de mermelada caliente. En el otro extremo de la mesa, Josephine leía en voz alta el periódico de la mañana y Lillie estaba sentada a su lado, dibujando en una pequeña pizarra. A Edén le preocupaba que no fueran a la escuela, por lo que cada día las hacía leer y hacer sumas simples. Era lo mejor que podía hacer por el momento. Había estado en Prim's Lodging House durante cinco semanas y ahora le resultaba más difícil explicarles a las chicas por qué todavía vivían ahí. Para empezar, la enfermedad de Bea se había prolongado, lo que le dio a Edén una buena excusa para quedarse, pero ahora Bea estaba mejor; las niñas deseaban estar en casa. Extrañaban a su abuelo, la cabaña, el bosque y la escuela.

Usando el dorso de su mano enharinada para quitarse el cabello de los ojos, Edén suspiró y luego le sonrió a Josephine, animándola a continuar cuando se trabó con una palabra. —Estás leyendo muy bien, cariño.

Laurence entró por la puerta de atrás, con la sonrisa de siempre—. Soy yo.

—Como podemos ver. —Rio Edén. Laurence, aunque exasperante a veces, tenía una personalidad dulce y sencilla que ella y las chicas adoraban. Sin embargo, no tenía permitido ir de compras. Desde esa primera mañana, cuando ella le dio dinero para comprar el desayuno y él había regresado sólo con huevos, había demostrado que no prestaba atención a las indicaciones. Ahora ella siempre lo acompañaba, y cuando no podía, mandaba a Josephine.

Bea entró a la cocina. —¿Colgaste las sábanas de la cama correctamente, Laurie?

—Sí, mamá.

—¿Vaciaste el cobre?

—Sí, mamá.

—¿Trajiste el carbón?

—Sí, mamá.

Bea asintió y lo honró con una pequeña sonrisa—. Buen chico. Ahora puedes ir al río.

Laurie gritó de emoción y salió corriendo por la puerta trasera.

Edén sabía por experiencia que no lo volverían a ver hasta el anochecer. El río Ouse, que serpenteaba por el centro de la ciudad, era su lugar favorito y los domingos, ella y las chicas lo acompañaban, y él les mostraba los bancos en los que se sentaba, los barqueros a los que saludaba y cualquier otra cosa que llamara su atención.

—Tienen buena apariencia, Edén. —Bea pasó sus manos sobre las tartas de mermelada. —Me encantará el té de la tarde —exclamó, mientras tomaba su chal del ropero. —¿Estarás bien mientras yo voy a pagar algunas cuentas? También iré a comprar el pescado. Lo tendremos más tarde. Al señor Rogers siempre le gusta comer pescado un viernes.

Edén asintió y pensó que el huésped de dos semanas de la señora Prim, el Sr. Rogers, era demasiado exigente—. Sí, estaré bien. Me queda una tarta de manzana en el horno y luego plancharé un poco.

—No, no te satures de trabajo. —Bea se puso el sombrero y miró a Lillie con cariño—. ¿Quizás las chicas quieran venir conmigo? Es un día encantador para pasear.

Edén miró a las chicas, y Lillie saltó de su silla mientras Josephine sacudía en señal de no.

—Bueno, pequeña, somos tú y yo entonces. —Bea rara vez sonreía, y solo sonreía a Lillie, que se había convertido en su favorita. Con todos los demás, ella era estricta y directa pero nunca cruel. Bea Prim era una mujer solitaria, usaba las palabras con moderación y casi nunca se exasperaba. Sin embargo, bajo esa aguda compostura, Edén sintió una fragilidad en ella.

En las cinco semanas que Edén había estado viviendo en casa de Bea, ésta no le había preguntado nada sobre su pasado, y tampoco había hablado del de ella. Trabajaban y vivían juntas en completa armonía. El tiempo que Edén se quedara ahí, dependía de cuánto la necesitara Bea. Desde que se recuperó de su enfermedad, no le había pedido que se marchara, por lo que Edén no se preocupaba, estaba feliz de tener un techo dónde dormir y que por ahora estaban a salvo de Clifton.

Se había asegurado de no decir su nombre a todas las personas. Afortunadamente, la falta de interés de Bea en socializar en el vecindario significaba que Edén podría mantenerse alejado de las miradas indiscretas y los chismes. Con tantos inquilinos yendo y viniendo, un extraño más en medio de ellos no causaba demasiadas especulaciones.

Después de que Bea y Lillie se fueron, Josephine se deslizó de su silla y se acercó a Edén—. ¿Mamá?

—¿Si? —Usando un cuchillo, comenzó a deslizar las tartas de los moldes de la bandeja para hornear y las colocó sobre una rejilla para enfriar.

—¿Por qué no podemos regresar a casa?

Su cuchillo flotaba en el aire cuando Edén miró a Josephine. —Volveremos algún día.

—¿Por qué el abuelo no ha venido todavía? Le escribiste hace semanas.

Edén continuó colocando las tartas en el estante. Hace doce días, le había enviado una carta al abuelo diciéndole que ella y las niñas estaban bien y que se hospedaban en un alojamiento. No puso la dirección por si la carta llegaba a las manos equivocadas. La amenaza de Clifton era demasiado dura para que ella bajara la guardia, pero eventualmente le enviaría al abuelo los detalles para que él pudiera visitarlas. Ella rezó en silencio para que él estuviera bien. —Es probable que esté ocupado, ahora hace buen tiempo.

La expresión de Josephine se volvió amotinada. —El tío Charlie dijo que me enseñaría a montar en pony este verano. *Quiero* regresar.

—¿Pensé que te gustaba aquí?

—Me gusta más estar en casa. Por favor, mamá, *por favor*, ¿podemos volver?.

—Aún no es buen momento.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por que lo digo yo. —Suspirando, Edén agarró un trapo abrió la puerta del horno para revisar el pastel—. Ahora, ayúdame a sacar la ropa para planchar.

—No —respondió Josephine.

Edén cerró la puerta del horno y le levantó una ceja—. ¿Escuché bien?

—No, no te ayudaré.

—No se atreva a hablarme así, señorita. Ahora, ve a buscar la ropa o irás a la cama sin cenar.

¡Lo arruinas todo!

Edén parpadeó en estado de shock, porque Josephine no estaba de acuerdo con vivir en York, pero mientras miraba la obstinada inclinación de la barbilla de su hija, la ira se apagó. —Harás lo que te digo, señorita, o sentirás el dorso de mi mano.

—Desearía que hubieras muerto y no mi papá.

Edén jadeó—. Qué grosera eres, qué cosa más horrible decir.

—¡Eres mala y te odio! —Josephine salió corriendo de la cocina, por el patio trasero y desapareció a la vista de su madre.

—¡Josephine! —Edén la llamó, pero sabía que era inútil. La niña tendría que calmarse antes de escuchar los motivos—. Maldición.

En un ataque de frustración, Edén sacó el pastel y lo azotó contra la mesa, después de quitarse el delantal, salió a la calle y bajó el callejón. Miró a ambos lados, pero no pudo ver a Josephine, maldijo de nuevo. Las niñas a menudo jugaban en el callejón con otros niños de la calle, pero ese día no había nadie afuera, todos los niños estaban en la escuela local, a la que muy pronto entrarían sus hijas. Tenían mucho tiempo libre, era normal que Josephine se convirtiera en una rebelde. La señora Henderson, con una cesta sobre el brazo, salió por la puerta principal y la cerró detrás de ella.

Buenos días, señora Harris.

—¿Cómo está, señora Henderson?

—Bien, gracias. Acabo de regresar de las compras. Nunca se detiene, ¿verdad?

—No. —Edén sonrió—. Si ve a Josephine ¿le podría decir que regrese a cas, por favor?

—Por supuesto—. Normalmente la veo a la vuelta de la esquina mirando el escaparate del señor Abbott.

—Gracias.

La señora Henderson dudó—. Deberías pensar en llevarla a la escuela. Las autoridades

llamarán a tu puerta, si no lo haces.

—Aún no decido si nos quedaremos mucho tiempo.

—¿Oh? —La otra mujer se acercó—. ¿Volverás a casa entonces, de dónde vienes?

¿De Manchester? No, nunca regresaremos ahí. —Edén dio un paso atrás, odiando tener que mentir y sorprendida de lo rápido que las mentiras salieron a su lengua.

—¿Manchester no es así? —La señora Henderson frunció el ceño—. Pensé que Josephine me había dicho que vivían en el campo, cerca de Skipton... No puedo recordar el nombre de la aldea ahora.

Molesta, Edén se cruzó de brazos. Probablemente esta estúpida mujer había estado sacando información de sus hijas—. Bueno, buen día. Tengo que planchar.

—Buen día. Le diré a Josephine que vuelva a casa si la veo.

—No se preocupe, quizá esté con Laurence en el río. —Edén asintió y se volvió por donde había venido. No necesitaba mujeres entrometidas como Henderson difundiendo chismes. Tendría que restringir las salidas de Josephine. Tal vez ella se calmaría si el abuelo las visitara por un tiempo. Sí, ella le escribiría nuevamente, hoy, y le daría su dirección y le pediría que las visitara lo antes posible.

Se frotó la frente, cansada de preguntarse si había hecho lo correcto. ¿Había otra alternativa? Josephine no era la única en extrañar su hogar. Había un dolor dentro de su pecho del que tampoco podía deshacerse. Extrañaba a Nathan, el abuelo, a casa. Estaba cansada de ser fuerte y de preocuparse. ¿Cuándo terminaría todo?

Capítulo 14

Clifton se sentó en la silla y golpeó con su bastón el suelo—. Ahora escucha, Miller. No me gusta tener que perseguirte por noticias.

Miller se recostó en su silla al otro lado del escritorio—. Señor Clifton, le he dicho todo lo que sé.

—¡Pero has dejado de buscarla! —Sabemos que fue a York, pero la pista se pierde—. ¿Por qué no estás trabajando en eso?

—Porque su dinero se ha acabado, señor. El precio acordado me ha llevado muy lejos, y no podré hacer más hasta que no reciba más dinero.

La ira hervía en su pecho. —Te quieres aprovechar de mí, de mi dinero. No te pagaré más hasta que encuentres nuevas pruebas sobre su paradero.

Miller sacudió la cabeza y extendió las manos—. No puedo hacer más.

La frustración se sumó a la ira y la sangre llenó el rostro de Clifton, como siempre sucedía cuando estaba cerca de explotar de coraje. —¡Necesito que la encuentren!

—Y yo debo pagar mis cuentas —respondió el empleado.

Clifton se esforzó por tener paciencia, esperando llegar a un acuerdo con el astuto investigador—. Ahora, Miller, ¿seguramente podemos llegar a un acuerdo, no crees? Somos hombres razonables y te he pagado generosamente antes y lo volveré a hacer.

Miller se sentó inclinado hacia adelante, apoyando los codos sobre los papeles que cubrían su escritorio. —Señor Clifton, me contrataron por mi buena reputación para lograr resultados. Los hombres que me recomendaron son mis clientes, hombres para quienes guardo muchos secretos. Además de investigar por ellos, también investigo al cliente. —Él sonrió—. Quiero asegurarme de que recibiré todo mi pago y no profundizar en algo que pueda arruinar mi negocio, si entiende lo que quiero decir. —No tengo ningún interés en dejar a la policía fuera del juego. Entonces, como pueden ver, soy minucioso en todo. No necesito su patrocinio, ni necesito trabajar para usted, en especial desde que descubrí sus circunstancias. —Miller se echó hacia atrás con otra sonrisa de satisfacción.

Clifton sintió un escalofrío en su espalda—. No sabes nada sobre mí.

Miller movió algunos papeles sobre su escritorio y encontró el que estaba buscando—. Eres hijo de Ada y Leonard Clifton. Tu madre es hermana del fallecido Coronel Bradbury, y tu padre era un adicto al juego por lo que murió con deudas que tu tío tuvo que pagar, esto lo había hecho muchas veces durante el matrimonio de su hermana para salvar a tu padre de ir a la prisión de deudores.

—¡Es suficiente! ¡Cállate la boca! —El dolor le apretó el pecho y tuvo que apoyar una mano contra el escritorio para extraer aire de los pulmones. El bastardo, *¡bastardo!*, le rogó a Miller con la mirada que se detuviera, pero éste no hizo caso.

—Desde la muerte prematura de tu padre, algo que nunca se ha resuelto, tu tío, el Coronel, los ha financiado a ti y a tu madre para que puedan vivir con comodidades. Sin embargo, los acontecimientos recientes te han merecido el rechazo de la familia, y ya no cuentas con el dinero de los Bradbury. —Miller dejó caer la hoja de papel con una mirada de disgusto. —Entonces, dígame, señor Clifton, ¿cómo pagará por mis servicios?

Con dificultad para respirar, Clifton se puso de pie temblorosamente y tropezó hacia la puerta. El dolor en su brazo y hombro izquierdos casi lo puso de rodillas. Algo le apretaba el pecho. En

la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. —Te veré... en el infierno, señor Miller.

—Sin duda alguna, señor Clifton. —Él sonrió—. Buen día.

Con mucho esfuerzo, logró bajar la escalera de la oficina de Miller y salir a la calle nuevamente. Se apoyó contra el edificio, cerró los ojos y respiró hondo. El ruido de la concurrida calle del sur de Londres se desvaneció mientras él se concentraba en aliviar la opresión en su pecho. Pasaron varios minutos antes de que pudiera abrir los ojos y reincorporarse. Una brisa aguda silbaba por la calle, enviando remolinos de papel y basura delante de ella. El dolor no cedía, resonaba a través de su cuerpo como si hubiera sido golpeado por una docena de caballos.

Se apartó de la pared y dejó caer todo su peso en su bastón, caminó hasta el final de la calle y llamó a un taxi que pasaba para que lo llevara al club de caballeros en Belgravia. Durante el viaje, se sentó con los ojos cerrados, sintiéndose nauseabundo y deprimido. Blasted Miller. Todo era su culpa. ¿Por qué tuvo que mencionar a su padre, por el amor de Dios? Leonard Clifton no tenía lugar en su vida, nunca lo había hecho. El hombre había sido un desperdicio, y había sido el único error de la vida de su madre.

Cuando el taxi se detuvo frente al impresionante edificio de piedra blanca, bajó con cautela y pagó la tarifa. Unas pocas horas en la tranquila paz de su club lo calmarían, y una copa de dos brandy era justo lo que necesitaba en ese momento. Después de subir los cinco escalones de piedra hasta la puerta, se detuvo para descansar. Las relucientes puertas negras se abrieron y Norbert, el portero, frunció el ceño al verlo. Clifton ignoró a Norbert y olisqueó con exquisitez el aroma de los cigarros, del brandy y de la madera pulida de cera del club. La riqueza parecía exudarse de las paredes empapeladas, que se filtraba de la gruesa alfombra. Sólo en este lugar se sintió verdaderamente como en casa y cómodo.

Caminó hacia la escalera que conducía al siguiente piso, sabiendo que encontraría algunas caras amigables alrededor de una mesa de billar o en la cómoda biblioteca repleta de libros.

—Er, señor Clifton... —El tono de Norbert lo hizo callar, y se dio cuenta de que al entrar no le había dado su sombrero y su bastón.

—Lo siento, amigo mío, estoy un poco distraído hoy. —Se quitó el sombrero y se lo entregó a Norbert, que estaba vacilante.

—Lo siento, señor Clifton, pero no puedo admitirle hoy.

—¿Perdón? —Confundido, Clifton frunció el ceño y se frotó la frente. Si no lo dejaban entrar, haría un escándalo.

—Por favor, espere aquí mientras busco al señor Solomon.

Con un gemido, se sentó en una silla junto a la ventana que daba a la calle mientras Norbert se apresuraba. Estaba empezando a sentirse un poco mejor.

—Clifton, viejo amigo, qué sorpresa verte por aquí. —Johnny Radcliff lo saludó con un apretón de manos y una sonrisa—. Sabía que saldrías de eso de alguna manera. Al principio no lo creía. ¿Fue un error, no?

Se puso de pie y le estrechó la mano, sin tener idea de lo se refería el hombre. ¿Qué le pasaba hoy? —No lo sé.

—No se puede confiar en Mortimer. Cotillea peor que una anciana.

Escucha, Johnny, podrías prestarme cien libras, ¿por favor?

Radcliff frunció el ceño. —Hmmm...

—¿Cincuenta te sirven? Sabes que soy bueno para eso.

—Lo siento, viejo amigo, no tengo dinero. Tuve una mala noche en las mesas, ya sabes cómo es.

—¡Señor Clifton! —Solomon, el gerente del club, cruzó rápidamente la alfombra con dos lacayos tras él. En una acción suave, lo empujó hacia la puerta. —Me disculpo, pero

desafortunadamente no puede entrar.

Enfurecido por el maltrato, Clifton retiró el brazo de Solomon de su cuerpo—. ¿Le ruego me disculpe? ¿Qué significa eso?

Salomón estaba erguido y sin expresión. —Se le ha denegado la entrada.

—¿Por qué motivos?

—La membresía no ha sido pagada y ha tenido comportamientos inadecuados como caballero.

—¿Estas loco?

—Para nada, señor Clifton. Ahora, por favor, desaloje las instalaciones.

—¡Desde luego que no lo haré! Esto es humillante. —¿Se había vuelto loco el mundo hoy o solo él? Primero, se le había negado el crédito en la sastrería, hasta que se pagó su cuenta; su tabaquero había hecho lo mismo, después la poco afortunada visita con Miller y ahora esto.

—Le aseguro que mi información es correcta, señor.

Golpeó con su bastón el piso. —¿Quién les ha dado tal información?

—Charles Bradbury, señor, su primo.

Como si alguien le hubiera arrojado un balde de agua helada, Clifton se tambaleó. No... por favor Dios, no. Se apartó de la pequeña multitud de hombres que se habían congregado y habían sido testigos de su humillación. No podía defenderse, tenía la garganta y la boca secas. Radcliff, Mortimer, Johnstone, Rollings, todos estaban mirando, ansiosos por ver su caída. De tal padre tal hijo, dirían.

En un instante, algo se rompió en su cerebro. Se enderezó, pegó una sonrisa y, luchando contra el impulso de vomitar, los fulminó con la mirada—. Ah, algún error ridículo, estoy seguro. Charlie no se encuentra bien. Está muy enfermo, de hecho. Ha cometido un error. —Él asintió con la cabeza a todos en general, fingiendo no estar afectado. —Cherrio, Radcliff, mis buenos amigos, aléjense de las mesas. —Él sonrió como si su vida dependiera de ello, abandonó alegremente el club y bajó las escaleras. Una vez en la calle, el espectáculo terminó. Algo punzó en su pecho nuevamente pero no era un dolor, sino un nudo de furia, frío y duro como una roca.

Siempre estuvo a la sombra de los Bradbury. Tenían dinero, prestigio, un lugar seguro en la sociedad, hermosas casas y eran bien parecidos. Y él era el primo pobre. El que nunca podría estar a la misma altura que ellos, nunca podría ser como sus primos.

¿Cuánto tiempo sufriría por su culpa? Charlie decidió dejarlo sin un centavo, ¿verdad?—. Bueno, ya veremos qué pasará con eso.

Golpeando su bastón contra su bota, buscó un taxi en la calle. Los Bradbury pensaron que podrían hacerlo sufrir por lo que había sucedido con Edén, ¿no es así?, se rio profundamente. No se imaginaban lo que les esperaba a Edén y Josephine. Y no sería culpa de nadie más que de ellos, los Bradbury. Ellos lo condujeron a tales acciones. Si lo hubieran aceptado como igual, nada de esto habría sucedido. Sin embargo, ahora no había vuelta atrás.

Llamó a un taxi y esperó a que se detuviera frente a él. Cuando ingresó al interior oscuro, sonrió. Nada de esto era culpa suya y todos pagarían caro. Puede que no sea un Bradbury, pero aprenderían a no ignorarlo.

~ ~ ~

Cuando el carruaje alquilado retumbó por las puertas abiertas, Joel asomó la cabeza por la ventana—. ¡Deténgase aquí!

El conductor redujo la velocidad de los caballos y Joel bajó según lo acordado previamente. Ahora, de pie en el camino de entrada, su emoción aumentó. Sus ojos brillaron y parpadeó rápidamente. Los hombres adultos no Loran. ¡*Majors* no lloró!

—¿Conduzco hasta la casa, Mayor Bradbury? —preguntó el chofer.

Joel sacudió la cabeza—. No, dame unos minutos. —Quería ver su casa antes de llegar.

Se enderezó la chaqueta del uniforme sobre la cinta del brazo, respiró hondo y subió por el camino. Al doblar la curva, Bradbury Hall apareció a la vista y él la miró, sin molestarse en pestañear las lágrimas que se acumulaban. Él estaba en casa.

El clima cálido de finales de la primavera hizo que las flores se abrieran; los insectos revoloteaban perezosamente y las copas de los árboles se balanceaban con una brisa que no se sentía en el suelo. Al otro lado del jardín delantero, un trabajador hizo girar una carretilla.

Joel limpió sus ojos y siguió caminando. La fina grava crujió bajo sus pies, era el único sonido, además del canto de un pájaro que se oía en el bosque. Se detuvo frente al escalón que daba la bienvenida a la residencia y levantó la cara hacia el sol. Una súbita calma lo abrumaba, dispersando su nerviosismo. Hacía mucho que anhelaba ese momento. Aún no creía que ya estaba ahí.

Por un momento titubeó, antes de avanzar hacia la puerta principal. El aroma de las flores polacas y frescas impregnó su nariz, mientras que la frescura de la casa contrastaba con el calor exterior. Se puso de pie y escuchó, el reloj de caja larga marcaba la hora solemnemente, como si tuviera miedo de ser demasiado ruidoso. Miró por la escalera los retratos de los familiares fallecidos y suspiró cuando llegó a la fotografía de su papá. Sus padres habían fallecido y él no estuvo ahí para presenciarlo.

Joel hizo una mueca cuando sus botas golpearon las tablas del piso de madera pulida mientras ingresaba al salón. No le había comunicado a nadie de su llegada, pues quería sorprender a Charlie; como no había nadie que lo esperara, pudo familiarizarse de nuevo con el salón. Los recuerdos inundaron su mente. Tocó la silla con respaldo de ala en la que su padre se sentaba cuando estaba en esa habitación. La belleza de su madre le sonrió desde un retrato en la pared, que colgaba entre las dos ventanas.

Unos pasos se escucharon desde el pasillo, Joel volteó cuando Mellors entró en la habitación.

—Qué demonios.... —Mellors se quedó atónito cuando reconoció al hombre que estaba frente a él. —¿Señor Joel?

—El mismísimo. —Joel sonrió, con el corazón lleno de alegría. —¿Cómo estás, Mellors? —Dio un paso adelante ansioso por estrechar la mano del otro hombre.

—¿Por qué no nos aviso de su llegada? —Mellors agitó la mano de Joel de arriba abajo. —No teníamos ni idea, señor, ni idea.

Joel hizo una mueca cuando el movimiento entusiasta sacudió su hombro. —Quería darles una sorpresa.

—Y lo consiguió señor. —Mellors soltó su mano y giró hacia la puerta justo cuando el carruaje llegó a la puerta. —Iré por su equipaje y le informaré al señor Charlie que él....

—No, Mellors, no le digas, iré yo—, ¿Dónde se encuentra?

—Está sentado en la terraza trasera, señor, disfrutando del calor.

—¿Cómo se encuentra?

Mellors sonrió. —Estará mucho mejor ahora que estás en casa, eso lo sé.

Joel asintió y salió al pasillo. Cruzó hasta el salón delantero y llegó al conservatorio donde se detuvo y pensó en su madre que había muerto mientras estaba en África. Ella amaba sus plantas de hojas vidriosas. Tocó las hojas de una enorme palma que ocupaba la esquina de la habitación acristalada.

Afuera, un perro ladró, lo que atrajo su atención. Un cocker spaniel cruzó corriendo la terraza inferior después de una bola roja. En el extremo derecho de la terraza, Charlie estaba sentado en

una de las dos grandes sillas de mimbre, con una manta sobre las rodillas. Joel observó a su hermano, sus ojos se abrieron nuevamente cuando vio a Charlie lanzando la pelota al perro.

Por primera vez, la realidad golpeó. Charlie estaba enfermo. Desde esa distancia miró a un anciano con la alfombra sobre su regazo. Se le puso la piel de gallina. No podía perder a otro miembro de su familia, todavía no. *Tengamos algunos años juntos antes de que la horrible enfermedad se lo lleve.*

Joel no quería desperdiciar ni un minuto más, se dirigió hacia su hermano. —¿Qué es lo que veo? ¿Estás evadiendo tus responsabilidades de nuevo? Nada cambia.

Charlie se sacudió en su asiento y se giró—. ¿Perdón?

Joel sonrió y corrió hacia su hermano.

—Señor, ¿estoy soñando? —Charlie tiró la manta y se levantó. —¿De verdad eres tú?

Se unieron en un fuerte abrazo. Joel cerró los ojos ante la fragilidad de su hermano que lo abrazó, y él le correspondió con más fuerza, ignorando el dolor en su hombro.

—No puedo creerlo. —Charlie dio un paso atrás y olisqueó. —No nos dijiste nada. ¡De hecho recibí una carta tuya ayer! —Luego se puso serio y frunció el ceño ante el cabestrillo que sobresalía de la chaqueta—. ¿Qué sucedió?

—Una bala. Ninguna amenaza de vida pero fue suficiente para traerme a casa. —Joel tragó saliva y olisqueó también. Demasiada emoción en un día, no había esperado eso—. ¿Cómo están todos?

—Bien. Annabelle y su esposo nos visitarán hoy, aunque ella vive aquí por el momento pues dice que no vivirá en la casa de Carleton mientras su madre esté ahí.

—No ha cambiado ¿verdad?

—Tal vez con la maternidad lo hará.

Sus ojos se abrieron por la sorpresa. —Una niña para nuestra Annabelle. Imagina. —Él sonrió—. Seremos tíos entonces.

—Tal parece que sí. —Charlie no pudo sonreír.

Joel se sentó en la silla de enfrente y miró a su hermano. —¿Es feliz con Carleton? Siempre me agradó el hombre y sentí que era un buen prospecto para ella, a pesar de las protestas de nuestro padre. Las cartas que envió durante su luna de miel hablaban mucho de los lugares que había visto, pero no de ella.

—Annabelle se ha dado cuenta que las acciones impulsivas tienen consecuencias. Te hablaré más tarde sobre ese tema.

Frunciendo el ceño, Joel jugueteó con su manga vacía escondida en su chaqueta. Detestaba que no le contaran las cosas. Charlie parecía rígido e incómodo. Había un aire de inquietud en el lugar. Él suspiró. ¿Honestamente, él esperaba que todo fuera como antes? Una vez más, miró alrededor de la casa y los jardines, reafirmando los recuerdos, los vínculos, el amor que sentía por la finca.

—Me alegro de que estés en casa. —Charlie sonrió—. Perdona mi mal humor. No he dormido bien.

—Es bueno estar de vuelta. Un poco extraño, pero bueno de todos modos.

—Estuviste fuera por mucho tiempo.

—Sí, pero había una guerra.

—No solamente en África. —Charlie miró a Mellors que cruzaba el césped con una bandeja de té—. Me leíste el pensamiento, Mellors.

—Como lo mencione antes, es mi trabajo, señor Charlie. —Él sonrió y colocó la bandeja sobre la pequeña mesa de hierro forjado al lado de las sillas. Vertiendo el té, Mellors miró a Joel—.

Estoy ventilando y preparando su habitación, señor—. Yo me encargaré, personalmente, de desempacar su equipaje.

—Gracias. —Joel tomó su taza de té, dejando el platillo, y se reclinó hacia atrás, sorbiendo de la mezcla de té. Una vez que Mellors se fue, Joel analizó a su hermano, notando la palidez de su piel, las sombras debajo de sus ojos. El cabello de Charlie se había adelgazado y comenzó a retroceder. ¿Era su salud la batalla a la que se refería ahora?

—Estoy muy cambiado, ¿no es así? —Charlie sonrió con ironía y dio unas palmaditas al perro que jadeaba junto a su silla.

—Pienso que todos lo hemos hecho.

—Algunos más que otros.

Joel contempló los jardines hacia los establos y, más allá, el bosque. ¿Dónde estaba ella? —La he echado mucho de menos. Has tenido que cargar con la preocupación y lo siento. Pero ahora estoy en casa otra vez, no quiero que pienses que te apartaré y haré todo a mi manera. Quiero que estés junto a mí, que seas mi compañero.

—Para ser sincero, Joel, ya no quiero hacerlo. Estoy cansado. La finca es tuya. Todo es tuyo. Sólo quiero vivir los años que me quedan en plena felicidad.

Joel miró a su hermano, al cansancio de sus ojos. Había visto hombres muertos y moribundos demasiadas veces y no hablaría con Charlie de que viviría para llegar a ser un hombre viejo. Ambos sabían lo contrario—. Entonces felicidad y tranquilidad es todo lo que tendrás. Lo prometo. Iremos a montar a caballo y a pescar, y haremos todo lo que solíamos hacer.

—Parece que fue hace toda una vida cuando estábamos todos juntos y felices. —Charlie revolvió su té—. Han pasado muchas cosas. No sé por dónde empezar.

—Sé que tengo que ponerme al día con los últimos siete años, pero sus cartas me han ayudado a mantener fuertes los lazos con el hogar.

Charlie bajó la cabeza. —No hice un buen trabajo, Joel. No los cuidé como tenía que hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—A mi padres, Annabelle, Edén... me siento responsable.

—No digas tonterías. Hiciste lo que estaba en tus manos. Mi madre tenía cáncer, mi padre tenía neumonía, y en cuanto a Annabelle, que se casó con un hombre que mi padre no quería, ¿qué importa ahora?, ella siempre ha sido obstinada.... —Sus palabras se secaron cuando Edén le vino a la mente.

—Hay mucho que no sabes.

—Naturalmente —¿Alguna vez ella pensó en él?

Charlie colocó su taza de té sobre la mesa, intacta. —¿Qué piensas hacer ahora que estás en casa?

—Eso depende en gran medida de cómo mejore mi hombro.

—La finca te necesita. No puedo darle la atención que requiere. Algunos días no tengo energía para levantarme de la cama y en invierno estoy prácticamente encerrado en casa.

—Trabajaremos juntos, nos repartiremos la carga. —Joel sonrió.

—No —respondió Josephine. Charlie se enderezó. —Ya he tenido suficientes preocupaciones, responsabilidades. Ahora te toca hacerte cargo. Debes lidiar con eso.

—Por supuesto. No quise decir....

—Eché a Clifton, fuera de la casa y sin ningún centavo.

Joel miró y colocó cuidadosamente su taza de té junto a la de Charlie. Los pelos de la nuca se erizaron. Algo andaba muy mal, demasiado mal—. Cuéntame.

Charlie se frotó la frente. —No es sencillo decirlo.

—Entonces, dilo y termina de una vez.

—Clifton violó a Edén. Josephine es producto de esa violación.

Las palabras retumbaron en su cabeza, no podía aceptarlo. Clifton violó a Edén. Josephine es su hija. Una y otra vez las palabras fueron, burlándose de él, apuñalándolo. Tomó el brazo de la silla de mimbre. Le costaba trabajo respirar. Su querida niña... ¡ *El bastardo!*

—Joel. ¿Joel?

Aturdido, miró a Charlie, que se inclinó sobre él con preocupación en sus ojos.

—Lo siento, Joel, no debí haberlo dicho así. —Charlie se giró y gritó a Mellors.

Joel cubrió su rostro con una mano. Su estómago se revolvió; bilis rosa.

—¡Mellors! —Charlie palmeó la espalda de Joel—. Necesitas un brandy. Lo siento, Joel, en verdad lo siento.

Joel estaba tan sumergido en sus pensamientos que apenas pudo notar que Mellors atravesó el jardín, corriendo, con una bandeja en la que llevaba los dos brandis. Joel tomó de un trago el primer brandy, necesitaba sentir el fuego arder en su garganta, para quemar la noticia que había recibido. El segundo brandy lo ayudó a concentrarse, a pensar, a sentir—. Lo mataré.

—¡No!—Charlie se sentó en la silla y lo enfrentó—. No, no irás a la cárcel por su culpa. No te perderé por segunda vez. Involucraremos a la policía si es necesario. También ha violado a las sirvientas. Pueden testificar contra él.

—Lo mataré, Charlie.

—Joel, escúchame.

Se puso de pie bruscamente, la sangre corría con fuerza por sus venas, su corazón latía contra sus costillas. ¿Cuántos bóers, hombres defendiendo lo que creían, había matado? Hombres que tenían esposas e hijos. Había matado hombres porque la palabra ‘guerra’ había estado sobre sus cabezas, porque había sido entrenado para hacerlo sin pensar, se esperaba que lo hiciera. Sin embargo, todo ese tiempo, un hombre, un monstruo, había hecho cosas terribles dentro de su propia casa y había quedado impune. ¿Dónde estaba la justicia?

Una furia salvaje lo invadió. Pateó la mesa, tirando el servicio de té y los vasos de brandy sobre la hierba. El perro gritó y corrió detrás de la silla de Charlie. Joel maldijo violentamente, diciendo cada palabra sucia que conocía y quebrándose. En su frenesí, pateó la silla con torpeza, el resultado hizo que su hombro se sacudiera. El dolor lo dejó sin aliento. Se agachó sobre la hierba, usando su brazo bueno para prepararse y aspiró aire.

—Joel.

Lentamente se giró y miró a Charlie, cuya expresión reflejaba el dolor que le retorció las tripas. Dios mío, Charlie. Edén...

—Lo sé.

Mellors se aproximó para ayudarlo a levantarse—. Entremos a la casa, señor.

Joel se volvió hacia Charlie. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Hace mucho que me desconozco. —Se pasó la mano por el pelo—. Es un desastre. Entra y te contaré.

—La amo. —Ahí, finalmente lo dijo en voz alta después de todos estos años.

—Lo suponía.

—Siempre la he amado. —Sus ojos estaban llenos de lagrimas que no se derramaban. Tragó varias veces saliva para aliviar la constricción en su garganta. —Debí quedarme, no haberle hecho caso a mí padre y quedarme en casa para protegerla.

—No podemos retroceder el tiempo. Siempre supiste que servirías alguna vez en el ejército, papá lo quería de esa manera, lo esperaba. Además, ¿cómo íbamos a saber que Clifton tal cosa?

Su estómago se revolvió nuevamente ante la idea—. ¿Nathan, su esposo, era buen hombre?

Charlie le sonrió. —La adoraba, eso hacía. Murió por culpa de Clifton. Si se hubiera alejado de ellos, Nathan no habría entrado en ese río.

—¿Dónde esta ella?

—Se fue. Clifton no dejaba de amenazarla, especialmente cuando descubrió que Josephine era suya. Así que se marchó un día, sin decírselo a nadie, para esconderse.

—¿Ni siquiera su abuelo sabe dónde está?

—No. Aunque él dice que lo contactará una vez que se establezca en un sitio, pero no sabemos cuándo será eso y tampoco si ella le dará su dirección.

—¿La han buscado?

—Sí. Contraté a un hombre, el señor Cole, trabajando en eso ahora. Él cree que ella se fue a York en tren. El jefe de estación la reconoció. Cole está buscando York mientras hablamos.

—Entonces iré a York también. —Se dirigió hacia la casa.

—Aguarda. —Charlie lo alcanzó y entraron juntos a la casa. —Él vendrá por la mañana con las últimas noticias. Será más fácil para ti encontrarla con la información que nos de. Además, después de todos tus viajes, necesitas una comida decente y una buena noche de descanso.

—No podré descansar ahora, Charlie.

—Y tampoco será que te vayas en ese estado. Sabes que tengo razón. Además, Annabelle estará en casa pronto. No puedes irte sin verla.

—Supongo —dijo Joel. El pensar en Edén sola, con sus hijas, asustadas sin conocer a nadie y sin ayuda, les partió el corazón a ambos. Tenía que encontrarla.

Capítulo 15

Horacio se apoyó sobre su palo, una estaca larga de tomate, y se inclinó para sacar una hierba del lecho vegetal. Las gallinas corrían a su alrededor, ansiosas por picotear las larvas y los insectos que molestaba mientras trabajaba en el jardín. El sol calentó su espalda, una espalda que ahora le dolía después de una hora ordenando el jardín, plantando semillas y rastrillando el estiércol en el suelo.

Se miró las manos sucias y granuladas. Tendría que lavarse pronto, ya que Barney estaba por llegar para conversar y compartir una botella de cerveza. Desde la partida de Edén, Barney se había encargado de visitarlo todas las tardes para ver cómo estaba. Horacio sonrió. La visita de Barney era lo más destacado de su día. La cabaña estaba sola sin las chicas y, por primera vez en su larga vida, Horacio vivía solo.

Golpeó la carta doblada en el bolsillo de su camisa; la invitación de Edén para que las visitara en su nueva casa. Quería ir, y planeó hacerlo, pero primero vería al señor Charlie y se lo haría saber. Con suerte, Charlie podría acompañarlo, y podrían ir en su carro, lo que sería mucho mejor que un ruidoso tren lleno de extraños. Él suspiró. A pesar de querer ver a sus niñas, la idea de viajar a York no le agradaba. Era demasiado viejo para andar galopando y sus piernas no aguantaban trayectos largos.

Muy en el fondo esperaba que Edén regresara y lo visitara, incluso por solo un día, pero estaba siendo egoísta. Aunque Clifton había sido expulsado de la finca, no podían arriesgarse a que ella volviera a casa.

Una explosión vino desde el interior de la cabaña. Miró por encima del hombro hacia la puerta trasera. Su oído no era tan bueno en el mejor de los casos. Un pájaro salió detrás de la leñera y Horacio bostezó. El clima cálido y el trabajo del día lo habían agotado. Tomaría una siesta antes de que Barney llegara, y después podrían ir por una cerveza. Earnshaw a menudo lo acompañaba a casa y si no, lo dejaba dormir en una de sus camas desocupadas.

Otro ruido salió de la cabaña, esta vez más fuerte. Horacio se arrastró por los estrechos senderos entre los lechos de vegetales hasta la puerta de atrás. ¿Había dejado la tetera sobre la encimera? ¿Era un pájaro que revoloteaba? Por primera vez pensó en tener un perro. Le haría compañía y le haría saber si había alguien por la noche. Los cazadores furtivos a menudo le robaban gallinas, cuando no conseguían dinero.

El sonido de una pelea se escuchaba en la puerta trasera; él tuvo que detenerse y acostumbrarse a la penumbra del interior. En el otro extremo de la cabaña, cerca de la puerta principal, una persona le daba la espalda. En silencio, el abuelo dio unos pasos más. Echó un vistazo al cuchillo de cocina sobre la mesa. No, él no haría eso. No quería terminar su vida encerrado en una celda. —¿Puedo ayudarte?

El desconocido se dio la vuelta sobresaltado a Clifton. —Ah, viejo. No te escuche entrar.

Horacio miró el desastre que Clifton había hecho en el tocador. —Con qué has estado revisando mis cosas, ¿eh?

Una sonrisa maliciosa transformó el rostro de Clifton. —Bueno, ahora que estás aquí no tendré que buscar más, ¿verdad?

—Lo que sea que busques, no lo tengo, o si lo tengo, no me separaré de él. Así que vete.

Me iré cuando esté listo. Clifton contempló la sala de estar y la cocina, luego la escalera del desván. —¿Ya has hablado con ella?

—No.

—No te creo. —Clifton tomó un retrato de Edén de la repisa de la chimenea. —No me iré hasta que tenga lo que vine a conseguir.

—No tengo lo que buscas.

—Mi querido amigo, ¿en serio crees que soy tonto?

Horacio apretó la estaca del jardín con más fuerza. —¿Un tonto?, no, pero sí una basura que necesita un látigo de caballo, eso sí.

Los pequeños ojos de Clifton se estrecharon; sus labios se torcieron en una cruel mueca. —No te interpondrás en mi camino. —Con un puñetazo tiró los contenidos de la cómoda al suelo.

El corazón del abuelo latía con fuerza mientras miraba los platos rotos que su esposa había coleccionado a lo largo de los años; éstos, y sus pañuelos bordados eran todo el recuerdo que quedaba de ella desde que murió hace doce años. Lentamente levantó la mirada hacia Clifton. —Destroza todo. ¿Qué me importa? Pero nunca sabrás dónde se encuentra.

Clifton cruzó el desorden, rompiendo porcelana bajo sus botas. Se detuvo a un pie de Horacio y lo fulminó con la mirada. —Si no me das su dirección, romperé todos los huesos de tu cuerpo.

—No me asustas. Te recuerdo como un niño malo que se convirtió en un hombre sin escrúpulos disfrazado de caballero.

Su reacción fue demasiado lenta que no pudo evitar el revés que Clifton le dio. Tropezó contra la mesa de la cocina y se sostuvo de ésta con una mano, mientras que con la otra tomó la estaca para defenderse, su mirada se nubló.

—¿Dónde está ella, viejo? Lo sabes y me lo vas a decir.

¿Crees que soy senil? Horacio trató de concentrarse en la figura borrosa, parpadeó, pero su vista permaneció desenfocada. —Prefiero morir a decirte dónde está.

Horacio cayó de rodillas tras el puño que Clifton le dio en su estómago. Sus pulmones no funcionarían. Jadeó, tambaleándose de dolor. Clifton lo arrastró como si el abuelo no pesara, lo golpeó en la cara. Por un momento todo se volvió negro. Horacio se cayó contra la mesa y luego al suelo.

Horacio sentía el dolor por todo su cuerpo. La bota de Clifton golpeó su estómago, con la estaca, con la que el abuelo había trabajado, lo golpeó en la cabeza y en la espalda. Parecía que el infierno había abierto sus puertas, ya nada podría ser peor. Viles maldiciones y saliva volaron sobre su cabeza mientras la furia de Clifton continuaba. No tenía sentido tratar de protegerse del loco, su cuerpo se había rendido, su mente se estaba cerrando lentamente.

Como una muñeca de trapo, Clifton lo agarró por la camisa para levantarlo de nuevo, pero su atención se dirigió a la carta, que ahora sobresalía del bolsillo de su camisa.

—¡Ahí está! —Clifton lo dejó caer y agarró la carta.

—No.... —No pudo respirar. Oh, Señor bendito...

—Gracias, amigo. —Clifton sostuvo la carta en alto, sonriendo con satisfacción. —Y con suerte estarás muerto antes de que alguien te encuentre.

Horacio, casi ciego, luchó contra la sombra de sus ojos, al tiempo que Clifton abría la carta de Edén.

Clifton hizo una pausa y miró a su alrededor. —No debería dejar rastro.

El frágil control de la vida de Horacio se desvaneció cuando Clifton encendió un fósforo y lo aventó hacia las cosas que yacían en el piso

~ ~ ~

Joel paseó por el piso del salón mientras Mellors acompañaba al Sr. Cole a la puerta. Tenía que

pensarlo. ¿Qué haría él en lugar de Edén?

—¿Entonces que deberíamos hacer? —Annabelle se sentó en una silla junto a la ventana, con su esposo callado parado detrás de ella.

—Ve a York, obviamente. —Joel frunció el ceño.

Charlie, sentado en el sofá, cruzó las piernas. —Cole dijo que tocó todas las puertas en un radio de dos millas a partir de la estación. Si todavía estuviera en la zona, la habría encontrado.

—No ha buscado en todas las calles, en todas las casas de York, Charlie —se burló. —Pudo haber pasado desapercibida con facilidad.

—¿Y si no está en York? —Annabelle suspiró. —¿Y si se subió a otro tren o carro y se fue a otro lugar? ¿Cómo la encontraremos entonces?

Joel no quería pensar en eso. —Intenta recordar, Bella, ¿Edén mencionó, en algún momento, un lugar al que le gustaría ir?

—No, no que yo recuerde. Siempre estuvo muy a gusto aquí. —Ella torció sus dedos en su regazo. —No recuerdo ningún lugar específico que ella haya mencionado.

—Esto no fue planeado, Joel. —Charlie suspiró. —Se fue por impulso, para escapar. Iría a una ciudad para esconderse entre las multitudes.

Mellors regresó y se quedó en la puerta expectante. Joel asintió con la cabeza. —Empaca mis cosas, por favor, y envía un carruaje.

—Como usted ordene, señor.

—Empaca mis cosas también. —Charlie se levantó y miró a Joel. —No te dejaré solo esta vez.

Joel puso su mano sobre el hombro de Charlie—. Está bien. Gracias.

Annabelle se levantó enfadada. —No me están tomando en cuenta. Mellors, dígame a mi mucama que empaque mis cosas también.

—Querida —Carleton la agarró del codo—, ¿no estás pensando en ir?

—¡Puedo y lo haré! —Ella lo fulminó con la mirada, levantando inquisitivamente la ceja. —¿Me acompañarás o tienes otros asuntos más importantes que atender?

Se sonrojó pero se puso de pie. —Está bien, te acompañaré.

Su actitud se relajó. —Gracias. —Ella extendió su mano y sostuvo la suya. —Significa mucho para mí.

Carleton besó su mano, con sus ojos llenos de amor. —Entonces es importante para mí también.

Todos voltearon a la puerta cuando Mellors regresó corriendo, con los ojos muy abiertos—. Señores, se reporta un incendio. Barney dice que proviene de la cabaña de Horacio Morely.

Joel y Charlie se miraron; luego Joel saltó hacia adelante. —¿Ya sacaron el barril de fuego y la bomba?

Mellors lo siguió y salieron corriendo de la casa. —Sí, Mayor. Barney lo pidió de inmediato.

Varios empleados salieron corriendo por el campo para dirigirse al bosque. A pesar de que no podía esforzarse por su hombro, Joel los alcanzó en el bosque. El olor a humo se hizo más fuerte a medida que se acercaban a la cabaña. Se oyó el sonido de las llamas crepitantes pero aún no podían ver nada.

Más adelante, un grupo de hombres bombeaban la manija del gran barril, sobre un carro plano, construido específicamente para apagar incendios de emergencia. Gritos y gritos vinieron de un grupo de hombres más allá de la bomba y Joel empujó a través de la multitud para ver mejor.

Barney salió a trompicones por la puerta de la cabaña, arrastrando a Horacio. Joel y otros dos hombres corrieron a ayudar y juntos lo levantaron y lo recostaron sobre la hierba. Detrás de ellos se escuchó un silbido, las tejas del techo de madera se derrumbaron, permitiendo que las llamas rugieran hacia el cielo.

—¡Horacio! —Barney se arrodilló y tocó las mejillas hundidas del viejo, pero no hubo respuesta.

Joel se inclinó hacia su pecho para saber si su corazón aún latía, luego colocó su rostro cerca de la boca de Horacio, para sentir su aliento. Nada. —Está muerto.

Barney se echó hacia atrás, con la boca abierta, negando los hechos.

Los moretones en la cara de Horacio, el ojo hinchado y el labio cortado, llamaron la atención de Joel. —Lo golpearon.

—Señor, deberíamos alejarnos. —Un trabajador se acercó a él. —No podemos contener el fuego. Está fuera de control.

Asintiendo, Joel les indicó que se retiraran, que se alejaran del peligro. El techo estaba envuelto en llamas, el humo salía por la puerta principal y se filtraba por las grietas en las paredes. Observó la cabaña, la casa de Edén, el único lugar, aparte del bosque, que ella pertenecía.

—¡Joel!

Se volvió y frunció el ceño al ver a Charlie, Annabelle y Carleton caminando por el sendero del bosque. Se paró frente al cuerpo de Horacio para que Annabelle no se acercara, pero ella lloró y corrió a su alrededor para arrodillarse junto al abuelo de Edén.

—Oh, pobre abuelo. —Ella le limpió la mejilla con ternura y una lágrima se deslizó de sus pestañas. —Era un hombre muy querido. —Su mano revoloteó y frunció el ceño. —¿Por qué se ve....

—Fue golpeado, Bella —murmuró Joel.

Con sus manos sobre su boca, sofocó otro grito. —¿Por qué? ¿Por qué alguien querría hacerle esto? Él era un hombre mayor. ¿No podría haber lastimado a nadie?

Charlie, después de recuperar el aliento por la caminata, sacudió la cabeza. —Horacio golpeado, la cabaña en llamas. Esto no fue un accidente.

—No. —Carleton, con sus ojos azules llenos de preocupación, ayudó a Annabelle a levantarse y la abrazó. —Regresemos a la casa. No hay nada que se pueda hacer.

Joel elogió a los hombres y les dijo a la mayoría de ellos que regresaran a sus labores.

—¿Señor? —Barney, con los hombros inclinados, volvió a mirar a su viejo amigo. —¿Me permite su permiso para organizar el funeral?

Joel se frotó la frente pensando. —Por supuesto. Organice el funeral y envíeme todas las facturas. Te encargarás de ello. Asegúrate de que tenga una buena despedida. —Era lo menos que podía hacer por Edén. Se dio la vuelta cuando Barney puso su chaqueta sobre el cuerpo de Horacio, y se unió a la familia de regreso a casa.

Una vez en la mansión, se sentaron y guardaron silencio mientras Mellors les servía brandy a todos. Carleton tomó la mano de Annabelle. —No creo que debas ir a York hoy. Deberías descansar.

—Estaré bien. —Ella le sonrió. —Edén necesitará una mujer a su lado cuando se entere de su abuelo. Señor, la extraño tanto.... —Ella sorbió su brandy y miró a Joel. Ahora está completamente sola en el mundo. —No tiene otro pariente vivo.

—Nos tiene a nosotros. —Charlie arrojó un gran bocado del líquido ardiente. —Ella siempre nos tendrá. Somos su familia.

Incapaz de quedarse quieto, Joel se tragó lo último de su brandy y dejó el vaso. Por la ventana vieron que el carruaje los esperaba. —¿Estamos listos para partir?

~ ~ ~

Edén se sentó a la mesa de la cocina cortando zanahorias y nabos. Miró a Josephine, que se negó a cepillarse el pelo y atarse los cordones de las botas. Cogió un puñado de verduras, las dejó caer en la olla que ya contenía carne de res, caldo y papas. —¿Irás a la escuela así?

—Sí, no me importa. —La expresión de Josephine era rebelde. —Odio esa escuela.

—Odias todo.

—Quiero volver a mi vieja escuela. ¿Por qué no podemos ir a casa con el abuelo?

—Lo haremos, pero aún no.

—¡Eres mala!

Ella ignoró las palabras de su hija. —Arréglate por favor.

—No.

Edén tomó otra zanahoria y comenzó a picarla. —No volveré a discutir contigo. Ve a la escuela así, si te agrada.

La actitud de Josephine se suavizó. —¿Puedo quedarme en casa y ayudarte? Trabajaré todo el día, lo prometo. Necesitas ayuda ahora, la señora Prim está en cama otra vez.

—Tienes que ir a la escuela. Es la ley. —Más zanahorias entraron en la olla. —¿Por qué siempre tienes que quejarte? Lillie se va sin quejarse.

—¡Lillie es una bebé!

Edén cerró sus ojos y rezó por paciencia. —Por favor, sólo ve a la escuela, Josephine. No tengo energía para pelear esta mañana. —Había despertado muy temprano para comenzar las labores del hogar. Se levantó y colocó la olla sobre la estufa. —Ve a buscar a tu hermana, es hora de irnos. ¿Dónde está Laurence? Tendrá que caminar hoy, tengo mucho que hacer. —Usando su muñeca, se echó el pelo hacia atrás y avivó el fuego de la estufa.

Ayer, Bea se cayó por las escaleras mientras cargaba un pila de sábanas y se lastimó el tobillo. Bea protestó porque aún podía cargar el montón de sábanas, pero su tobillo se había hinchado tanto que no podía soportar nada, por lo que Edén insistió en que se quedara en la cama el resto del día. Por suerte, habían acogido a cuatro inquilinos más esa misma mañana y ahora la casa estaba llena de cinco hombres que cuidarían del sitio tan bien como ellas. Bea necesitaba más personal, o al menos alguien que viniera y lavara una vez por semana. Cocinar y lavar era muy pesado para una sola persona, además se necesitaba hacer limpieza, ir de compras y muchas cosas más, que a Bea la agotaban.

—No iré.

Se volvió hacia su hija, que estaba llena de altanería. —No empieces, te lo advierto.

Laurence, alegre como siempre, entró rápidamente en la cocina sosteniendo la mano de Lillie. —¿Nos vamos al colegio?

—Sí, Laurence. Lleva a las chicas a la escuela y luego regresa a casa directamente. ¿Entendiste? Necesito tu ayuda hoy, así que no puedes ir al río hasta más tarde.

Él frunció el ceño. —¿No habrá río?

—No, hasta después de que me ayudes.

Edén se despidió de ellos en el escalón, tratando de no enojarse por la actitud grosera de Josephine. Sus discusiones cada día se volvían más agotadoras. Ella se apoyó contra la puerta cerrada. Si Nathan hubiera visto a Josephine irse en ese estado, se habría enfadado, pero Edén ya no quería pelear con ella. Ella secó las lágrimas de sus ojos. Llorar era ser indulgente. No había tiempo para llorar, sólo para dirigir un hogar.

Josephine esperó hasta que doblaron la esquina, y Lillie se adelantó, antes de tomar la mano de Laurence y sonreírle con dulzura. —Vamos al río, Laurie.

Él la miró con el ceño fruncido. —No... hoy no hay río. Dijo tu mamá.

—Mamá no tiene por qué enterarse. —Ella se detuvo y tiró de su mano. —Podemos contar los barcos.

—Hoy no hay río.

—Veamos las tiendas entonces. —Ella sonrió, sabiendo que a él le gustaba mirar a través de los escaparates de los productos en exhibición.

Se rascó la cabeza. —Deben ir a la escuela.

—Llevaremos a Lillie a la escuela y luego iremos a las tiendas, ¿de acuerdo?

Laurence vaciló confundido. —¿Tiendas?

—¿Tienes algunas monedas?

Buscó en los bolsillos de sus pantalones y sacó unas monedas.

—Podemos comprar algunos dulces.

—¡Dulces! —Él sonrió. —¿Miel de caramelo?

—Tal vez. —Josephine asintió, sabiendo que había ganado. Alcanzaron a Lillie y entraron por las puertas de la escuela. Una vez que Lillie se reunió con sus amigos, Josephine agarró la mano de Laurence nuevamente y se alejaron. —Rápido, no pueden verme.

Se perdieron entre la multitud de personas que trabajaba en la ciudad, riendo alegremente. El adictivo placer de la libertad no pudo borrar la sonrisa del rostro de Josephine. Durante horas, ella y Laurence miraron los escaparates de las tiendas, deambularon por las calles y comieron dulces hervidos de una bolsa que compró Laurence.

Legaron al río al mediodía. Caminaron por la orilla de la ciudad, lejos de las barcazas y los muelles, hacia el campo. El brillo del sol contrastaba con el azul claro del cielo; el olor a hierba y a flores, que se expandía a lo largo de las orillas, reemplazó el hedor de la ciudad.

Cansada, Josephine se dejó caer sobre la espesa hierba que se inclinaba hacia el agua, sobre su hombro, el sol acariciaba York. —Estoy sediento

—No beber —dijo Laurence, quien extendió las manos hacia el agua antes de acostarse a su lado. Rodó sobre su espalda, cruzando los brazos debajo de la cabeza. Él sonrió, entrecerrando los ojos a la luz del sol. —Descanso.

Ella sonrió y copió su pose. El sol era su cobija y la hierba su suave cojín. Ella bostezó y se acurrucó más cerca de Laurence.

Josephine se despertó sobresaltada. Parpadeando, se sentó, el sol se ocultaba detrás de las colinas y se estremeció con el aire de la tarde. Volteó, su corazón dio un vuelco. Laurence ya no estaba ahí.

Asustada, ella buscó en el llano. —¡Laurie! ¡Laurie! —Bajó a la orilla del agua y miró a ambos lados. No había nada. ¡La había dejado! Corrió a lo largo de la cima del llano, siguiendo el río de regreso a la ciudad. Se lanzó a través de los muelles, evitando las sombras proyectadas por el sol poniente. Un trabajador la saludó, pero ella lo ignoró y siguió adelante, sosteniendo la puntada en su costado.

Entró en pánico, caminó por las calles empedradas y se detuvo. Nada parecía familiar. Comenzó a llorar. Ella quería a su mamá. ¿Cómo llegaría a casa con su madre? Salió de nuevo por una larga calle y giró a la derecha al final. La siguiente calle tenía tiendas, pero ninguna que ella conociera. No eran las tiendas a las que iban su madre o la señora Prim, tenían letras doradas pintadas en sus toldos y asistentes que se encontraban en la entrada para abrir la puerta a los clientes.

Ella siguió corriendo, las lágrimas nublaron su visión, golpeó a un caballero y cayó de rodillas.

—¡Por qué, digo! —Él se inclinó y la ayudó a levantarse, pero ella se apartó y siguió corriendo. Le sangraban y le picaban las rodillas, lo que aumentaba su llanto. Tenía que llegar a

casa.

Del otro lado del camino, Clifton estaba bajando de un taxi. Había visto a la pequeña tirada en el suelo y algo en su rostro llamó su atención. Actuando por instinto, volvió a subir a la cabina y le gritó al conductor que siguiera a la niña.

Capítulo 16

Edén paseaba por la cocina, con los brazos alrededor de su cintura. De nuevo, miró por la pequeña ventana hacia la creciente oscuridad del exterior. ¿Dónde se encontraba Josephine?

Laurence se movió en su silla, Edén estaba furiosa con él por haber dejado sola a Josephine, y no recordar en dónde.

Bea, que había bajado las escaleras, cojeando, debido a los gritos de Edén, se sentó a la mesa. Había escuchado la historia y cuando los hombres llegaron del trabajo les habían pedido que salieran inmediatamente a buscar a Josephine, por lo que Edén estaba agradecida. Bea sirvió más té. —Probablemente el pequeño bribón está haciendo esto a propósito.

Apretando los dientes, Edén la miró fijamente. —Ella no se quedaría fuera hasta tarde.

—Ella es retadora.

—Laurence no debió dejarla. —Edén miró con ira al joven, en ese momento lo odiaba por su discapacidad. —¡Sal y búscala! Ve a todos los lugares que visitaste hoy. ¡Vamos!

Alarmado, Laurence miró a su madre. —¿Mamá?

—Edén, en serio tranquilízate. Estás muy exaltada. Todos los inquilinos la están buscando. Revisarán a lo largo del río y buscarán en las calles. Laurence no va a salir ahora. No servirá de nada.... —Bea cogió una taza de té. —Apuesto a que los hombres llegarán en cualquier momento y Josephine vendrá con ellos.

—¿Y si no lo hacen? ¿Y si le pasó algo? ¿Y si cayó al río? —espetó ella, pensando en escenarios terribles. —¿Y si fuera Laurence allá afuera?

—Para empezar, ella debió haber asistido a la escuela, como se lo ordenaste. Esa chica es muy voluntariosa. Necesita un correctivo. No entiendo por qué la dejaste salir si sabes cómo se comporta.

—No me digas cómo educar a mi hija. —La ira se apoderó de ella, sustituyendo la preocupación.

—No quiero que culpes a Laurence por su descuido. Te digo que lo hace para asustarte. —Ella sólo quería regresar a su casa, de eso se trata.

—No podemos regresar.

—¿Por qué? —preguntó la señora Prim. Su expresión se volvió sospechosa. —Todo este tiempo he sido prudente pero si estás en problemas quiero saberlo. ¿Estás huyendo de la ley?

—¡No!

—Bueno, algo no está bien, lo sé. No quiero meterme en problemas, así que si me ocultas algo, empaca tus cosas y vete.

Edén palideció. —No he hecho otra cosa que trabajar arduamente en esta casa.

—Sí, y a cambio de eso te he dado comida y un techo donde dormir.

—Y yo cuide del hogar mientras estuviste en cama —gritó. —Todo lo que hemos recibido ha sido por mi trabajo. Tienes huéspedes gracias a mí. ¿Qué esperabas, que mientras estabas acostad, Laurence dirigiera la casa? ¡Piensa un poco! —Edén se retiró para no decir nada más de lo debido. A pesar de que todos los inquilinos deambulaban por las calles en busca de Josephine, ella no podía quedarse de brazos cruzados.

—¿Ma? —Lillie, con los ojos muy abiertos y asustados, deslizó su mano sobre la de Edén. —¿Puedo acompañarte?

—No, pequeña. Quédate con la señora Prim. —Edén besó su mejilla y miró a Bea, esperando

que ella cuidara de Lillie. —Tengo que ir a buscarla.

Bea asintió con simpatía y disculpa en sus ojos. Le tendió la mano a Lillie. —Ven aquí, pequeña, te leeré una historia.

Cubriéndose con un chal, Edén salió de la casa, se apresuró hacia el callejón oscuro y corrió hacia la calle. Un hombre, uno de los vecinos, paseaba silbando y ella le preguntó si había visto a Josephine. Él le dijo que no. Una joven caminaba a casa con una cesta de mercancías. Edén le hizo la misma pregunta y recibió la misma respuesta.

Edén se levantó las faldas y corrió calle abajo, mirando todos los callejones y pasillos, gritando el nombre de Josephine. Varias veces corrió a tocar las puertas de los vecinos y les preguntó si la habían visto. No lo habían hecho, y les habían dicho a los inquilinos lo mismo.

Se paró en medio de la calle oscura y se sintió completamente sola. No podía perder a su hija. ¿No había sufrido lo suficiente?

Agarró de nuevo su falda y corrió calle abajo. Fue a la policía, para que también la buscaran. Dobló la esquina y se estrelló contra un niño, que gritó. Ambos cayeron al suelo de un golpe.

—¿Josephine! —Edén se arrodilló hacia ella y la abrazó. —¿Dónde has estado?

—Mamá. —Josephine sollozó en su pecho.

Se sentaron en la calle, meciéndose y llorando.

Edén tomó la cara de Josephine en sus manos. —Nunca vuelvas a hacer esto, ¿me oyes? ¡Jamás!

—Lo siento. Me perdí. —Las lágrimas habían surcado su cara sucia.

—Estuve muy preocupada. —Edén suspiró de alivio y se secó las lagrimas.

—Laurence me dejó en el río.

—Lo conoces. Sabes que no podemos confiar en que haga algo bien, pero la culpa no es sólo de él. Hiciste mal al no ir a la escuela. Debería azotar tu trasero, mi niña.

—¿Podemos regresar a casa con el abuelo? Por favor, mamá, *por favor* Me portaré bien si nos vamos de este lugar.

—Todavía no es el momento para regresar, pero le escribí para que venga a visitarnos. —Edén se puso de pie y ayudó a Josephine a levantarse.

—No es lo mismo. Extraño mi casa.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Edén paró un taxi que se encontraba al final de la calle, mientras cargaba a Josephine, quería asegurarse de que estuviera a salvo.

—Tengo hambre. —Josephine se sorbió la nariz.

—Tu cena está en el horno, la dejé ahí para que no se enfríe. —Edén besó la cabeza, luego respiró hondo para desacelerar sus latidos frenéticos. Tomadas del brazo, volvieron a la casa de hospedaje.

~ ~ ~

Al día siguiente, Edén desempolvó los muebles de la habitación principal y escuchó a Lillie charlar con Bea en la cocina. Apiló el periódico cuidadosamente sobre la pequeña mesa que estaba junto a una silla y continuó trabajando. Josephine dormía en la recámara, agotada por el drama del día anterior. Laurence sacó la basura y los hombres se fueron a su trabajo en distintas partes de York.

Cuando sacudía la repisa, se detuvo un instante y pensó en el terror que sintió la noche anterior. Josephine, sin darse cuenta, la había puesto en una situación muy incómoda. Así se habría sentido si Clifton se la hubiera llevado. Pero él no tenía nada que ver, Josephine lo había hecho todo sola.

Se sentó en un sillón junto a la chimenea, atormentada. Cuando la noche llegó, habló con sus hijas sobre cómo comportarse, de no irse solas nunca, pero ¿sería suficiente? ¿Cómo podría estar

al pendiente de sus hijas cada minuto? Cuando vivían en la cabaña, ella siempre había tenido a Nathan y su abuelo para ayudarla a educarlas, ahora la preocupación era sólo de ella. ¿Debería regresar a casa? ¿Corrían más peligro en esta ciudad? Clifton no las encontraría aquí, pero había otras amenazas. Un niño podría perderse en las calles y nunca volver a verse.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Quién podría visitarlos tan temprano. —Yo voy, Bea.

—De acuerdo. —Dijo desde la cocina.

Edén suspiró y salió de la habitación. Tenía que hablar con Bea de lo sucedido anoche y arreglar las cosas. El día de ayer había estado lleno de emociones como para tener una plática seria. Giró la manija y abrió la puerta, saltó sorprendida hacia atrás al ver quien era el que tocaba con tanta insistencia. Era Clifton, que con su sonrisa eclipsó todo.

—Edén, mi amor, te he extrañado.

Ella gritó, pero él golpeó el costado de su cabeza con su bastón. El dolor explotó en su oído. Cerró la puerta de golpe y se giró para mirar a Bea y Lillie que corrieron hacia el pasillo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Bea, colocando a Lillie detrás de ella.

Clifton avanzó hacia ella, pero ella se mantuvo firme hasta que él se aproximó y la golpeó en el estómago con su puño. Lillie gritó, estaba asustada.

Edén se abalanzó y cayó sobre su espalda. Era consciente de que Lillie estaba llorando, pero se concentró en echar fuera de la casa al monstruo. Ella lo golpeó en la cabeza. Clifton maldijo y la arrojó al piso. Cuando ella cayó, él pateó sus costillas.

—Mamá —gritó Lillie, cuyo alarido retumbó en toda la casa.

Edén se acercó a ella, doblada por el dolor, pero Clifton la agarró y la arrastró a la sala delantera para después estrellarla contra una silla. Ella intentó levantarse, pero un revés poderoso la hizo caer de nuevo, se desplomó con un jadeo en la alfombra. Aturdida, no podía concentrarse. Su saliva tenía el sabor de la sangre. Sus brazos y piernas no respondían. Los gritos de Lillie se interrumpieron abruptamente y Edén sintió que su corazón se detenía. Con las manos y las rodillas, se arrastró por el suelo hacia la puerta. Ruido y confusión vinieron del pasillo. Oyó la voz de Laurence, luego un golpe y un ruido sordo. Una vez en la puerta, se apoyó en ésta para ayudar a levantarse.

—¡Mamá! —Josephine bajó corriendo las escaleras apretándose su costado. Se quedaron mirando a Clifton quien, resoplando y jadeando, arrastraba a Laurence hacia ellas.

—Clifton, ¿qué estás haciendo? —El pánico y el horror la invadieron.

Él la ignoró y continuó hacia la habitación del frente, donde arrojó a Laurence al suelo. Miró furioso a Edén y señaló el sofá junto a la ventana. —Siéntate ahí y no te muevas o los mataré a todos.

Sin Lillie, Edén no podría escapar. Ella asintió y, adolorida por los golpes, caminó cautelosamente hacia el sofá con Josephine aferrada a sus faldas. —¿Dónde está Lillie?

Clifton se detuvo en la puerta y sonrió. —Segura. Por ahora.

—¿Y Bea?

—También. ¿Hay alguien más en la casa?

—No.

Cerró la puerta principal y desapareció nuevamente por el pasillo.

—Es el primo del tío Charlie, mamá. —Josephine se estremeció y Edén la abrazó.

—Si amor, ahora guarda silencio. —Esperaron calladas, Clifton regresó un momento después. Ella lo observó mirar por la ventana y, satisfecho de que todo estaba en silencio, se volvió hacia ella.

—Entonces, Edén. —Eché un vistazo alrededor de la habitación. —Aquí es a donde te escapaste.

—¿Qué quieres?

—Es una pregunta tonta.

—No la tendrás.

Se acercó a Laurence, ignorándola, y miró al chico. Él resopló y tocó a Laurence con su zapato, pero no obtuvo respuesta.

—Lo noqueaste —espetó ella. —Déjalo en paz. Ya has hecho suficiente.

Clifton se enderezó, pero su expresión ya no era de regodeo, sino de pánico. Se alejó del chico —. Venga. Nos vamos.

—No lo creo. —Edén lo miró con enojo. Se aferró a Josephine con fuerza. —No más, Clifton. Has arruinado mi vida durante demasiado tiempo y ya me cansé. —Ella se levantó y dio un paso hacia él, sin miedo. —Nunca estaremos contigo.

La ira apretó endureció su cara y sacó una pistola para ponerla en el rostro de Edén. — Mejor muerto, ¿no lo crees?

Sintió un nudo en el estómago, pero lo miró y levantó las cejas. —Sí, probablemente lo estaríamos.

—¡Perra! —Sus ojos de cerdo se entrecerraron, y apuntó la pistola directamente a su cara. —Te mataré por lo que me has hecho.

—¿Qué te he hecho? Es broma, ¿no?

Clifton miró a Laurence y el arma titubeó. —Por tu culpa lo maté.

Edén frunció el ceño. —¿Qué? —Miró a Laurence y pudo ver sus ojos entreabiertos. Ella sofocó un grito y cayó de rodillas junto a él. —¡Laurence! Laurence, despierta. —Ella sintió el latido de su corazón y su pulso, pero estaba temblando demasiado para sentir algo. —Él-él podría estar simplemente inconsciente. Llama a un médico, Clifton, rápido.

—No le pegué tan fuerte. —Clifton retrocedió, con su mano temblorosa sosteniendo la pistola. —Él está muerto, sólo quería noquearlo, no matarlo. —Miró a Edén, su rostro se volvió de un tono blanco enfermizo. —En verdad, no lo quería así...

Edén se echó hacia atrás y se llevó una mano a la boca. Se sintió enferma.

—¿Mamá? —Josephine corrió a acurrucarse a su lado.

Lentamente, Edén levantó la mirada hacia Clifton. —Tus acciones han matado a otro inocente.

—No quise hacerlo. —Miró a su alrededor. —Date prisa, tenemos que irnos.

—No te saldrás con la tuya, Clifton.

—¡Cierra la boca! —Él la tomó del brazo y la levantó. —Tú, niña, ven con nosotros —le dijo a Josephine.

Edén se soltó y lo miró con furia. —¡Dije que no! —Ella lo golpeó en la cabeza, le profirió un puñetazo y lo pateó. Clifton se derrumbó sobre una silla y después cayó al suelo.

Edén le quitó la pistola de la mano y le apuntó a la cabeza. Ella ladeó la cabeza hacia un lado. —¿Quién es la presa ahora?

—Déjame ir. —Él se encogió y levantó una mano como señal de paz. —Prometo dejarte en paz pero déjame ir.

~ ~ ~Joel agradeció a la mujer por su tiempo y se alejó de su puerta. Otra casa, otra puerta. Al otro lado de la calle, Charlie estaba hablando con otra mujer en la entrada de su casa. Cuántas calles, casas, puertas y personas habían visitado y nada. Ninguna persona las había visto. Annabelle y Carleton estaban en la calle de al lado haciendo lo mismo que ellos, tocando puertas y preguntando a extraños si habían visto a una mujer con dos niñas pequeñas.

Se enderezó los hombros y se culpó. Esto fue sólo el comienzo del segundo día, no podía esperar un milagro en tan poco tiempo. Sólo habían registrado el área cercana a la estación de tren; aún quedaban muchas calles por recorrer. Nubes grises cubrían el cielo y se levantaba una fuerte brisa, el clima no parecía ser muy veraniego hoy.

Subió la escalinata de la siguiente casa y tocó la puerta. Después de un par de minutos de espera, un hombre mayor la abrió. —¿Sí?

—Buenos días. Lamento importunarlo, pero me pregunto si podría ayudarme. —Joel sonrió. —Estoy buscando a una mujer llamada Edén Harris. Ella tiene dos niñas pequeñas. Me dijeron que podrían vivir por esta zona.

El viejo se rascó su barbilla blanca. —Harris... Harris. No puedo decir que conozca el nombre....

Joel gimió por dentro, pero continuó sonriendo mientras le daba las gracias al hombre.

—Aguarde un momento... —el tipo frunció el ceño—, ahora que lo recuerdo, la Sra. Prim acogió a una mujer con dos chicas hace un par de meses.

El corazón de Joel dio un vuelco. —¿Señora Prim?

—Sí, ella es dueña de la casa de hospedaje al final de la calle, es la última casa. A menudo veo a los niños jugando en la calle. —Se apoyó contra la jamba de la puerta. —De hecho, justo anoche... No... No, no fue anoche ya que anoche fui al bar y no estuve en casa. Debe haber sido la noche anterior, porque ese día sí estuve. Mi señora estaba cocinando arenques para la cena. Sí, así fue. Hablábamos sobre el precio de los arenques. Ha subido, ya sabes, el precio del mercado, por un tuppence por libra.

Joel prestó atención, suplicando en silencio que el señor se apurara y fuera directo al grano. —¿Y las chicas?

—Ah, sí. Hubo un alboroto sobre la desaparición de una de las pequeñas. Uno de sus inquilinos nos preguntó si la habíamos visto. Luego vino la madre. —El hombre regresó a la sala. —¿Oye, Edith! ¿Encontraron a esa niña que vive con la señora Prim?

Una mujer, también mayor, se arrastró por el pasillo desde la cocina del fondo. —Sí, la encontraron. Rita nos contó en la tienda de comestibles. Está a salvo y bien. —Ella le sonrió a Joel. —Los niños hacen eso, ya sabe, se escapan o llegan tarde a casa. No tienen idea de cómo preocupan a sus padres.

Su esposo asintió junto a ella. —Teníamos tres niños. Dios mío, a veces eran un problema, pero ahora se han convertido en buenos hombres y tienen sus propias familias.

—Sí, con sus propias familias ahora —repitió la mujer.

Joel bajó un escalón, ansioso por encontrar la casa de la Sra. Prim. —Muchas gracias por su tiempo.

—¿Desea tomar una taza de té? —El hombre dio un paso adelante. —Edith puso la tetera.

—No, así estoy bien. —Joel retrocedió otro paso. —Muchas gracias, pero no, debo seguir mi camino. —Él asintió, sonrió y les agradeció nuevamente. El viejo parecía listo para hablar una vez más, y Joel se despidió para que no lo hiciera, antes de saltar el último escalón y salir a la calle para encontrarse con su hermano, quien se aproximaba hacia él .

En medio de la calle, pronunciaron al unísono: —Casa de alojamiento de la Sra. Prim

Charlie contuvo el aliento. —Es la última casa.

Ambos se volvieron y la vieron.

De repente, Joel no pudo moverse. Durante tanto tiempo anheló ese momento, y ahora no podía dar los últimos pasos para llegar a ella. Su garganta se secó, la sangre latía en sus oídos. Dentro de esa casa estaba Edén. La mujer que amaba.

—¿Tocaremos puerta o nos quedaremos aquí toda la mañana mirándola? —Charlie sonrió.

—No había estado tan asustado desde... Señor, no creí asustarme así.

—¿Ni siquiera cuando te enfrentabas a los bóers?

—No, ni con ellos. Fui entrenado para combatirlos, pero no para esto.

—Ella nos necesita —murmuró Charlie.

Esas tres palabras eran lo que él necesitaba escuchar. Se adelantó, caminando hacia la casa, hacia Edén, hacia su futuro.

~ ~ ~

—¿Mamá?

Edén no quitó su mirada de Clifton. —Ve a la cocina y busca a Lillie.

Josephine pasó junto a Clifton justo cuando tocaron la puerta. Todos se congelaron.

—No respondas, susurró Clifton —con el sudor en la frente.

—Pregunta quién es. —Le ordenó Edén a Josephine, quien salió corriendo de la habitación.

Clifton se puso de pie. —Te lo ruego, Edén. *Por favor.*

Desde el pasillo oyeron a Josephine gritar de alegría. Edén frunció el ceño. No habría hecho eso si no amara a sus hijas. ¿Abuelo? Ella avanzó lentamente tratando de ver quién era. No quería que su abuelo entrara en este desastre, pero por otro lado lo necesitaba desesperadamente con ella.

—Edén —Clifton dio un paso hacia la puerta. —Déjame ir. Me saldré por la parte de atrás y nadie sabrá que estuve aquí. Puedes decir que el niño se cayó y se golpeó la cabeza. Yo...

—No lo creo, Clifton. —Joel se paró en la puerta.

¿Joel? Las rodillas de Edén temblaron al verlo. Quería sentarse y llorar. Ella parpadeó, preguntándose si estaba imaginando cosas. ¿Era realmente él? La pistola vaciló en su mano, era pesada y le dolía la muñeca, pero no podía perder el objetivo. Por mucho que quisiera mirar a Joel detenidamente, tuvo que concentrarse en Clifton.

—¿C-Cuando llegaste? —Clifton se rio de Joel. El sudor corría por sus mejillas.

Joel se giró hacia Charlie, que estaba parado detrás de él. —Llama a la policía, Charlie.

—¡No! —Clifton cayó de rodillas y rogó. —Por favor no llames a la policía. No quise hacerlo. Fue un accidente.

—Se acabó el acoso, primo —dijo Joel. —Actúa como hombre, al menos una vez.

—No lo haré. —Clifton se puso de pie. —No iré a prisión por esto. —Se giró y saltó hacia Edén. Ella gritó y disparó. El aullido de dolor de Clifton retumbó en toda la casa. Se dejó caer a sus pies.

Edén dejó caer la pistola. El olor a pólvora le picó la nariz. Clifton estaba gimiendo, retorciéndose en la alfombra, agarrándose la pierna donde la sangre se filtraba a través de sus pantalones.

Edén también se tiró al piso, se ausentó de la situación.

Capítulo 17

Por momentos estuvo despierta, escuchó ruidos, susurros, sintió el toque de una mano, la frescura del agua en sus labios y luego un silencio pacífico. A ella le gustaba el silencio. ¿Alguna vez tendría tranquilidad en su vida? Ella lo dudaba.

La luz en sus ojos la llevó de la confusión en su mente al presente. Junto a ella escuchaba el sonido de un vestido. Edén giró la cabeza, entreabrió los ojos contra la luz de la lámpara.

—¿Mamá?

—Jo... —su voz salió como un graznido.

—Sí, soy yo. —Josephine acercó su rostro, el cual se interpuso entre Edén y la luz de la lámpara. —Me dijeron que no te despertara.

—Pero no los obedecí. —Ella sonrió a su hija rebelde.

—Estaba preocupada.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Pensé que ya no despertarías. —Su labio inferior tembló y las lágrimas brillaron en sus ojos.

—Oh cariño. —Edén extendió la mano y apretó su mejilla. —Nunca te dejaré, lo prometo.

—¿Puedo dormir contigo?

Edén se movió, su cuerpo aún dolía. Alguien le había puesto su camisón blanco. —¿Qué hora es?

—Temprano por la mañana. —Josephine subió a la cama y se acurrucó cerca de su madre.

—¿De Verdad? —Asombrada, Edén se concentró en las cortinas y la luz grisácea que se filtraba por los bordes. Apagó la lámpara. —¿Dónde está tu hermana?

—Durmiendo con la señora Prim.

Los recuerdos volvieron a ella. Había sido un día infernal. Ella tragó saliva y acarició el cabello de Josephine. —¿Qué-qué pasó con Clifton?

—El tío Charlie y su hermano llamaron a la policía —dijo Josephine con un bostezo. Se lo llevaron y también Laurence. La señora Prim lloró toda la tarde y toda la noche. Por eso Lillie la acompañó.

—¿Lillie se encuentra bien?

Ella bostezó de nuevo. —Sí, se durmió temprano y la señora Prim dijo que podía acostarse con ella. Pero la tía Bella no estaba feliz porque quería que fuéramos a un hotel con ella.

—La tía Bella también está aquí —musitó Edén, con sus pensamientos alejándose de Joel. Estaba demasiado cansada, demasiado agotada para pensar en nada más. Sus hijas estaban a salvo, eso era todo lo que importaba. Abrazó a Josephine y se acurrucaron juntas. Se preocuparía por todo más tarde. Parecía que había dormido por pocos minutos cuando comenzó a escuchar susurros. Josephine se movió y Edén la jaló hacia ella.

—Bueno, ya era hora. —El tono impaciente de Annabelle hizo que Edén sonriera antes de siquiera abrir los ojos. Edén sonrió y la tomó de la mano. Agarró con fuerza a Annabelle y ésta le besó la frente. —Querida.

Sentada, Edén se quitó de encima los brazos de Josephine, que yacía dormida mirándolas. Annabelle se lucía radiante en un vestido de seda azul-grisáceo brillante. Su pelo dorado estaba envuelto en una serie de rizos y cintas blancas. Edén se sentía como una anciana y tenía la certeza de que parecía una. Sonrió a su querida amiga. —¿Cómo estás, Bella? —Señor —Annabelle agitó

la mano despectivamente. —Me encuentro perfectamente, o al menos lo estaré una vez que tú y las chicas estén en casa en Bradbury. —Edén pensó en la mansión, la finca, el bosque y en su abuelo. —Yo también me alegraré de estar en casa.

—Josephine, cariño, levántate y ve por Lillie. Es hora de que te vistas. —Annabelle se paró junto a la pequeña y la ayudó a salir. —El desayuno está en la cocina, lo traje para ustedes.

Una vez que Josephine salió de la habitación, Annabelle se sentó en la silla de madera junto a la cama y volvió a tomar la mano de Edén. —Ahora... —observando a su amiga, viendo el tormento en sus ojos, Edén se preparó para las palabras que vendrían. —Cuéntame todo. —Annabelle asintió. —Clifton ha sido acusado de asesinar a ese pobre joven, el hijo de la señora Prim.

—Pobre Bea, él era todo lo que tenía. —Edén suspiró, porque en ocasiones Laurence había colmado su paciencia con su lentitud, pero se había encariñado con él.

La señora Prim testificará en contra de Clifton, porque vio cómo golpeó a su hijo.

—Y yo testificaré también en su contra, porque Clifton me confesó lo sucedido.

—Bueno. Los cargos en su contra son fuertes, el juicio no será fácil. —Annabelle miró sus manos unidas. —Hay algo más, una noticia muy triste. —El abuelo. —Edén tragó saliva y sintió un nudo de emoción en la garganta. Annabelle estaba a punto de decirle lo que ya temía.

El abuelo habría acompañado a los Bradbury, a menos que algo malo le hubiera sucedido. En su última carta, enviada hace dos días, cuando Josephine estaba renuente a ir a la escuela, había insistido en que lo necesitaba. Él no habría ignorado la carta de su nieta a menos que sospechara algo.

—Lo lamento mucho.

—¿Qué sucedió con el abuelo?

—Clifton. Él...

—No. —Edén salió de la cama con dificultad. —No me lo digas, aún no. No quiero escucharlo. Quizás después.... —Pedí un carro. —Annabelle se aguantó las ganas de llorar. —Nos vamos pronto. He venido para ayudarlas a ustedes y a las niñas a prepararse. Joel y Charlie están con la policía, resolviendo todo esto.

Edén se puso su vestido. —Tengo que ver a Bea.

—Por supuesto. —Annabelle se levantó. —Iré por las niñas y las auxiliaré.

Se separaron, Annabelle bajó las escaleras mientras que Edén se dirigió a la habitación de enfrente, golpeó ligeramente la puerta y entró.

Bea estaba sentada al final de la cama. Vestida de luto, su espalda estaba rígida, su rostro descompuesto. No volteó a ver a Edén, sólo miraba la pared.

—¿Bea? —Edén se paró junto a la cama. Fría y sencilla, con los muebles indispensables, la atmósfera de la recámara iba muy de acuerdo con la personalidad de su dueña. —Lo lamento mucho.

—Deberías.

Las palabras secas de Bea detuvieron las de Edén. —Nunca imaginé que Clifton me encontraría aquí.

—Pero lo hizo.

—Si hubiera sabido que los pondría en peligro, me habría ido de aquí.

—Pero no lo hiciste.

El estómago de Edén se revolvió. —No hay nada que pueda decir...

Bea se puso de pie y miró con odio a Edén. —Lárgate de mi casa. Y llévate tus problemas. En la mesa encontrarás el dinero por el tiempo que trabajaste aquí. No quiero verte nunca más.

—Me voy, no quiero tu dinero y tampoco quiero que esto acabe así.

Los puños de Bea delataban el color blancuzco de su piel, a través de sus nudillos. —¿A qué te refieres? Mi hijo está muerto. No me interesa nada de lo tengas que decir.

—No eres la única que está sufriendo. También perdí a mis seres queridos. Sé cómo te sientes. Clifton asesinó a mi esposo y a mi abuelo, además robó mi inocencia. Así que, entiendo tu dolor.

La señora Prim no lo aceptaba; su expresión seguía siendo la misma. —¡Largo! Vete con tus amigos ricos y déjame enterrar a mi hijo.

—Puedo acompañarte, si gustas.

—No, no quiero verte aquí.

Edén miró sus manos, buscando las palabras correctas. —A pesar de todo, te admiro y lamento profundamente lo que sucedió. Si alguna vez necesita ayuda, envía una nota a Bradbury Hall, cerca de Gargrave. —Nunca lo haré. Repito, no quiero volver a verte nunca más.

—Lo siento. —Llena de culpa y tristeza, Edén regresó a su recámara y se vistió rápidamente. Después de empacar sus cosas y las de sus hijas, llevó su equipaje abajo. No podía hacer más para ayudar a Bea. —Mamá. —Lillie corrió por el pasillo con Josephine y Annabelle detrás de ella. —Buenos días, mi amor. —Edén se inclinó y besó la mejilla de Lillie y miró a Annabelle. —¿Estamos listos? —Sí, el carro está esperando. —Edén respiró hondo y los llevó afuera.

Unos cuantos vecinos estaban afuera en la calle; sus susurros cesaron cuando vieron salir a Edén. Ella se subió al carruaje de los Bradbury, sus emociones se fluctuaban entre tristeza, arrepentimiento y ansiedad por volver a casa. Las pequeñas se sentaron a cada lado de ella mientras Annabelle ordenaba que se cargara el equipaje, pronto el carro comenzó a moverse, atrás dejaron un tipo de devastación para ir a otro. Oh abuelo...

~ ~ ~

Edén estaba parada junto a la tumba, mirando el ataúd pulido. Los pájaros cantaban en los árboles que circundaban el cementerio. El primer día de julio era demasiado bello como para despedir a un ser querido. La brillante luz del sol bañaba el campo, las flores abrían, los corderos gordos retozaban junto a sus madres en la exuberante hierba. El abuelo habría disfrutado de ese día. Estaría sentado en su silla bajo un rayo de sol, mirando a las niñas jugar.

Una lágrima cayó por su mejilla, era el primer signo del dolor que sentía en su interior. No debería llorar, porque si lo hacía no se detendría, no podría hacerlo. Nathan y ahora el abuelo. ¿Cómo se las arreglaría sin ellos?

Los aldeanos se habían marchado, se habían ido a beber la cerveza de Earnshaw en memoria de Horacio Morley. Invitaron a Edén a ir con ellos, pero ella se negó. No había querido conversar con viejos amigos o regresar a la con los demás. Sólo quería permanecer a la luz del sol, cerca de la tumba, con el abuelo y todos los demás parientes enterrados en ese lugar. Levantó la mirada para leer la inscripción de la lápida de sus padres, a pocos metros de distancia, y luego la de su abuela. Sonrió amorosamente a la tumba de Nathan, detrás de la de sus padres.

Había perdido a muchos seres queridos. Detrás de ella se escucharon unos pasos, pensó en Joel. Durante los últimos tres días, mientras ella y las chicas habían estado viviendo en la casa de los Bradbury, había estado encerrada en la habitación que Annabelle les había preparado.

Las niñas se quedaban en una recámara y Edén en otra, su habitación era más grande, tenía una pequeña sala de estar. Ahí, Charlie le había contado los últimos momentos de su abuelo. En la cárcel, Clifton se había declarado culpable por la muerte de Horacio y por haber incendiado la cabaña. La tristeza le impedía abandonar su habitación. Estaba sorprendida por el inmenso dolor que causó.

¿Por qué no había llamado?

¿Por qué no podía enfrentarlo?

—Edén.

Ella contuvo el aliento. Era él. Joel se paró junto a ella, mirando el ataúd. Permanecieron en silencio durante varios minutos y Edén sintió una presión dentro de su cuerpo.

Ella no lo miró, pero no podía evadir su presencia; la rigidez de su uniforme, la solidez de su tamaño. Desde la mañana en que entró en la casa de Bea, no lo había mirado, lo había visto de reojo. Pero ya no podía luchar contra el impulso.

Lentamente, con dolorosa conciencia, giró la cabeza para mirarlo; su hermoso perfil, tan cerca de ella, la hizo doblar sus rodillas.

—¡Edén! —Joel se inclinó para sostenerla. ¿Qué sucede? Permíteme llevarte a casa.

Las lágrimas nublaron su visión. Con una mano tocó su mejilla. ¿Estaba realmente aquí, después de todo este tiempo? Sus ojos azules se suavizaron cuando ella miró las líneas que se trazaban de la nariz a la boca. Un tono gris salpicaba su cabello oscuro que se asomaba por la gorra del uniforme. Los pliegues abrían el rabillo de sus ojos y el sol africano había bronceado su piel. El joven y apuesto héroe que había amado hace tanto tiempo ahora era un hombre maduro. Él había cambiado tanto como ella, y sus lágrimas fluyeron por eso. Se le escapó un sollozo por los años perdidos, las esperanzas y los sueños destrozados que alguna vez tuvo con tanto cariño. Aunque nunca habían hablado de su amor, ambos se pertenecían.

—Te he echado de menos —susurró.

Joel acarició su mejilla con su mano. Con una mirada tierna y un tono suave, Joel pronunció su nombre, Edén no resistió. —Mi hermosa Edén.

Ella no podía soportar más el dolor. Trató de estabilizarse pero tropezó en el suelo irregular. Él extendió la mano, ella ignoró la ayuda y se alejó de él. Joel gritó su nombre, pero ella no se detuvo, corrió hasta que estuvo en el centro del pueblo. Bajó por un camino entre dos tiendas y se metió en la parte trasera del pub de Earnshaw. Cajas y barriles cubrían el patio empedrado. Un gato sarnoso saltó encima de la valla. Su cuerpo se tambaleó, se apoyó contra un muro y comenzó a llorar por todo lo que había perdido.

—¿Muchacha?

Volteó y miró a Eddie Earnshaw. Avergonzada, se limpió las mejillas. —Lo-lo siento.

—No, muchacha, no tienes por qué disculparte. —Su amable rostro redondo trajo lágrimas frescas a sus ojos. —¿No quieres entrar y tomar algo? Todos están aquí y, para ser sincero, ya me aburrí de verles el rostro. Prefiero ver tu cara bonita al otro lado de la barra.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó el hombre. El frunció su ceño y luego sonrió. —Todos están hablando de Horacio y de cuánto lo extrañarán. ¿Qué mejor manera de pasar la tarde que estar con personas que pueden contarte historias de hace años? Estoy seguro que Horacio habría aceptado. Una bebida, una buena charla y comida. Dime qué es mejor que eso.

La tensión desapareció de sus hombros y ella miró el interior del pub. De repente, la idea de estar rodeada de los amigos de su abuelo le agradó. También eran su gente, y la de Nathan. Había visto a su padre en el funeral hoy y a uno de sus primos. Sí, ella quería estar con esas personas

que conocían y amaban a los que había perdido. Por una tarde se olvidaría de ser madre, de ser amiga de los Bradbury, de su pasado tortuoso y simplemente se relajaría en compañía de aquellos que no esperaban nada de ella.

Capítulo 18

—¿A qué te refieres? —Annabelle la miró y luego a Charlie. —¡Habla con ella, Charlie!

Charlie se frotó la frente. —Casi nunca estoy de acuerdo con mi hermana pero esta vez sí. No puedes irte de nuevo, Edén.

Edén no supo qué responder y caminó hacia la ventana del salón, observando el carruaje que regresaba. En el momento en que Joel entrara en la casa, regresaría a su recámara. La conexión que tuvieron frente a la tumba de su abuelo la alarmó. Hace dos días, había viajado al pasado, a cuando la había amado.

¿Qué había sentido él? ¿Cómo alteraría su vida esta vez? ¿Se dejaría llevar por sus sentimientos o los ignoraría? Ella no conocía a este Oficial Joel. Sin embargo, existía un vínculo. Su cuerpo y corazón lo conocían.

Ella suspiró, con desánimo. Todo era demasiado complicado, demasiado difícil. Él tendría que casarse pronto, para continuar con la descendencia Bradbury. Su corazón se encogió ante ese pensamiento. Ella no se quedaría aquí para ser testigo de aquello. —No puedo quedarme.

—Serás mi muerte. —Annabelle se acercó a la silla y se dejó caer sobre ella. —¿Por qué eres tan egoísta? Las chicas no querrán irse de nuevo. No queremos que te vayas, entonces, ¿por qué quieres hacerlo?

Ella cerró los ojos y trató de pensar en una buena excusa. Quería gritarles que no podía vivir en la misma casa que Joel, que su corazón no soportaría verlo con alguien más. Finalmente, se dio la vuelta y los miró. —Hay demasiados recuerdos aquí.

Charlie cruzó los brazos. —Entiendo eso, pero ¿esa es la respuesta para marcharte y estar sola en otro lugar? Sí, hay buenos y malos recuerdos aquí, pero también hay personas que se preocupan por ti.

—Lo sé.... —Se encontraba destrozada emocionalmente, como siempre, cuando se trataba de esta familia.

—Necesitas unas vacaciones. —Annabelle se levantó, su mirada brillaba.

—Necesitas alejarte de este lugar, de todo lo que pasó. Unas vacaciones lo solucionarán todo.

—No tengo el capital para pagarme unas vacaciones. No tengo dinero, nada. —Al decir eso se heló. Ella dependía de la buena voluntad de la familia Bradbury en ese momento. Con la cabaña quemada hasta los cimientos, no tenía hogar propio ni ingresos.

Charlie frunció el ceño. —He estado pensando en eso y lo he comentado con Joel...

—No, no quiero nuevamente ama de llaves, Charlie, gracias de todos modos.

Él sacudió la cabeza. —No iba a proponerte eso. Nosotros, Joel y yo estábamos pensando en ofrecerte el terreno donde se encontraba la cabaña. ¿Qué dices? Te daríamos algo de capital para empezar de nuevo.

Edén la miró, su mente daba vueltas. —¿El terreno?

—Sí. A menos que tengas en mente reconstruir la cabaña y vivir ahí.

Por las noches cuando no lograba conciliar el sueño, había pensado en la idea de reconstruir y vivir ahí con las niñas. Tal vez podría conseguir un trabajo en el pueblo. —Pensé en hacerlo, pero aún no decido nada.

—Bueno, fue sólo una sugerencia.

Annabelle aplaudió. —¡Lo sé! Uno de los nuevos amigos de Carleton tiene una pequeña cabaña junto al mar, cerca de Whitby. Dijo que podíamos usarla cuando quisiéramos. Tal vez podrías

pasar un tiempo allá y descansar. ¿Qué te parece?

—Ustedes son los que pueden usarla, no yo. —Edén sonrió con ironía.

—Tonterías. Cuando les diga que eres como una hermana para mí, estarán de acuerdo.

—No lo sé, Bella.

Charlie se levantó y besó la mejilla de su hermana. —Me parece una magnífica idea. Bien hecho.

Iré con Carleton de inmediato y haré algunas preguntas. —Annabelle sonrió y llamó a Mellors, quien ahora sería el mayordomo de la casa, el ayudante de cámara y el pilar general de la casa en ausencia de Edén.

Charlie se rio. —Espera, podemos esperara hasta la noche, cuando Carleton vuelva a casa, Bella.

Annabelle se detuvo e hizo una mueca. —Tienes razón, supongo que sí. Así no tendré que ver a mi suegra.

Edén pensaba en la propuesta de Annabelle mientras golpeaba su mano con sus dedos. Una cabaña junto al mar. La idea se apoderó de ella y la emocionó. —¿Cuánto tiempo podríamos quedarnos?

—El tiempo que gustes. El amigo de Carleton, el señor Hobson, pasa largas temporadas en Londres y, por lo que sé, sólo usa la cabaña en verano.

—Me encantaría visitar el mar. A las niñas les fascinaría.

—Entonces no se diga más. —Annabelle sonrió de oreja a oreja. —Si la cabaña está desocupada, viajaremos de inmediato.

Charlie miró a su hermana. —¿Nosotros? ¿Pensé que el plan era sólo para Edén y sus hijas?

—Ellas no querrán estar solas, Charlie —contestó Annabelle.

Edén comenzó a hablar pero Annabelle la interrumpió: —El aire del mar te ayudaría mucho y también a Carleton y a mí, es exactamente lo que necesitamos.

—¿Qué tan grande es la casa? —preguntó Charlie.

—Oh, escuché que tiene siete habitaciones. Mucho espacio para todos nosotros.

—No creo que Joel quiera ir. Acaba de regresar de África. Tiene cosas que hacer aquí y planes propios.

—Entonces se lo perderá. Además, Debería pasar una pequeñas vacaciones junto a su familia. Han pasado años desde que estuvimos todos juntos.

—Bueno, pregúntale a ver qué le parece. —Edén se apartó de ellos. Lo último que necesitaban sus sentimientos confusos eran estar cerca de Joel. Miró por la ventana los macizos de flores que se abrían a la luz del sol. —Saldré a dar un paseo —les dijo y antes de que tuvieran la oportunidad de decir que la acompañarían, salió de la habitación y se encontró con Mellors en el pasillo.

Él sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió las gotas de sudor de su frente. —Acabo de llegar. ¿Necesita algo? Estaba afuera con las chicas.

—¿Mis hijas?

—Sí —sonrió. —Quieren remar en el lago, pero les dije que primero deberíamos pedirte permiso.

Ella puso su mano sobre su brazo. —Gracias por pasar tiempo con ellas. Te quieren mucho.

—No hay de que, disfruto mucho pasar tiempo con ellas. Son las hijas que nunca tuve, y su presencia aquí ilumina el corazón de todos.

Ella le besó la mejilla en agradecimiento, no sólo por ese día, sino por todos los demás en los que él había sido un gran apoyo para ella y esta familia. —Ahora descansa. Llevaré a las chicas al

lago.

—Hace calor afuera. Cook tiene una cesta de comida esperando, ve por ella. —Mellors estrechó la mano de Edén antes de retirarse al salón para atender a Charlie y Annabelle.

Después de pasar por la canasta y ponerse su sombrero de paja negro, Edén salió de la casa en busca de sus hijas. Las encontró junto al estanque, con los sombreros hacia atrás y sus rostros a centímetros de la superficie, reían alegremente. Por un momento se olvidó de la tristeza. Ella siempre tendría a sus hijas y ellas crecerían teniéndose la una a la otra.

Edén sostuvo la canasta en alto. —¿Les apetece un picnic junto al lago?

Josephine y Lillie dijeron que sí, mientras gritaban de la emoción. Corrieron hacia el lago y Edén fue detrás de ellas, paseando por los jardines, oliendo la esencia de las flores que impregnaba el ambiente. Se detuvo en la pendiente que bajaba hasta la orilla del agua mirando a las pequeñas.

—Puedes quitarse las botas y las medias si quieren, pero se alejen demasiado. —Colocó la canasta sobre la esponjosa hierba que retozaba a sus pies; sus hijas jugaban y se mojaban en el río.

Sentada en el pasto, extendió su falda negra, abrió la canasta y vio que había para comer. Cook había empacado pollo, pan, manzanas, fresas, galletas de mantequilla, rebanadas de pasteles de grosella y una botella de agua con limón.

—¿Puedo unirme a ustedes?

Edén se sobresaltó. Joel estaba detrás de ella, sonriendo. —Sí... sí, por supuesto.

—O si lo prefieres, puedo irme.

—No, está bien. —En el fondo, se retorció por su tono poco convincente. Ella no lo miró, se concentraba en las niñas. Su presencia la hacía temblar.

Joel se sentó y se acarició el hombro herido. Permanecieron en silencio durante varios minutos, luego él cambió de posición.

—No quiero arruinar tu día, pero necesitas enterarte las últimas noticias.

Edén se endureció. —¿Perdona?

Él arrancó un puño de hierba y luego la miró. —Estuve en York.

—Para ver a un médico, ¿no es así?

—Sí, pero eso no fue todo. Esta mañana, antes de regresar, recibí un mensaje. —Frunció el ceño y se frotó la frente. —Clifton se ahorcó anoche.

Edén inclinó su cabeza y cerró los ojos en alivio. Se terminó.

Se terminó, nunca más tendría que verlo. Estaba muerto, se fue. Miró a Joel y le dio las gracias por la noticia. —Clifton hizo mucho daño. Sé que es tu primo, pero no lo lamento.

—Ya no era parte de la familia, y su muerte traerá alivio a muchas personas. Incluso mi tía Ada se librará de la humillación de estar en un juicio y de tener a un hijo en prisión.

—Es verdad.

Joel tomó la mano de Edén y frotó su dedo contra sus nudillos.

—Intenta no pensar en él. Ya eres libre.

Las chicas llegaron saltando hacia donde estaba su madre, se sorprendieron al ver a Joel sentado junto a ella.

Edén retiró su mando de él. —Miren quién nos acompaña. ¿No es encantador?

Joel lanzó una sonrisa hermosa, lo que hizo que las niñas se acercaran. Él abrió la canasta de comida y les preguntó si tenían hambre.

Las niñas miraban a su madre y a Joel.

—Cook solía preparar grandes cestas para nosotros cuando éramos niños, ¿recuerdas, Edén?

Edén lo confirmó, su corazón latía con fuerza al recordar lo cerca que estuvieron alguna vez. Eran más las veces que habían estado juntos, de las que recordaba, y su mente estaba llena de recuerdos.

—¿Se conocían desde pequeños? —Preguntó Josephine, mirándolo fijamente.

—Por supuesto. —Ella quitó la mirada de la canasta. —Ya conocen la historia de que todos crecimos juntos. La tía Bella les ha contado numerosas historias.

Josephine se tiró en la hierba y observó a Joel. —Sí, pero....

Joel se echó a reír. Ella no me conoce, Edén. Puede que conozca a mis hermanos, pero a mí no.

Edén servía y repartía la comida mientras Joel platicaba con las chicas. Les contó historias de África, de los animales y las aves, de la gente, la comida y el paisaje. Pronto, Edén perdió el nerviosismo y lo escuchó con el mismo entusiasmo que las niñas. Ella quería saber todo sobre él, entender al hombre en el que se había convertido.

Después de comer y platicar con Joel, las niñas regresaron al río mientras Edén guardaba las cosas.

—Tienes dos hermosas hijas, Edén.

Ella levantó la vista y sonrió. —Gracias.

Josephine se parece mucho a ti cuando eras niña. Es inteligente.

—Más testaruda e independiente, querrás decir.

—Así como tú a esa edad.

—¿Como yo? No me acuerdo.

—Yo sí. Lo recuerdo todo. Todas las veces nos reíamos y los rasguños nos provocábamos. Qué épocas tan felices.

—Y hace mucho tiempo. —Dijo ella, envolviendo el pan en una servilleta.

Joel le daba vueltas a un tallo de flor entre sus dedos y su pulgar. —¿Lillie se parece a su papá?

Ella titubeó al escuchar el nombre de su difunto esposo, Nathan—. Sí, su personalidad es como la de él. Era callado y bueno, como Lillie.

—Me alegra que hayas encontrado un buen marido.

—No dejó que me quedara sola con una bebé. No cualquier hombre hace eso. Su amor... con su amor logré sobreponerme a uno de los peores momentos de mi vida.

—Si tan sólo me hubiera quedado...

—No Joel. —Edén guardó el pan en la canasta, su estómago se revolvió. —Lo hecho, hecho está. No podemos vivir con arrepentimientos.

Joel contempló el lago. —Escuché que te vas a ir por un tiempo. ¿A una cabaña cerca de la costa?

—Sí, Annabelle me lo propuso.

—Yo también viajaré.

Su corazón latió rápido, tuvo que sujetar con fuerza la canasta para no tirarla al piso. —¿A dónde?

—A Londres. Para ver si mi hombro se puede arreglar.

—Espero que así sea.

—Espero poder estar contigo en la cabaña.

—Por supuesto. Todos estaremos ahí.

—Edén. —Ella lo miró y pudo ver el deseo que se reflejaba en sus ojos. —Sé que has sufrido mucho....

—Todos sufrimos, Joel. —Ella se puso de pie, antes de seguir hablando, llamó a sus hijas. Habían pasado un día maravilloso y no quería que la conversación acabara en temas más

complejos . Todavía no estaba lista para enfrentar sus sentimientos o sus necesidades. Joel también se levantó y se quitó la gorra para pasar la mano por su cabello oscuro. He querido hablar contigo desde hace tiempo.

—¿A dónde?

—Tengo planes de viajar. Quisiera regresar a África en algún momento.

—Ya veo. —Edén apenas podía tragar saliva. —Se iba de nuevo.

—No sólo a África, por supuesto, sino también a otros lugares, India y Oriente, y el sur de Europa también. Creo que los climas más cálidos le harían bien a Charlie. Todavía no le he preguntado, pero quiero que esté de acuerdo. ¿Qué te parece?

—Sí, de hecho. Los inviernos aquí no son nada buenos para él.

—Esperaba que tú y las niñas quisieran viajar con nosotros.

Edén estaba sorprendida. —¿Quieres que los acompañemos?

—Absolutamente. —Él se acercó, sin dejar de mirarla. No me perdonaría dejarte de nuevo. La última vez que lo hice casi muerdo, y no me atrevo a arriesgarme por segunda vez.

Los ojos de Joel reflejaban amor, Edén se estremeció sin pensarlo.

—¿C-cuándo planeas viajar?

—Estaba pensando en hacerlo dentro de un año o dos pero creo que será mejor antes de que llegue el invierno, para beneficiar a Charlie. Posiblemente dentro de unos meses.

—¿Creí que tenías planes para la finca?

—Eso puede esperar, la salud de Charlie no. —Si sólo le quedan pocos años de vida, quiero que los disfrute mucho. La finca sobrevivirá, y puedo concentrarme en ella después, cuando sea demasiado viejo y ya no pueda viajar. —Él sonrió, ella ansiaba tocarlo, pasarle los dedos por el pelo. —Entonces, ¿vendrás con nosotros? Hay tantos lugares que quiero conocer contigo, Edén.

—¿Puedo tomarme un tiempo para decidir? Tengo que pensar en las chicas.

—Por supuesto. —Su expresión se volvió seria otra vez. Tal vez es algo precipitado pero si piensas en volver a casarte algún día, espero... espero que pienses en mí primero. Pero incluso si no deseas casarte conmigo, igual me alegraría que vinieras con nosotros. Edén estaba sorprendida pero antes de poder pronunciar alguna palabra, las chicas irrumpieron con su presencia la plática.

Juntos, caminaron de regreso a la casa, las niñas tenían mucha confianza al hablar con Joel, como si lo conocieran desde hace años. Edén caminaba detrás de ellos, no sabía si reír o llorar.

Capítulo 19

Una gaviota solitaria voló a través de la corriente de aire cálido, muy por encima del océano, pero al mismo nivel de Edén, quien estaba parada en la cima del acantilado. La brisa le levantó el pelo y la liberó del sombrero para soplar sobre su cabeza. No le importaba. Estaba sola y ya era de noche. Había salido de la cabaña para dar un paseo por el sendero del acantilado, poder llenar sus pulmones de aire fresco y meditar.

Olfateó el viento salado y se detuvo para ver las olas que se estrellaban contra las rocas y que cubrían la arena. Habían pasado cuatro semanas desde que llegaron a la cabaña y, por primera vez, sintió que el dolor del pasado la abandonaba. Era como empezar de nuevo. Todavía extrañaba, y lloraba, a Nathan y al abuelo; sin embargo, la tristeza y la confusión desaparecían paulatinamente. Largas caminatas por las playas y los caminos rurales alrededor de Whitby la ayudaron a poner sus pensamientos en orden.

Ella no fue la única beneficiada con esas vacaciones. Las niñas crecieron, dormían y comían bien, y usaban su energía para jugar en la playa bajo los rayos del sol, con Charlie, quien por una vez tenía color en la cara. Annabelle y Carleton también habían aprovechado el viaje. Se acercaron, redescubrieron su amor y pasaron tiempo solos recorriendo el campo.

La cabaña se impregnaba con las risas de las pequeñas, con los murmullos de Annabelle, con el humor ingenioso de Charlie y con la gentil conversación de Mellors. Edén sabía que se estaba curando poco a poco; sin embargo, a pesar de la satisfacción que sentía, aún había una inquietud persistente: Joel.

Él todavía no regresaba de Londres y Edén lo extrañaba. Ella lo quería en su vida de forma permanente. Se les había dado una segunda oportunidad y ella la aprovecharía esta vez. Sólo quería que sus hijas lo conocieran mejor, antes de tomar cualquier decisión. Durante las noches, su mente no dormía. Las imágenes del hermoso rostro de Joel, su sonrisa o su mirada tierna la mantenían despierta y deseosa de verlo.

Algo irrumpió el silencio que reinaba en el lugar, era Coco, el cocker spaniel de Charlie, que corrió hacia ella a través de la hierba, sacudiendo sus prominentes orejas. Ella se inclinó y le procuró unas caricias. —Buen chico. —Edén miró hacia arriba y le sonrió a Charlie, que caminaba a lo largo del sendero.

—¿Te importa si te hago compañía?

Cuando estuvo junto a ella, lo tomó por el brazo. —Siempre me hace feliz tenerte cerca.

—Las chicas duermen plácidamente. Ni siquiera aguantaron hasta el final de la historia.

—¿Ya la conocían? —preguntó ella con una sonrisa en su rostro.

—Muy divertido. —Él guiñó un ojo y miró hacia el océano, que brillaba en un color dorado por la luz del sol que se reflejaba en él. —Será difícil dejar este sitio.

—Es verdad.

—Nunca creí sentirme como en casa en este lugar, pero lo hago. Extraño, ¿no es así?

—Si estás relajado y contento, cualquier sitio te hará sentir como en casa.

—Nunca fue de esta manera en Londres. Odio la ciudad Mucho ruido y demasiada gente.

Siguieron caminando, cómodamente en silencio hasta que Charlie se rio entre dientes. —¿Sabes?, por la mañana Mellors se levanta para ir a pescar, porque uno de los pescadores le comentó que éste era un buen tiempo, debido a que la marea está baja. —Él es entusiasta.

—Sí, y cuanto más atrapa, más quiere pescar. Me alegro. Casi nunca tiene tiempo para él. El descanso nos ha hecho bien a todos. Él la miró. —¿También para ti?

—Sí, totalmente. Era justo lo que necesitaba.

Charlie recargó su mano en el hombro de Edén. —Excelente. Detesto verte triste.

—¿Sabes lo que me dijo Joel antes de venir aquí?

—¿No, qué?

—Que si quisiera casarme de nuevo, pensara primero en él antes que en alguien más.

Charlie se detuvo. —¿Y te sorprendiste?

—Por supuesto —contestó ella. —No pareces sorprendida.

—Él ha esperado por esto durante un largo tiempo, Edén. Se mantuvo alejado porque no habría soportado verte casada con otra persona.

—Entonces, ¿él realmente me ama?

—Absolutamente. No hay duda al respecto.

—¿Él te lo dijo? ¿Será cierto?

Charlie se rio y le pellizcó la nariz, como lo hacía cuando eran niños. —Claro que es cierto, él me lo dijo.

Caminaron en silencio mientras ella trataba de entender todo. Él la amaba... Su cuerpo parecía flotar con sólo pensar en ello.

¿Podría casarse con Joel? Ella también lo amaba, de eso no había duda, pero ¿podría seguir con su vida? ¿Podría ser la esposa de otro hombre después de Nathan? Pero no sería cualquier hombre, sería Joel. —Si me casara con Joel, sería la señora de la finca.

—¿Entonces?

—De ama de llaves a señora de la casa. —Edén postró su mirada en Charlie. —Tus amistades no lo verían bien, creo.

Charlie encogió sus hombros y pateó una roca del camino. —No te preocupes por los pocos amigos de nuestros padres. De hecho, muchos piensan que eres parte de la familia, así que no es problema, has sido nuestra pariente desde hace mucho. Además, Joel tiene una personalidad tan fuerte que las personas acuden a él sin importar lo que haga. Simplemente serás su esposa, y se te olvidará que trabajaste para nosotros.

—Nunca se olvidará por completo, Charlie. La gente disfruta hurgando en asuntos que no les incumben. No quisiera manchar con un escándalo el nombre de los Bradbury.

—Tienes razón, no siempre es fácil. Sin embargo, a Joel no le interesan las personas de mente estrecha y rara vez se rodea de ellos. —Él se detuvo y tomó sus manos. —Sin embargo, te diré esto, para que sepas todo antes de tomar una decisión. Joel no se quedará en Inglaterra todo la vida. Ha dicho que tiene planes de comprar tierras en África y viajar. No le satisface la idea de quedarse junto a su chimenea y leer libros por el resto de su vida.

Ella sonrió. —Sí, eso me dijo. Nunca pudo quedarse quieto durante más de cinco minutos.

Charlie la tomó nuevamente del brazo y juntos regresaron a casa. —Espero que te cases con él, querida. Ambos merecen pasar el resto de sus vidas juntos.

—Eres un romántico, Charles Bradbury.

—¿Lo amas, Edén?

—Sí, aunque confieso que tengo miedo. —Ella observó un bote en el horizonte. —Durante años me hice a la idea de que Joel no era para mí. Es difícil imaginar que ese sueño pueda hacerse realidad por fin.

Charlie besó su mejilla. —Entonces sonrío, querida. No más tristeza.

Las lágrimas brotaron. —Quisiera estar feliz, Charlie, de verdad que sí, pero siento que hay un

peso sobre mi pecho y no puedo deshacerme de él.

—Tomará tiempo. Has pasado por mucho. Lloro, saca lo que llevas dentro.

—Sí. —Ella apoyó la cabeza sobre su hombro. —¿Qué haría sin ti?

—Oh, eso es fácil, serías completamente infeliz por el resto de tu vida. —Él se rio y le hizo cosquillas en las costillas.

Edén también rio, lo empujó y lo trajo nuevamente hacia ella.

—¿Qué planes tienes para mañana, futura cuñada?

Decidida a ser feliz y pensar de manera positiva de ahora en adelante, ella se echó a reír. —¿Vamos de compras? Podrías comprarme algo costoso.

Él farfulló. —¿Qué tan caro?

—No quiero diamantes. —Entraron a la casa riendo como niños.

~ ~ ~

Las multitudes abarrotaban las calles de Scarborough. Era sábado, con un clima veraniego, y la gente salía de sus casas para visitar las playas de la ciudad costera y habitar las calles.

Edén se abrió paso entre una muchedumbre de compradores y salió de la tienda de dulces. Compró una bolsa de golosinas para sus hijas, que esperaban en casa con el tío Charlie. Hubiera sido una pesadilla que las niñas la acompañaran con tanta gente afuera. Ella, Annabelle y Carleton habían salido esa mañana para realizar las compras con la lista de cosas que Charlie les encargó. Charlie, generosamente, le dio a Edén una morral lleno de dinero y le dijo que se divirtiera, mientras él y las chicas nadaban en la playa y pasaban el rato entre las rocas. Acalorada y molesta, Edén, que caminaba entre los numerosos grupos de personas, deseó haberse quedado en casa para disfrutar del día con sus niñas.

De puntillas, buscó por la calle a Annabelle, cuyo amplio sombrero azul sería fácil de localizar.

—Edén. —Annabelle se apresuró por detrás. —Santo cielo, hace demasiado calor y hay mucha gente.

Levantó la vista hacia las nubes esponjosas que flotaban en el cielo. —Es probable que llueva más tarde.

—Sí. Nos marcharemos antes de que caiga la primera gota. De todos modos, Carleton y yo encontramos un hotel de buena reputación para poder descansar un poco. Está apartando una mesa en el salón de té. ¿Vienes o quieres comprar algo más?

Se apartaron del camino para no molestar a los transeúntes y se pusieron junto a la pared de un edificio. —Sí, seguiré visitando las tiendas. Ustedes dos disfruten el tiempo juntos. Podría caminar hacia la arena o dar una vuelta por los mercados.

—Está bien. —Annabelle dio un paso, hizo una pausa y luego suspiró. Debería haber dejado a Carleton en la cabaña para que nosotras pudiéramos hablar. No hemos platicado nada importante desde que comenzaron las vacaciones.

—Ya habrá tiempo. —Ella sonrió. —Me alegra que pases tiempo con tu esposo.

Annabelle apretó la mano de Edén. —Nos llevamos mucho mejor desde que estamos aquí. En verdad lo amo. Hemos hablado mucho.

—¿Qué hay del bebé? —Edén se apartó para dar paso a una mujer que cargaba grandes paquetes.

—Carleton es el padre. Lo siento en mi corazón. Decirle cualquier otra cosa causaría demasiado dolor y lo perdería. —Ella levantó la barbilla. —No me arriesgaré.

—¿Y qué pasó con el asunto de vivir en la granja?

Annabelle se miró su vestido y se alisó la chaqueta que traía puesta. —Carleton está de acuerdo

conmigo en que no podemos seguir así.

—Lo entiendo.

—Hemos decidido.... —Ella se inclinó más cerca. —Aún no tomamos una decisión, pero hemos acordado construir una nueva casa en la granja. Su madre vivirá en su casa y yo en la mía.

Su tono se oscureció. —Mi casa será más grande que la suya de todos modos y cuando ella muera, derribaremos su casa.

—¿Es tan mala? ¿No puedes tolerarla por el bien de Carleton?

—Lo hice —se burló Annabelle. —He tratado de ser amable, pero su madre cree que no soy la indicada para su amado Carleton nada la hará cambiar de opinión. Cualquier otra persona habría estado feliz de que su hijo se casara conmigo, excepto ella. Ella quería que se casara con una chica de otra granja para anexar las dos propiedades. Ella cree que soy vana, vanidosa e inútil para Carleton. ¿Qué sabe ella?

Edén sonrió. —Lo sé.

Sé que te burlas de mí, Edén, pero ya verá. Haré de Carleton un hombre de alta sociedad, más de lo que ella pudo haber hecho. No me conformaré con que pierda su tiempo con vacas y ovejas.

—¿Qué quiere Carleton?

Annabelle sonrió en secreto, las gente pareció desaparecer mientras hablaban. Sé que es vulgar hablar de dinero, pero se las arregló para hacer una suma considerable de los nuevos contactos que hizo en nuestra luna de miel. Quiere entrar en política. —¿Ves lo que ha hecho mi influencia?

—Entonces, ¿ambos son felices?

—Más que nunca. —Annabelle sonrió radiante, su rostro se iluminó con una belleza inusual. Quedarnos en la cabaña era justo lo que necesitábamos. Me alegro de que hayamos venido, ¿y tú?

Edén contestó que sí. —Mucho.

—Me alegro. Más tarde, después de que regresemos, ¿quieres salir a dar un paseo y platicar más? Quiero que me digas cómo te sientes.

Quiero escucharte.

—De acuerdo, me gustaría hacerlo.

—Perfecto. Ahora debo irme, o él pensará que he estado gastando dinero nuevamente. ¿Nos vemos aquí, digamos, en dos horas? —Annabelle se despidió de ella y salió corriendo. Edén sonrió tras ella. El embarazo no había cambiado a su amiga.

Por un momento, Edén dudó, sin saber qué hacer o a dónde ir. El sol era abrasador; sedienta, Edén decidió comprar una bebida y buscar algo de sombra. Si le quedaba energía, caminaría hasta las ruinas del castillo. Deambulando por la calle, miró los escaparates y entró en una pequeña librería, donde compró dos de los libros de la lista de Charlie.

Afuera, una vez más, cruzó la calle. El viento sopló con fuerza, provocando que su falda se alzara e imposibilitando su caminar. Debido al cambio de clima, ya no había muchas personas en la calle, pues las nubes acolchonadas fueron reemplazadas manchones grises.

Decidió que sería mejor visitar las ruinas otro día, y entró en una tienda de artículos de papelería. Al detenerse sobre la exclusiva variedad de productos, encontró una caja larga y estrecha de madera de cedro que tenía dos plumas de tinta con puntas doradas. Pensó de inmediato en Joel, y le sonrió al tendero cuando las compró.

Incluso afuera de la tienda, la sonrisa no desaparecía de su rostro.

—¡Bueno, yo nunca!

Edén, sosteniendo con un brazo las cosas que había comprado y con el otro agarrando su sombrero, se dirigió a la mujer que hablaba. Entrecerró los ojos y quedó sorprendida al ver que la mujer que estaba parada en la entrada de la tienda era la señora Fleming. ¡Qué mala suerte!

Aceleró su paso y evitó mirarla.

—¡Espere! —gritó una voz detrás de ella. Fleming salió a la calle. —¡No me ignore, señora!

Edén, que sintió de nuevo un odio de antaño, se volteó para verla. —No tengo nada que decirle.

—Yo a usted sí. —Fleming, con su pesada falda sucia, de color marrón, y el chal desgarrado sobre sus hombros, caminó hacia la joven mujer.

—Váyase por favor. —Edén retrocedió.

—Te ves muy elegante. Seguramente le has hecho favores al señor Charlie. ¿O también le has hecho trabajos a su fabricante? —Fleming se burló y con la mirada destrozó la ropa negra que vestía Edén y las cosas que había comprado.

—Eres despreciable.

El viento despeinó el grisiento cabello gris de Fleming, y ella lo empujó hacia atrás con su mano muy sucia. —¿Qué haces aquí? ¿Me estás persiguiendo, como un fantasma?

—No seas ridícula. No tenía idea de que te encontraría en este sitio.

—No. ¿Cómo sabrías algo? —Fleming se acercó más; mostrando sus dientes amarillos. —Por tu culpa me quedé sin nada. ¿Lo sabías?

La anciana olía a alcohol y Edén la miró con desdén. —Usted es el única responsable de su situación.

—¡Demonios! —Fleming levantó su puño y la gente las miró con cautela. —Todo es culpa tuya, que no tenga trabajo ni casa. —Cada vez que un empleador le escribía al joven Charlie para tener una referencia sobre mí, él respondía que no era confiable, pero apuesto que ya lo sabías, ¿no?

—Supe que lo hizo una vez, no más. ¿Qué esperabas, que te describiera como una empleada magnífica, después de todo lo que hiciste?

—Espero encontrar un trabajo —escupió Fleming.

—Yo no tuve nada que ver. —Edén se dio la vuelta para irse, pero Fleming la tomó del brazo.

—Todo lo que pasó fue tu culpa. Entonces, ¿cómo me ayudarás?

—¿Mi culpa? —Edén bufó. —Si eso te hace sentir mejor, créelo.

Fleming le arrebató la pequeña bolsa de terciopelo y la apretó contra su pecho. —Esto me ayudará.

El instinto la instó a recuperar la bolsa, pero luego recordó que la cantidad restante no valía la pena. El bolso era una compra reciente y no tenía un valor sentimental. Ella se encogió de hombros. —Quédatelo, no me importa, lo necesitas más que yo.

—Bueno, sí, siempre puedes acostarte con el señor Clifton —dijo Fleming.

—Lo dudo, él está muerto. —Ante la expresión de sorpresa de Fleming, Edén bajó la cabeza en agradecimiento. —Buenos días, señora Fleming.

Dio vuelta en la esquina y subió a toda prisa la calle siguiente para llegar al sendero que se ubicaba detrás de bar. Se recargó contra una pared para descansar, dosificó los ojos, sintiéndose estúpida y un poco enferma. ¿Por qué tuvo que encontrarse con la mujer más repugnante de todas?

Las palabras de Fleming ya no la lastimaban. Sin embargo, ¿por qué temblaba? Ella se miró sus manos temblorosas. —Suficiente.

Estaba harta del pasado que la atormentaba.

Enganchando los libros en una mejor posición, respiró hondo y salió del callejón y volvió a la calle. Quería estar con Joel, y vivir cualquier futuro a su lado. Si eso significaba viajar, salir de Inglaterra, entonces ella lo aceptaría gustosa. Ya no cargaría con los fantasmas del pasado.

Capítulo 20

—Mamá, ven, mira al pequeño pez. —Lillie saltó cerca de una pequeña piscina de rocas.

—Ya voy. —Edén terminó de cavar en la arena suave y húmeda y le pasó la pala a Josephine.

—Mira la marea, ya viene. —Ella sonrió cuando pequeñas olas gotearon para encontrarse con ellos, deteniéndose a sólo pocos centímetros del agujero que ella y Josephine habían hecho. —Cavaré un foso.

Josephine trabajó impetuosamente, arrojando por el aire la arena que sacaba. —El tío Charlie dijo que todos los castillos necesitan un foso. —Sí, es cierto.

Edén palmeó la arena que habían juntado. —Los castillos también tienen torres.

—Y un puente levadizo.

Riéndose entre dientes, Edén recogió más arena. —No me gustan los puentes que haces, mi amor.

El ladrido de un perro resonó en la playa y levantaron la vista cuando Mellors caminó sobre la arena hacia ellos, con Coco corriendo por delante. Mellors se despidió.

Edén se levantó y se sacudió la falda. —¿No estás pescando?

—No. Tal vez regrese esta noche a la finca, así que vine a echar un vistazo. —El hombre observó las olas romperse en las rocas.

—¿Por qué regresarás?

—El señor Charlie recibió una carta de la finca, de Parkinson.

—¿De la finca? —Ella frunció el ceño. —¿Por qué una carta del mayordomo causa alarma? ¿Te necesitan? ¿Parkinson no puede hacerse cargo?

—El señor Joel ha regresó de Londres con fiebre.

¿Fiebre? Su mano voló, para que Mellors no continuara diciendo algo más que pudiera lastimarla. —¿Q-qué tan enfermo está?

—No lo sabemos con certeza. Parkinson dice que ha pasado los últimos tres días en cama.

—Tengo que regresar. —Con un nudo en la garganta, Edén miró a las chicas. —Necesito hablar con Charlie. ¿Puedes traer a las chicas a la cabaña?

Nathan asintió. —Por supuesto.

Levantando sus faldas, corrió lo mejor que pudo por la arena y subió por el camino del acantilado hacia la cabaña. Joel enfermo. No lo creía. No podía pensar en nada más.

Sin aliento, corrió hacia la parte trasera de la cabaña, sin preocuparse por la arena que ensuciaba el piso.

—¿Edén? —La voz de Charlie la hizo dirigirse hacia la sala de estar que daba al océano.

—Dime qué decía la carta —ella jadeó, apretando su costado por el dolor que sentía.

—Cálmate. —Él esboza una sonrisa para tranquilizarla y tomó su mano mientras ella se sentaba en el taburete al lado de su silla. —Parkinson dice que llegó a casa hace tres días y que no se sentía bien. Ha estado en la cama desde entonces. Los empleados han cuidado de él y el médico lo fue a ver una vez. Parkinson no cree que sea grave, pero quería decírmelo.

—Nunca debió viajar solo a Londres.

—Tal vez no, pero ya sabes que no le gusta la compañía. Además, quería que disfrutáramos de estas vacaciones después de todo lo que sucedió.

—Está solo y enfermo, Charlie. Alguien debería estar con él.

—¿Tú, tal vez? —Charlie sonrió con ironía. —Ve con él, querida.

—¿No vendrás conmigo?

El movió la cabeza. —No, Mellors y yo nos quedaremos aquí con Annabelle, Carleton y las chicas.

—¿Mis hijas? —Su corazón comenzó a latir lentamente contra su pecho.

—Confías en que las cuidaremos bien, ¿no? Además dudo que quieran volver todavía. —Pero tú decides.

Tiempo a solas con Joel. Solo ella y él juntos. Un hormigueo de expectación estremeció su cuerpo ante la idea.

—No has hecho nada más que sufrir por él, querida. Ve, Edén. Ve a buscar el amor que te espera —susurró Charlie.

Ella lo abrazó con fuerza. —Gracias.

—Espero que ya estén comprometidos cuando regresemos a la finca. —Él rio.

En menos de una hora, se había bañado y vestido, y había explicado muchas veces a las chicas por qué las dejaba por tan poco tiempo. Ellas aceptaron con la promesa de que su madre les escribiría todos los días, además se divertirían más en la playa que en la finca.

Annabelle la ayudó a empacar, pues Edén estaba demasiado ansiosa como para hacerlo por sí misma. ¿Y si Joel no la quería junto a él mientras estaba enfermo?

¿Y si durante ese viaje lo que sentía por ella había cambiado?

Cuando terminaron, besó y abrazó a todos, antes de subirse al carruaje de los Bradbury. Annabelle se paró cerca de la ventana y estrechó su mano. —No te detengas, Edén —susurró. —Es hora de que seas una Bradbury. —Su voz bajó aún más. —Ya es hora de que la guardería Bradbury vuelva a estar en uso. —Ella le guiñó un ojo y dio un paso atrás.

Edén se rio y se despidió de ellos cuando el carro avanzó.

Edén se relajó al escuchar las palabras de su amiga, tanto que sintió un calor en sus mejillas. Cerró los ojos e imaginó a Joel tocándola, besándola... Ella sacudió la cabeza y se enderezó. Qué absurdo. Él estaba enfermo y probablemente se la pasaría durmiendo todo el tiempo que ella estuviera cuidándolo.

Cuando el carruaje estaba a punto de llegar a la casa de los Bradbury, la seguridad abandonó a Edén, en su lugar sólo había nerviosismo. Las sombras del atardecer se extendían por el campo. Bostezó y flexionó el cuello y la espalda. Su estómago era un nudo apretado y evitó pensar en cómo reaccionaría Joel cuando la viera.

La oscuridad de la noche se intensificaba más con cada paso que el carruaje daba. Edén miró a su izquierda, en dirección al bosque, y sonrió con tristeza. Aunque la cabaña y su familia se habían ido, todavía era su hogar, y los imponentes árboles sus protectores.

Algunas luces centellearon en los pasillos de la mansión. Edén abrió la puerta del carruaje y descendió. Mil pensamientos pasaron por su cabeza. ¿Y si se hubiera vuelto peor? ¿Y si él no la quería a su lado? Algunos hombres odiaban ser molestados cuando estaban enfermos.

La puerta principal se abrió y uno de los mozos, Dawson, bajó la escalinata. —¿Señora Harris? No sabíamos de su llegada.

—No, fue una decisión inesperada. ¿Cómo se encuentra el señor Joel?

—Mucho mejor. —Él sonrió, su pecho se infló como si la recuperación de Joel dependiera de él. —Ya salió de la cama y está alimentándose bien.

—¿Ya salió de la cama? —Ella dudó, todos los pensamientos sobre cuidarlo, se desvanecieron. Su nerviosismo aumentó, la tensión apretaba sus hombros. ¿Joel sano y sin necesidad de sus atenciones? Ahora sería nuevamente el Joel seguro de sí mismo e independiente, y una mirada suya la haría... ¡No! Ella no pensaría en cómo la hacía sentir. Necesitaba tiempo para

recomponerse. Enfocó su mirada en el bosque. —Dawson, ¿puedes ir por mi equipaje? Necesito estirar las piernas.

—Claro, señora Harris.

Levantando su falda, caminó por el costado de la casa y atravesó los jardines. Cuanto más se acercaba al bosque, más rápido se iba. Su rápido paseo disminuyó cuando se adentró en las sombras de los árboles. Un pájaro cantaba. Deambulando entre los árboles, tocó ligeramente cada tronco. Su nariz se impregnó con el olor a hierba mojada, un aroma que conocía tan bien como su propio nombre.

Levantó la vista hacia el dosel y le sonrió a la luna creciente que brillaba entre las hojas. La tensión abandonó su cuerpo y respiró profundamente. Un búho ululó, irrumpiendo el silencio. Se escuchó también el ruido de una pelea que se libraba en los helechos, Edén pudo ver la cola blanca de un conejo; esta oscuridad no la atemorizaba. Los monstruos de carne siempre la asustaban más que los ruidos del bosque.

Finalmente, llegó a las ruinas de su casa. Por un momento estuvo de y recordó a las personas que una vez vivieron ahí, sus padres y abuelos, Nathan, los seres que la habían amado. De pronto, sus pensamientos se enfocaron en el futuro. ¿Cómo sería el resto de su vida?

—Edén.

Volteó y vio a Joel detrás de ella, para nada sorprendida de que la hubiera encontrado. Ella le tendió la mano y él se acercó a ella y la tomó.

—¿Qué haces?

—Reviviendo el pasado —contestó ella.

—¿Y qué hay del futuro? —Preguntó Joel mientras observaba la madera carbonizada.

—Ah, creo que podrá cuidarse solo. —No parecía estar enfermo, quizás lucía un poco más delgado, pero para nada tenía una apariencia moribunda.

—Esta siempre será tu casa, ¿no? —Él la miró fijamente. —¿Podrías dejarla alguna vez?

—Este bosque es mi hogar porque, a pesar de lo que Clifton me hizo, siempre fui feliz aquí. — Giró a su izquierda, para observar aquel sitio al que no había regresado desde aquel fatídico día. —A pesar de eso, nunca odié el bosque. ¿Cómo podría? Muchas veces sentí que Clifton me miraba en Bradbury Hall o en los jardines, y este lugar me hacía sentir a salvo. Los árboles habrían sido mi escondite y él nunca me hubiera encontrado.

Joel apretó la mano de Edén. —Dime, ¿qué pasó ese día?

—Me desvié del sendero para recoger algunos hongos. Había muchos en el lado oeste, justo dentro de la línea de árboles. Él me vio pasar, pero yo no lo vi. De un momento a otro, lo tenía encima de mí, ni siquiera tuve la oportunidad de correr. —Edén apretó su falda al contar su experiencia. —Desde entonces no volví a comer hongos.

Joel se quedó sin palabras. —Si no se hubiera suicidado, si siguiera vivo y libre, lo habría hecho sufrir. De hecho, creo que habría...

—No, Joel. Se acabó. Ya no está más entre nosotros.

Permanecieron en silencio por un rato antes de que él la mirara. —¿Has pensado en lo que te propuse?

—¿En qué?

—Nosotros dos.

—Sí.

Joel tomó aire. —¿Los demás aún están en Whitby?

—Sí. —Edén se sorprendió por el repentino cambio de tema, la conversación se desvió a un terreno más seguro. Quizá Joel debió haber estado tan asustado como ella por hablar de sus

sentimientos. —Parkinson le envió una carta a Charlie. Tenía la intención de cuidarte, y también a la casa mientras estuvieras enfermo.

—Me encontraba sentado disfrutando del clima cuando volví de Londres, y me resfrié, eso fue todo.

—Y estar aquí afuera en el aire nocturno tampoco es bueno para ti. Por suerte, no fue nada peor, todos estábamos muy preocupados.

—¿Te preocupaste?

Ella frunció el ceño, su expresión se ocultaba en la oscuridad.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una sensata. El tipo de pregunta que un hombre hace cuando anticipa la respuesta.

—No me estas preguntando si estoy preocupada por tu salud, ¿verdad?

—El clima está enfriando, volvamos a la casa.

Sin decir alguna palabra, regresaron a la mansión, cruzaron el bosque y se adentraron en los jardines. La mente de Edén estaba llena de preguntas y pensamientos, pero no dijo nada.

Una vez dentro, se sentó frente a la chimenea del salón, para calentar sus manos, a pesar de que no estaban frías.

Joel arrojó otro tronco al fuego. —Lamento que Parkinson los haya molestado a todos. No debió haber dicho nada.

—Pensó que estaba haciendo lo correcto, y así era. ¿Qué tal si no era solamente un simple resfriado? Teníamos que saberlo.

—Sí está bien, tienes razón. —Él sonrió, la luz del fuego de la chimenea hizo que el color de sus ojos cambiara lentamente de azul a violeta. —Tenía planeado viajar a Whitby, pero estaba un poco deprimido después de la operación y luego el frío en mi pecho no ayudó.

Ella miró su brazo, que ya era libre de la férula. —¿La operación fue un éxito?

—Sí —respondió Joel y se frotó el hombro. —No puedo mover el brazo demasiado hasta que la herida se haya curado correctamente, pero dentro de dos meses ya tendría que estar bien.

—Me alegro. ¿Duele?

—Un poco, sí.

—¿No deberías llevar puesta tu férula?

Él sonrió. —Sí, pero me molesta. No me gusta que mi brazo no pueda moverse.

—Siempre fuiste así. —Miró hacia el fuego y observó las llamas danzantes. Cada terminación nerviosa parecía estar en alerta, necesitaba sentarse.

—¿Tienes hambre?

Edén, con una sonrisa, dijo que sí. Comer era lo último que quería hacer, pero tendrían que hacer algo. De repente se sintió incómoda. En lugar de atender a un hombre enfermo, tuvo que convivir con él, ambos estaban solos en casa. Al mirarlo, se dio cuenta que él ya tenía tiempo observándola.

—No me mires de esa manera, mi amor —murmuró él, en su interior. —Estoy tan nervioso como tú. Me siento como un chico de dieciocho años en este momento.

Ella cerró los ojos, deseando que él la abrazara. La forma en que la miraba la hacía temblar como una niña. Sólo que su cuerpo ya no era el de una niña, estaba despertando y anhelando el encuentro físico entre dos personas.

—Edén....

Sus ojos se abrieron de golpe y él estaba a escasos centímetros de ella, con una mirada ardiente en sus ojos.

—Querido. —Joel bajó la cabeza y sus labios tocaron ligeramente los de ella. —Es como si

hubiera esperado toda mi vida para abrazarte —susurró contra su boca.

El cuerpo de ella tembló del deleite, esperaba con ansia que la tocara.

—Joel —Edén sollozó. Incapaz de contenerse un segundo más, lo besó apasionadamente, lo que le dejó claro a Joel que ella lo deseaba desde hace mucho.

Joel la apretó contra él, llevándola a su cuerpo. —Te amo. —Él llenó de besos su rostro. —Di que sientes lo mismo, te lo ruego.

—Sí, mi amor, te amo. Siempre lo he hecho. —Sus lágrimas se mezclaron.

Su tristeza se esfumó. —Nunca más me dejes.

Él la sostuvo con fuerza. —No lo haré, lo prometo. Eres mía.

—He sido tuya toda mi vida. —Ella ahuecó su rostro y le sonrió.

—¿Te casarías conmigo? —le preguntó mientras la besaba suavemente.

—Sí —contestó ella sin dudarlo, su corazón estaba completo nuevamente.

Joel la besó de nuevo y luego la llevó al sofá. —Tengo planes, pero podemos...

Ella tapó su boca con sus dedos. —Hablemos de ello más tarde, mi amor.

Con los brazos alrededor de su cuello, ella mordisqueó su oreja y la piel debajo de su mandíbula. Ella adoraba la libertad de finalmente poder acariciarlo. El deseo se enroscó en su cuerpo.

—Dime lo que piensas. —Sus manos acariciaron su cuerpo, como si quisiera familiarizarse con ella.

—Están todos desordenados, sin sentido.

—Los míos también, sólo tengo clara una cosa, que te amo y te quiero a mi lado por el resto de mi vida.

Ella sonrió, frotando su nariz con la de él. —Annabelle dijo que la guardería debería funcionar de nuevo y estoy de acuerdo.

Él se sorprendió. Le tomó un momento entender a qué se refería Edén, y rio cuando finalmente supo de qué hablaba. Una lenta sonrisa iluminó su rostro y ella respiró hondo ante la magnificencia de Joel.

—Creo que por primera vez Annabelle está en lo correcto. —Levantó su mano y colocó sus labios en cada dedo. —Me gustaría una casa llena de niños.

—Tranquilo. Uno o dos son suficientes. —Ella sonrió y se levantó, tirando de él hacia ella. —Podríamos ir a tu habitación para que podamos practicar.

Joel se echó a reír y luego la atrajo hacia él, con un gesto serio. —Seremos felices, Edén, lo prometo. Yo me ocuparé de ti y de las chicas. Las querré como si fueran mías.

Ella jugaba con uno de los brillantes botones de latón de su uniforme. —Si puedes amarlas, Joel, entonces serán tus hijas.

—Ya los amo, porque son parte de ti. Cada vez que los miro, te veo en ellas como la niña que me robó el corazón.

Sus palabras derritieron su corazón, pero ella todavía estaba preocupada. —¿Importa que no sea de tu clase?

Él retrocedió, con los ojos entrecerrados. —¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no será fácil. Tu padre no quería que te casaras conmigo, tal vez por eso...

—Mi padre cometió muchos errores. Quería lo mejor para mí, lo sé, pero nunca entendió que no pude amar a otra mujer que no fueras tú.

—¿Y qué hay de tus amigos?

Él la calló con un beso. —Mis amigos seguirán siendo amigos si te aceptan. Puedo vivir sin ellos, pero no sin ti.

Ella suspiró contra él, cerrando los ojos mientras se abrazaban. Sintió su corazón latir bajo su mejilla y aspiró el olor de su loción. No importa dónde viviera, en Bradbury Hall, en su bosque, o en algún país extranjero, mientras estuviera en los brazos de Joel, ella estaría en casa.

Sobre la autora

Ganadora de diversos premios y autora *bestseller de Amazon* Reino Unido. AnneMarie Brear ha sido una lectora toda su vida; comenzó a escribir en 1997 cuando sus hijos eran pequeños. Le fascina la historia de las grandes casas inglesas y lo que pudo haber pasado más allá de sus muros. Sus intereses incluyen la lectura, viajar, ver películas, pasar tiempo con su familia y comer chocolate, aunque ¡no siempre en ese orden! Es autora de novelas y sagas sobre familias históricas.

Si disfrutaste mi historia, por favor escribe una reseña en línea, ayuda mucho al crecimiento de un autor, y los apreciamos más de lo que te imaginas.

Gracias.

AnneMarie Brear

<http://www.annemariebrear.com>

Facebook: [/annemariebrearauthor](https://www.facebook.com/annemariebrearauthor)

Twitter: <https://twitter.com/annemariebrear>

Novelas publicadas:

Histórico

Kitty McKenzie

La tierra de McKenzie

Los hijos del sur

Recuperar lo perdido

La decisión de Isabelle

La virtud de Nicola

El orgullo de Aurora

El coraje de Grace

El conflicto de Edén

El regreso de Catrina

Donde finaliza el arcoíris

Héroe destrozado

La promesa del mañana

El ángel de los barrios bajos

Debajo de un cielo tormentoso

Serie Marsh Saga

Millie

Navidad en el castillo (novela)

Prue

Cece

Contemporáneo

Amor a distancia

Enganchado a ti

Donde las libélulas se ciernen (doble línea de tiempo)

Cuentos cortos

Un nuevo amanecer

Arte del deseo

Lo que le enseñó